

Si necesitas que un deseo se haga realidad,
pídeselo a Papá Noel

La chica que salvó la NAVIDAD



MATT HAIG

Ilustraciones de CHRIS MOULD

se

Lectulandia

En Navidad todo es posible, incluso lo más mágico puede ocurrir.

Es Nochebuena, pero nada está bien... Amelia está atrapada y la Navidad está en peligro. La magia está desapareciendo. Para que la Navidad ocurra, Papá Noel debe encontrar a Amelia. Con la ayuda de unos cuantos elfos, ocho renos, la reina y un hombre llamado Charles Dickens, el rescate de Amelia, empieza...

Matt Haig

La chica que salvó la Navidad

Navidad - 2

ePub r1.0

Titivillus 17.11.2021

Título original: *The girl who saved Christmas*

Matt Haig, 2016

Traducción: Isabel Murillo

Ilustraciones: Chris Mould

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Aa



La chica que salvó la Navidad

De verdad sabes cómo funciona la magia?
¿Ese tipo de magia capaz de conseguir que los renos vuelen por el cielo? ¿Ese tipo de magia que hace que Papá Noel recorra el mundo entero en una sola noche? ¿Ese tipo de magia capaz de detener el tiempo y hacer realidad todos los sueños?

Con esperanza.

Así es como funciona.

Sin esperanza, no habría magia.

Pero lo que hace que se produzca la magia en la víspera de Navidad no es ni Papá Noel, ni *Relámpago*, ni ninguno de los otros renos.

Sino todos los niños que quieren y desean que haya magia. Si nadie deseara que hubiera magia, pues no habría magia. Y como que sabemos que Papá Noel llega todas las Navidades, sabemos también que esa magia —o al menos ese tipo de magia— es real.

Pero no siempre ha sido así. Porque antes de que colgásemos calcetines y pasáramos las mañanas de Navidad emocionados abriendo regalos, hubo otra época. Una época muy triste, en la que muy pocos niños humanos tenían motivos para creer en la magia.

De modo que la primera noche que Papá Noel se propuso dar a un niño humano un motivo para ser feliz y creer en la magia, le tocó trabajar muchísimo.

Tenía los juguetes en el saco, el trineo y los renos preparados, pero en cuanto salió de Elfhelm se dio cuenta de que en el ambiente no había la cantidad de magia necesaria. Viajó a través de la aurora boreal, pero su luz apenas brillaba. Y la razón de que hubiera unos niveles de magia tan bajos era que casi no había esperanza. Al fin y al cabo, ¿cómo va a esperar un niño que haya magia si no la ha visto nunca?

Por eso, aquella primera visita de Papá Noel estuvo a punto de no producirse. Y si al final se produjo fue gracias a una cosa. Gracias a una sola criatura humana. Una niña, de Londres, que creía firmemente en la magia,

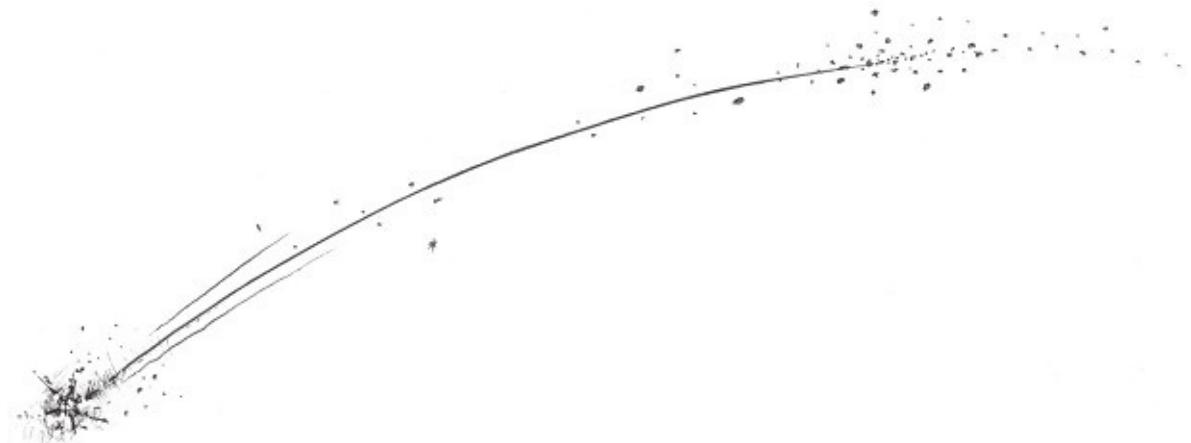
que esperaba y esperaba cada día a que se produjera un milagro. Una niña que creía en Papá Noel por encima de todas las cosas. Y fue ella quien lo ayudó justo en el momento en que sus renos empezaban a toparse con dificultades, puesto que la cantidad de esperanza que tenía acumulada en su interior aquella noche de Navidad, cuando se acostó en su cama para ir a dormir, sirvió para darle más luz al cielo. Y para darle a Papá Noel un objetivo, una dirección. Y así fue como Papá Noel empezó a seguir aquel hilillo de luz hasta llegar a la casa de la niña, en el 99 de Haberdashery Road, en Londres.

Y en cuanto hubo terminado, después de dejar a los pies de la cama llena de chinches de la niña un montón de juguetes, la esperanza aumentó. La magia estaba allí, en el mundo, y se propagó hacia los sueños de todos los niños. Pero Papá Noel no se dejó llevar por la ilusión. Sin esa única criatura, esa niña de ocho años llamada Amelia Desealotodo, que albergaba con todas sus fuerzas la esperanza de que la magia fuera real, la Navidad nunca habría existido. Sí, los duendes, los renos y el taller y todo lo demás eran elementos imprescindibles, pero esa fue la niña que la salvó.

Ella fue la primera.

La chica que salvó la Navidad.

Y Papá Noel nunca lo olvidaría...



Un año más tarde...



Querido Papa Noel.

Hola, me llamo Amelia. Deseo lo todo.

Tengo nueve años y vivo en el 99 de
Haberdashery Road, en Londres.

Pero eso ya lo sabes porque estuviste
aquí. El año pasado. Cuando me trajiste
regalos. Fuiste muy amable. Siempre he
creído que la magia es posible, incluso
en tiempos difíciles, y por eso fue
maravilloso comprobar que era verdad.

GRACIAS.

El caso es que vivo con mi mamá, Jane,

* y mi gato, Capitán Hollín. A Capitán
Hollín lo encontré en una chimenea. Ya
sabes que las chimeneas casi nunca son
rectas, que tienen recovecos. ¿Lo viste
cuando pasaste por casa? Es precioso.

Pero a veces le roba sardinas al
pescadero y se mete en peleas con gatos
callejeros. Creo que se piensa
que es un perro.

Sé que eres un hombre muy ocupado,
así que me limitaré a decirte lo que me
gustaría por Navidad. Me gustaría:

1. Una escoba nueva para deshollinar las chimeneas.

2. Una peonza.

3. Un libro de Charles Dickens
· · · (mi escritor favorito).

4. Que mi mamá se cure.

El número 4 es muy importante. Es más importante que el número 2.

Así que puedes quedarte con la peonza. Despertarme y encontrarme con todos aquellos regalos el año pasado fue mágico de verdad. Mamá era deshollinadora y ahora yo también lo soy. Ella ya no puede trepar por las chimeneas. Ya no puede hacer otra cosa que quedarse en cama y toser. Dice el doctor que solo un milagro podría curarla. Pero los milagros necesitan magia, ¿verdad? Y tú eres la única persona que conozco capaz de hacer magia.

De modo que lo único que quiero en realidad es eso.

Quiero que hagas que mamá se ponga buena antes de que sea demasiado tarde.

Eso es lo más importante que te pido. *

Atentamente,

Amelia

El suelo tiembla

 mucionado, Papá Noel dobló la carta de Amelia y se la guardó en el bolsillo.

Cruzó el Campo de los Renos, cubierto de nieve, y dejó atrás el lago congelado. Mientras andaba, iba contemplando los tranquilos rincones de Elfhelm. El edificio de madera del ayuntamiento, la tienda de zuecos, el Banco de Chocolate y la cafetería del Pudín de Higos en el Gran Sendero, que no abrían hasta de aquí a una hora. La Escuela de Trineo y la Universidad Avanzada de Artesanía, las altísimas oficinas (desde el punto de vista de los elfos) de *El Diario de la Nieve*, en la calle Vodol. Sus paredes, construidas con galleta de jengibre reforzado, resplandecían con tonalidades anaranjadas bajo la clara luz de la mañana.

Entonces, mientras avanzaba trabajosamente por la nieve, y después de girar hacia el oeste para poner rumbo al Taller de Juguetes y las Colinas Boscosas, vio un elfo vestido con túnica marrón y zuecos del mismo color que caminaba hacia él. El elfo llevaba gafas y era un poco corto de vista, y por eso no vio a Papá Noel.



—¡Hola, Sosainas! —dijo Papá Noel.

El elfo dio un brinco, sorprendido.

—Oh, ho-hola, Papá Noel. Lo siento. No te había visto. Acabo de salir del turno de noche.

Sosainas era uno de los elfos más trabajadores del Taller de Juguetes. Era un poco rarillo y muy nervioso, pero a Papá Noel le caía de fábula. Tenía el cargo de Jefe Artesano Adjunto de Juguetes que Giran y Saltan, y en el taller siempre andaba muy ocupado y nunca se quejaba cuando tocaba trabajar toda la noche.

—¿Todo bien por el taller? —preguntó Papá Noel.

—Sí, por supuesto. Todos los juguetes que giran están girando y todos los juguetes que saltan están saltando. Tuvimos un pequeño problema con unas pelotas de tenis, pero ya está todo solucionado. Saltan más que nunca. A los niños humanos les encantarán.

—Me alegro —dijo Papá Noel—. Y ahora, vete a casa y duerme un poco. Y deseales feliz Navidad de mi parte a Manduca y Modosito.

—Así lo haré, Papá Noel. Estarán encantados de que los felicites. Sobre todo Modosito. Con lo que más le gusta jugar últimamente es con un rompecabezas que lleva tu cara. Zangoloteo, el fabricante de rompecabezas, lo hizo especialmente para él.

Papá Noel se ruborizó.

—Jo, jo... ¡Feliz Navidad, Sosainas!

—¡Feliz Navidad, Papá Noel!

Y justo cuando estaban despidiéndose, los dos notaron una cosa rara. Un leve bamboleo en las piernas, como si la tierra temblase un poco. Sosainas imaginó que sería consecuencia del cansancio. Papá Noel imaginó que sería consecuencia de la emoción de pensar en el gran día y la gran noche que tenía por delante. Y por eso ninguno de los dos dijo nada.



El Taller de Juguetes

 El Taller de Juguetes era el nombre del edificio más grande de Elfhelm, más incluso que el Ayuntamiento y que las oficinas de *El Diario de la Nieve*. Tenía una torre gigantesca y una nave inmensa, todo cubierto ahora por la nieve.

Cuando entró, Papa Noel constató que los preparativos iban viento en popa.

Vio elfos felices, sonriendo y cantando mientras realizaban las últimas pruebas a los juguetes: les sacaban la cabeza a las muñecas, probaban peonzas, se balanceaban a lomos de caballos balancín, leían libros aplicando la técnica de la lectura rápida, recogían mandarinas de los mandarineros, achuchaban peluches, hacían botar pelotas... La música de fondo la ponían los Cascabeles del Trineo, la banda más famosa de Elfhelm, que estaban cantando en aquel momento uno de sus temas favoritos, *Es casi Navidad (¡y estoy tan emocionado que me he hecho pipí encima!)*.

Papa Noel dejó el saco en el suelo antes de entrar en la nave.

—¡Buenos días, Papa Noel! —gritó sonriente una elfa llamada Hoyuelo.

El nombre de Hoyuelo era fácil de recordar porque cuando sonreía, y siempre sonreía, se le formaban hoyuelos en las mejillas. Estaba sentada al lado de Bella, la escritora de chistes, que trabajaba en el último chiste del año y reía para sus adentros mientras devoraba un pastel de carne.

Hoyuelo le ofreció un caramelo de menta, y cuando Papá Noel abrió la tapa del bote de caramelos, apareció de pronto una serpiente de juguete.

—¡Socorro! —exclamó Papa Noel.

Hoyuelo empezó a revolcarse por el suelo con carcajadas histéricas.

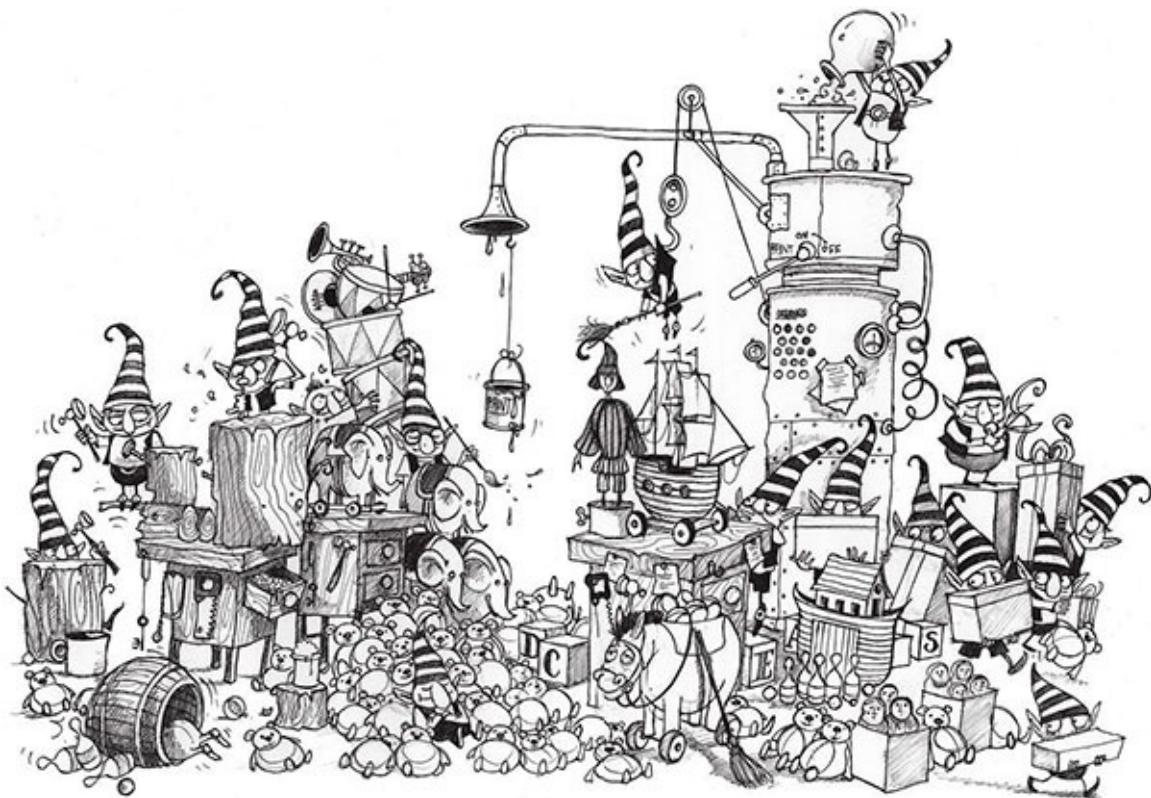
—¡Jo, jo, jo! —rio Papá Noel—. ¿Cuántos botes de estos tenemos?

—Setecientos ochenta mil seiscientos cuarenta y siete.

—Estupendo.

En cuanto los Cascabeles del Trineo vieron que había llegado Papá Noel, cambiaron la canción y pasaron a tocar *El héroe de la chaqueta roja*, un

homenaje para él. No era su mejor tema, pero todos los elfos se pusieron a cantar.



*Hay un hombre vestido de rojo, cargado
de regalos para todos los niños que duermen.*

*Un hombre alto con una barba blanca como
la nieve, con unas orejas redondeadas
realmente curiosas.*

*Nos enseñó a los elfos que la vida puede ser
siempre tan feliz como el día de Navidad.*

*Viaja con sus renos por todo el mundo,
repartiendo regalos a niños y niñas,
cuyas esperanzas y sueños hace realidad.*

Por eso queremos darle las gracias...

(¿Es una pintarroja?)

¡No!

¡ES EL HÉROE DE LA CHAQUETA ROJA!

Los elfos aplaudieron y Papá Noel se quedó aturullado, sin saber dónde mirar, de modo que dirigió su mirada hacia la ventana. Y entonces vio a alguien

corriendo por la nieve en dirección al taller. Nadie más lo había visto, ya que nadie más tenía la altura suficiente para poder mirar por la ventana.



No era un elfo, Papá Noel lo vio enseguida. Era incluso más pequeño. Muy ligero. Muy grácil. Muy elegante. Muy amarillo. Muy veloz.

Y entonces, cuando se dio cuenta de quién era, salió del taller.

—Enseguida vuelvo,

amigos —les dijo a los elfos cuando la música se calmó un poco—. Y el saco infinito está ahí, por si queréis empezar a llenarlo de juguetes.

Cuando Papá Noel abrió la puerta, ya estaba allí, con las manos en sus pequeñas caderas, doblada hacia delante, sin aliento.

—¡Duendecilla de la Verdad! —dijo, alegrándose de verla. Al fin y al cabo, no era muy frecuente que un duende visitara Elfhelm—. ¡Feliz Navidad!

Los ojos de la Duendecilla de la Verdad, que ya eran enormes de por sí, parecían incluso más grandes de lo normal.

—No —replicó, mirando a Papá Noel desde aproximadamente la altura de sus rodillas.

—¿Qué?

—Que no. Que no es una Navidad feliz.

La Duendecilla de la Verdad observó el interior del Taller de Juguetes, vio la gran cantidad de elfos que había allí y empezó a rascarse, porque los elfos no le gustaban mucho y le daban un poquitín de urticaria.

—Tengo un traje nuevo —dijo Papá Noel—. Más rojo incluso que el de antes. Y mira el remate en piel. ¿Te gusta?

La Duendecilla de la Verdad movió la cabeza en un gesto negativo. No era su intención ser maleducada, pero tenía que decir la verdad.

—No. No me gusta nada. Pareces un arándano gigante un poco mohoso. Pero no es eso.

—¿Qué es, entonces? Nunca vienes a Elfhelm.

—No vengo porque está lleno de elfos.

Los elfos ya se habían dado cuenta de que acababa de llegar la Duendecilla de la Verdad.

—¡Feliz Navidad, Duendecilla de la Verdad! —dijeron todos, riendo.

—Idiotas —murmuró la Duendecilla de la Verdad.

Papá Noel suspiró con impotencia. Salió al exterior y cerró la puerta a sus espaldas.

—Mira, Duendecilla de la Verdad, me encantaría quedarme un buen rato charlando contigo, pero es Nochebuena. Tengo que entrar y ayudar a prepararlo todo para...

La Duendecilla de la Verdad seguía haciendo gestos negativos con la cabeza.

—Olvídate del Taller de Juguetes. Olvídate de la Navidad. Tienes que irte enseguida de Elfhelm. Debes huir hacia las montañas.

—Pero ¿qué dices, Duendecilla de la Verdad?

Y entonces fue cuando lo oyó. Como un rugido.

La Duendecilla de la Verdad tragó saliva.

—Creo que tendría que haber desayunado un poco más fuerte —dijo Papá Noel, dándose unos golpecitos en la barriga.

—Ese ruido no venía de ti —dijo la Duendecilla de la Verdad—. Sino de allá abajo.

Señaló hacia el suelo. Papá Noel, blanco como el papel, fijó la vista en la nieve recién caída.

—¡Y está pasando antes de lo que me imaginaba! —chilló. Echó a correr y miró por encima del hombro—. ¡Busca un lugar seguro! ¡Y escóndete! ¡Y supongo que tendrías que decirles también a los elfos que busquen un buen escondite! ¡Será mejor que canceles tú la Navidad antes de que lo hagan ellos!

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

Pero la Duendecilla de la Verdad ya se había ido. Papá Noel rio entre dientes al ver las huellas minúsculas de la duendecilla marcadas en la nieve, de regreso hacia las Colinas Boscosas. Era Navidad. La Duendecilla de la Verdad debía de haberse pasado la noche bebiendo licor de canela y seguramente andaba algo aturdida.

Pero entonces volvió a oír el rugido.

—Estómago mío, no seas tan...

Pero el sonido era mucho más fuerte y más grave y, de pronto, no parecía en absoluto que proviniera de su estómago. Era un sonido de lo más extraño. Papá Noel estaba seguro de que no había nada de que preocuparse. Pero incluso así, entró de nuevo y cerró rápidamente la puerta para no poder escuchar otra cosa que los sonidos del Taller de Juguetes.

El Señor Terror



iecisiete días después de enviar su carta a Papá Noel, Amelia Desealotodo estaba donde siempre solía estar: dentro de una chimenea.

El interior de las chimeneas era muy oscuro, así que fue lo primero a lo que tuvo que acostumbrarse, a la oscuridad. Y otra cosa importante era el tamaño, pues las chimeneas siempre eran demasiado pequeñas, incluso para una niña. Pero lo peor de ser deshollinador era el hollín. Aquel polvo negro se te metía por todas partes en cuanto empezabas a limpiar: por el pelo, la ropa, la piel, los ojos y la boca. Te provocaba una tos espantosa e imparable y te hacía llorar los ojos. Era un trabajo horroroso, pero un trabajo que necesitaba. Un trabajo que podía ayudarle a ganar dinero para poder comprar comida y medicinas para su madre.

Con todo, lo bueno que tenía deshollinar chimeneas era que te hacía disfrutar mucho más de la luz de día. De hecho, te hacía disfrutar de estar en cualquier parte que no fuese una chimenea. Te daba esperanza, pues, allí en la oscuridad, envuelta en hollín, soñabas con todos los lugares exóticos y luminosos del mundo.

La verdad es que no resultaba un lugar muy agradable donde pasar la mañana de Nochebuena. Atrapada allí dentro, apuntalada con rodillas y codos contra las paredes de la chimenea, ahogándose en nubes de hollín.

Pero entonces oyó algo.

Como un llanto.

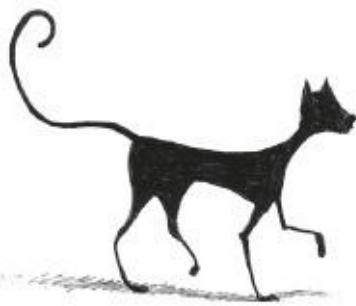
Pero no era un sonido humano. Era otra cosa.

Un «miau».

—Oh, no —dijo, sabiendo exactamente de qué se trataba.

Presionó la pared de la chimenea con los talones para no caerse y empezó a palpar la oscuridad con la mano que tenía libre hasta que localizó una cosa suave, calentita y peluda en un saliente del interior de la retorcida chimenea.

—¡Capitán Hollín! ¿Qué te tengo dicho? ¡Que no te metas en las chimeneas! ¡No están hechas para gatos!



claro.

El gato se escabulló de los brazos de Amelia, se retorció para saltar al suelo y echó a correr por la estancia. Por encima de la alfombra de color *beige*, de la carísima alfombra de color *beige*. Amelia se quedó horrorizada al ver las huellas de hollín que el gato estaba dejando por todas partes.

—¡Oh, no! ¡*Capitán Hollín*! ¡Vuelve aquí enseguida! ¡Mira qué estás haciendo!

Amelia corrió a atrapar al gato y entonces, claro, ensució también la alfombra.

—Oh, no —dijo—. Oh, no... Oh, no... Oh no...

Fue rápidamente a la cocina a buscar un trapo húmedo, y allí encontró una criada con dedos nudosos que pelaba zanahorias.

—Lo siento —dijo Amelia—. Es que he ensuciado un poco sin querer.

La criada chasqueó la lengua y puso muy mala cara; parecía también un gato enfurruñado.

—¡Ya verás cómo se pondrá el señor Terror cuando regrese del hospicio!

Amelia volvió corriendo al salón e intentó limpiar el hollín, pero lo único que consiguió fue que las marcas negras se hicieran aún más grandes.

—Tenemos que solucionarlo antes de que vuelva el señor Terror —le dijo al gato—. ¡De todas las casas que vamos, justo eliges hacer travesuras en esta, *Capitán Hollín*!

El gato dijo que lo sentía con la mirada.

—Sí, ya entiendo que no lo sabías, pero seguro que el señor Terror se pone hecho una fiera.

Y mientras seguía frotando la alfombra, se dio cuenta de que en aquel salón había algo raro. Era Nochebuena y no veía ni una sola decoración navideña. Ni una sola tarjeta de felicitación, ni acebo ni muérdago, ni olor a pastel de carne. Y eso, en una casa rica como aquella, era de lo más extraño.



Entonces, oyó unas fuertes pisadas en el pasillo. Amelia se giró justo en el momento en que se abría la puerta del salón y aparecía el señor Terror.

Amelia se quedó mirándolo. Era un hombre largo, con un cuerpo largo. Y una cara larga y estrecha. Y una nariz larga y ganchuda. Y con su bastón negro y también largo, su chaqueta oscura y su sombrero de copa oscuro, parecía un cuervo que, un martes cualquiera mientras comía un gusano, hubiera decidido convertirse en humano.

El señor Terror miraba fijamente a Amelia, al gato y a las huellas de hollín que ensuciaban el suelo.

—Lo siento —dijo Amelia—. Es que resulta que mi gato me ha seguido y ha subido por la chimenea.

—¿Sabes cuánto cuesta esta alfombra?

—No, señor. Pero estoy limpiándola. Mire, las manchas están saliendo.

Capitán Hollín arqueó el lomo, dispuesto a saltar, y bufó al señor Terror. Normalmente, a *Capitán Hollín* todo el mundo le caía simpático, pero se notaba que aquel hombre largo no le gustaba en absoluto.



—Criatura malévolas.

—Solo quiere desearle feliz Navidad —dijo Amelia, intentando sonreír.

—Navidad —dijo el señor Terror, y se le torció la boca al pronunciarla, como si la palabra tuviera un sabor asqueroso—. La Navidad solo es feliz para los tontos. O para los niños. Y es evidente que tú eres ambas cosas.

Amelia sabía quién era el señor Terror. Era el hombre que dirigía el Hospicio Terror, uno de los más grandes de Londres. Sabía también lo que era un hospicio. Un hospicio era un lugar horroroso donde nadie quería estar pero en el que podías acabar si eras muy pobre, o estabas muy enfermo, o perdías

tu casa o a tus padres. Era un lugar donde tenías que trabajar todo el día, en el que la comida era asquerosa, se dormía mal y se recibía todo tipo de castigos.

—¡Sois un par de bichos mugrientos! —exclamó el señor Terror.

A *Capitán Hollín* se le erizó el pelo y se transformó en una bola esponjosa de rabia.

—Es que no le gusta que le llamen según qué, señor.

Amelia se dio cuenta al instante de que al señor Terror no le gustaba que una niña le hablara en aquel tono. Y muy en especial una niña pobre, vestida con harapos tiznados de hollín y cuyo gato acababa de dejarlo todo hecho una porquería.

Amelia se incorporó.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez, señor.

El señor Terror la agarró por la oreja.

—Mentirosa.

El señor Terror se agachó hasta quedarse a la altura de Amelia y la miró entrecerrando los ojos, como si estuviera examinando la suciedad que se le había adherido al zapato. Amelia se fijó en lo torcida que tenía la nariz, se preguntó cómo se la habría partido y pensó que le hubiese encantado estar allí para verlo.

—Hablé con tu madre. Y tienes nueve. Eres una mentirosa y una ladrona.

Amelia tenía la sensación de que aquel hombre acabaría arrancándole la oreja.

—Por favor, señor, eso duele, señor.

—Cuando tu madre cayó enferma podría haber buscado otro deshollinador —dijo el señor Terror, soltando a Amelia y frotándose las manos para limpiárselas—. Pero no, me dije que le daría una oportunidad a su hija. Un grave error. Donde tendrías que estar es en mi hospicio, no aquí. Y en cuanto al dinero...

—Son tres peniques, señor. Pero como que he ensuciado un poco, puedo cobrárselo a mitad de precio.

—No.

—¿No qué, señor?

—Que no lo has entendido. Quien tiene que pagar aquí eres tú.

—¿Por qué, señor?

—Por destrozarme la alfombra.

Amelia miró la alfombra. Probablemente valía más de lo que un deshollinador podía ganar en diez años. Estaba triste y enfadada, pues

necesitaba los tres peniques del señor Terror para comprar un pudín de higos para su madre y ella. No podían permitirse ni un pato ni un pavo, pero sí un pudín de Navidad. Se habrían apañado solo con eso.

—¿Cuánto dinero llevas en el bolsillo?

—No llevo nada, señor.

—Mentirosa, veo la forma de una moneda. Dámela.

Amelia hundió la mano en el bolsillo para sacar la única moneda que tenía, una de cobre de medio penique, y miró fijamente la cara de la reina Victoria grabada en una de las caras.



El señor Terror meneó la cabeza, y miró a Amelia como si de verdad él fuera un cuervo y ella un gusano. La agarró otra vez por la oreja y se la retorció.

—Tu madre ha sido muy blanda contigo, ¿verdad? Siempre me pareció una mujer débil. Y es evidente que eso es lo que pensaba tu padre. No se quedó a vuestro lado, ni por la una ni por la otra.

Amelia se puso como un tomate. No había conocido a su padre y solo lo había visto en un dibujo a carboncillo que había hecho un día su madre. Iba con uniforme de soldado y sonreía. William Desealotodo parecía un héroe y con eso le bastaba. Había sido soldado del ejército británico e ido a la guerra a un país muy caluroso llamado Birmania. Había muerto allí el mismo año que Amelia nació. Se lo imaginaba como un hombre fuerte, noble y heroico, justo lo contrario del señor Terror.

—Tu madre no ha sido buena madre —continuó el señor Terror—. Solo hay que verte. Con esos pantalones andrajosos, cuesta distinguirte de un niño. Tu madre no te ha enseñado a ser niña, ¿verdad? Aunque como probablemente no durará mucho tiempo...

Incluso *Capitán Hollín* se enfadó al oír aquello. Echó a correr desde el otro lado del salón y saltó sobre el señor Terror, clavándole las garras en el pantalón negro y rasgándole el tejido. El señor Terror apartó el gato con el bastón y Amelia se vio embargada por una oleada de rabia. Lanzó las cerdas

de la escoba contra la cara de horror del señor Terror y le dio un puntapié en la espinilla. Y otro. Y uno más.

El señor Terror empezó a toser por culpa del hollín.

—¡NIÑA!

Pero a Amelia ya no le daba ningún miedo. No podía hacer otra cosa que pensar en su madre, enferma en la cama.

—¡No se le ocurra decir nada más sobre mi madre!

Arrojó la moneda al suelo y salió corriendo.

—¡Ya verás tú cuando te vuelva a ver!

«No, no me volverá a ver», se dijo Amelia, confiando con todas sus fuerzas en que así fuera y sin dejar de correr con *Capitán Hollín* pisándole los talones y dejando huellas negruzcas a su paso.

Una vez fuera, Amelia echó a correr en dirección este, por las calles oscuras y sucias, hacia su casa, en Haberdashery Road. Las casas era cada vez más pequeñas, más pobres y más apiñadas entre sí. En una pequeña iglesia se oía un coro cantando *Adeste Fideles*. De refilón, vio a un grupo de gente que montaba las paradas de un mercado navideño, unas niñas jugando a la rayuela, varios criados que salían de la carnicería cargados de pavos, una mujer transportando con cuidado un pudín de Navidad y un hombre que se despertaba en un banco.

Una castañera le gritó:

—¡Feliz Navidad, cariño!

Amelia sonrió e intentó sentirse feliz y navideña, pero era complicado. Mucho más complicado que el año pasado.

—Es Nochebuena, linda —dijo la castañera—. Esta noche llega Papá Noel.

Amelia sonrió al pensar en Papá Noel. Levantó la escoba y gritó:

—¡Feliz Navidad!



Modosito

Modosito era un elfo.

Era muy, muy pequeño, incluso para ser un elfo. Y muy joven, mucho más que tú. Tenía tres años, para ser exactos. Y un cabello negro que brillaba como lo hacen los lagos a la luz de la luna y un leve olor a galletas de jengibre. Iba a la pequeña guardería que estaba integrada en la Escuela de Trineo y vivía en una casita de la calle de las Siete Curvas, en el centro de Elfhelm.



Pero hoy no había clase.

Era Nochebuena, el día más emocionante del año. Y aquel año, era la Nochebuena más emocionante de cuantas recordaba, al menos para Modosito. Porque ese día iba a visitar el Taller de Juguetes junto con todos los demás niños elfos. En Elfhelm existía una tradición: cuando el saco de Papá Noel ya estaba lleno con todos los juguetes para los niños humanos, los niños elfos podían elegir entre los que quedaban en el Taller. Y Modosito nunca había estado en el Taller de Juguetes.

—¡Es Nochebuena! —gritó, saltando a la cama de sus padres.

La cama de sus padres, como la mayoría de las camas de los elfos, botaba como un trampolín, así que, en cuanto Modosito saltó a la cama, subió tan alto que se dio con la cabeza en el techo y rompió la guirnalda de papel rojo y verde que habían colocado como parte de la abundante decoración navideña del dormitorio.

—Modosito, es muy temprano —se quejó su madre, Manduca, hablando desde debajo de una mata de pelo oscuro enmarañado, que se tapó con la almohada.

—Mamá tiene razón —dijo su padre, Sosainas. Se puso las gafas y miró con nerviosismo el reloj—. Solo son y cuarto. Demasiado temprano.

«Demasiado temprano» era la hora menos favorita del día para Sosainas, sobre todo hoy, porque había estado trabajando toda la noche. Tenía la sensación de que acababa de acostarse. Y es que en realidad era así. Le encantaba trabajar como Jefe Artesano Adjunto de Juguetes que Giran y Saltan, puesto que era agradable de desempeñar y por el que recibía un sueldo razonable de ciento cincuenta monedas de chocolate semanales. Pero, por otro lado, también le encantaba dormir. Y el que giraba y saltaba sin parar ahora era su hijo, de emocionado que estaba.

—¡Adoro la Navidad! ¡Me siento a tope! —exclamó Modosito.

—Todos adoramos la Navidad, Modosito. Pero ahora intenta dormir un poco más —le pidió Manduca, sin sacar la cabeza de debajo de la almohada, que estaba bordada con las palabras «En nuestros sueños siempre es Navidad».

Manduca también estaba cansada, puesto que para ella era una época del año agotadora. Había estado levantada hasta tarde hablando con los renos.

—¡Pero, mamá, no te duermas! Vamos. Es casi Navidad. Cuando se acerca Navidad no hay que dormir. Para que dure más... Va. ¿Por qué no hacemos un elfo de nieve?

Manduca no pudo evitar sonreír.

—Pero si el elfo de nieve lo hacemos cada mañana.

Sosainas se había quedado otra vez dormido y estaba roncando. Manduca suspiró porque sabía que eso significaba que ya no podría descansar más. Se apartó la almohada de la cara y se levantó para ir a prepararle el desayuno a Modosito.

—¿Y qué decían los renos? —preguntó Modosito mientras desayunaba sus galletas de jengibre con mermelada en la pequeña cocina, encaramado en un taburete de madera.

Estaba mirando un retrato de Papá Noel que había pintado la artista elfa local. Era uno de los siete retratos que tenían de él, y aunque sabían que Papá Noel se sentía muy cohibido cuando visitaba la casa de algún elfo y veía allí su retrato, a ellos les resultaba reconfortante tener por todos lados aquella curiosa y barbuda cara humana.

—Poca cosa. Estaban muy callados. *Cometa* parecía preocupado, lo cual no es muy normal. Y *Relámpago* tenía una actitud extraña.

Mamá Manduca era la Corresponsal Jefa de la Sección de Renos de *El Diario de la Nieve*, y su trabajo consistía en escribir artículos sobre renos. El problema con el que se encontraba siempre era que los renos resultaban muy complicados de entrevistar, y lo máximo que podías sacar de ellos era un gruñido o un suspiro. Rara vez eran motivo de escándalo, a menos que contara como escándalo que *Relámpago* se hiciera una caquita en el jardín de Papá Vodol. (Papá Vodol era el jefe de Manduca. Y le tenía prohibido escribir sobre esas cosas). Y los artículos de renos, además, nunca salían en las páginas próximas a la portada, por mucho que hubiera habido cierto interés por el hecho de que *Cupido* y *Bailarín* tuvieran una relación amorosa de lo más inestable. La Carrera Anual de Trineos Tirados con Renos organizada por la Escuela de Trineo consiguió aparecer en una ocasión en la página cuatro, pero ahí quedó la cosa. Todo el mundo sabía que el elfo que eligiera a *Brioso* ganaría, puesto que era el reno más veloz de todos. El suyo era, oficialmente, el trabajo más aburrido de *El Diario de la Nieve*, y Manduca ansiaba poder tener uno más excitante, como por ejemplo Corresponsal de la Sección de Galletas de Jengibre o de la Sección de Troles. Con todo, el que más le gustaba era el de Corresponsal de la Sección de Troles. Deseaba desesperadamente ese puesto, pues era el más peligroso de todos, porque los troles eran grandes y siniestros y tenían un historial larguísimo de devoradores de elfos. Sin embargo, era también el trabajo más importante y, con diferencia, el más emocionante de todos. Y deseaba a diario que su jefe se lo diera, pero nunca lo hacía. Papá Vodol era un jefe muy gruñón. De hecho, era el elfo más gruñón de todo Elfhelm. Y odiaba la Navidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Modosito mientras su madre le echaba diez cucharadas de azúcar al zumo de arándano—. ¿Por qué dices que *Relámpago* tenía una actitud extraña?

—Pues porque estaba cabizbajo, mirando todo el rato al suelo. Y no le apetecía comer. Parecía preocupado. Todos lo parecían, de hecho.

Y recuerdo muy bien lo excitados que estaban el año pasado. Y luego me miró y emitió un sonido.



Modosito rio porque lo encontró muy gracioso.
Aunque Modosito todo lo encontraba gracioso.

—¿Un sonido por el trasero?

—No, un sonido por la boca. Más o menos así.

Manduca imitó el sonido. Unió los labios y de ellos salió un bramido de reno preocupado, como un eructo. Modosito dejó de reír porque la verdad es que era inquietante.

El pequeño elfo acabó de comer sus galletas de jengibre y, mientras su madre estaba en el baño duchándose con la regadera, decidió entretenerte con un rompecabezas. El rompecabezas era otra imagen de Papá Noel, tenía cinco mil piezas y Modosito solía componerlo en media hora, demasiado tiempo para un elfo.

Pero entonces, justo cuando estaba uniendo las piezas correspondientes a la chaqueta roja de Papá Noel, pasó una cosa muy extraña. Partes del rompecabezas empezaron a desaparecer, fundiéndose en negro. De pronto, allí donde había

estado la boca de Papá Noel había un agujero.

Y el agujero iba aumentando de tamaño a medida que las piezas del rompecabezas iban cayendo al suelo.

—¡Mamá! ¡El suelo se está comiendo a Papá Noel! —gritó Modosito.

Pero Manduca no podía oírlo, pues estaba en la ducha, cantando su tema favorito de los Cascabeles del Trineo: *Renos en la montaña*.

Modosito se olvidó por completo del rompecabezas al ver que en las baldosas del suelo se estaba abriendo una grieta oscura que se hacía cada vez más grande. Justo en aquel momento llegó su madre, vestida ya con su túnica verde y secándose el pelo con una toalla bordada con una imagen de *Relámpago*, el reno preferido de Papá Noel.

—¿Qué es eso? —preguntó Modosito.

Manduca miró a Modosito con cara de perplejidad.

—¿El qué?

—Eso del suelo. Se ha comido mi rompecabezas.

Y entonces Manduca lo vio.

Era una grieta, allí, al lado de la pared, abriéndose paso entre las resplandecientes baldosas de color verde y blanco. Y no solo era una grieta

que nunca había estado en ese sitio, sino que además se hacía cada vez más grande, hasta atravesar por completo la pequeña cocina.

—¿Qué es eso? —volvió a preguntar Modosito.

—¿El qué?

—Ese sonido.

(Gracias a la inteligente forma curva de sus orejas, los elfos tienen muy buen oído, y los niños elfos un oído incluso algo mejor que los adultos, razón por la cual los padres elfos nunca dicen cosas desagradables sobre sus hijos).

—Deben de ser los ronquidos de tu padre...

Pero no. Manduca acababa de oírlo también. Era un sonido muy grave y profundo, y venía de abajo. La elfa lo identificó al instante y se quedó paralizada del susto.

—¿Mamá?

Manduca miró a Modosito y pronunció una única palabra: «Troles».



Sosainas se despierta

 roles.

A pesar de que Manduca había pronunciado la palabra, no podía creérselo. Pero de troles sabía un montón, pues lo había estudiado todo sobre ellos. Y sabía que, aunque el Valle de los Troles estaba lejísimos, mucho más allá de las nevadas Colinas Boscosas, donde vivían los duendes, esos seres habitaban en cuevas que se extendían a lo largo y ancho del subsuelo, incluso hasta Elfhelm.

—La paz se ha terminado... Tenemos que irnos corriendo de aquí.

Agarró a Modosito de la mano y tiró de él justo en el momento en que aparecían más grietas, que convirtieron el suelo de la cocina en una especie de telaraña gigante.

Entraron corriendo en el dormitorio familiar que, siendo como era una casita pequeña de planta única, estaba justo al lado.

—¡Sosainas! —gritó Manduca—. ¡Sosainas!

Fue directa al lavabo que había en la esquina de la habitación y cogió una pastilla de jabón de elfo (que es como una pastilla de jabón normal y corriente, pero con aroma a arándanos).

—¡Papá, tienes que levantarte! ¡Hay troles! —gritó Modosito, zarandeando a su padre.

Sosainas siguió roncando un segundo más, hasta que se oyó otro rugido. Modosito y Manduca vieron horrorizados que en el suelo del dormitorio empezaba a abrirse también una grieta y amenazaba con engullir la cama entera, que se había quedado en el borde de un enorme agujero.

—He tenido un sueño espantoso —murmuró Sosainas, estirando el brazo para coger sus gafas. Entonces abrió los ojos y vio, allí, reales como la vida misma, a su esposa y a su hijo gritando a todo pulmón mientras una gigantesca mano verrugosa y gris de trol asomaba por el suelo del dormitorio y avanzaba hacia la cama.

En cuanto Manduca vio el enorme tamaño de la mano de trol, reconoció de qué tipo de trol se trataba. Era un megatrol, la segunda especie de trol más

grande y más estúpida de las siete especies existentes.

—Sosainas, sal de la cama enseguida. ¡Tenemos que huir! —gritó Manduca.



Pero ya era demasiado tarde. Manduca vio con horror cómo la mano agarraba la pierna de su marido y empezaba a tirar de él. Sosainas no era un elfo especialmente valiente, y le daban miedo muchísimas cosas: las sombras, la música demasiado fuerte, la luna, las bolas de nieve... Aquello era demasiado para él.

Manduca echó a correr y agarró a Sosainas por el brazo para intentar que el trol no se lo llevara.

Pero era inútil. Sosainas, centímetro a centímetro, iba escabulléndose hacia el agujero.

—Resiste, galletita mía —dijo Manduca.

Hundió la mano en el bolsillo de la túnica y sacó la pastilla de jabón. Y empezó a frotar con él la piel verrugosa del trol, que empezó a echar humo, a quemarse y a ponerse roja.

El trol gritó de dolor y, de pronto, abrió la mano. Sosainas cayó al suelo, libre por fin.

—¡Rápido! ¡Corred! —gritó Manduca.

Los tres echaron a correr para salir de la habitación, Sosainas en ropa interior, mientras el suelo seguía retumbando y haciendo añicos bajo sus pies.

Una vez fuera, Manduca se percató de que en la calle también había grietas, y de que el suelo temblaba como si hubiera un terremoto. También los demás elfos salían de sus casas.

—¡Oh, no! —gimoteó Sosainas al ver que la casa de sus vecinos se derrumbaba.

Y el gemido aumentó de volumen cuando vio que su casa se iba a pique. A su alrededor solo había temblores y destrucción. Sosainas empezó a respirar con dificultad y se puso un poco morado.

—Intenta respirar más tranquilo —le dijo Manduca—. Cierra los ojos y piensa en galletas de jengibre. Como te dijo el doctor Curalotodo.

El suelo estaba engullendo casas enteras. Manduca vio de lejos a un conocido de *El Diario de la Nieve*. Un elfo calvo y de orejas grandes que salía corriendo de la casa más grande de la calle.

Era Papá Culete, el Corresponsal de la Sección de Troles. Supuestamente, el mayor experto en troles de todo Elfhelm, y estaba corriendo a toda velocidad con las manos en alto, gritando «¡Los troles! ¡Los troles! ¡Los troles!» y apartando a empujones a todo aquel que se cruzaba en su camino.

Incluso presa del pánico, Manduca se dijo para sus adentros: «Ese puesto tendría que ser mío, no de este elfo».

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Sosainas, que se había quedado petrificado.

Y a Manduca solo se le ocurrió una respuesta.

—¡A ver a Papá Noel!

El orinal

—ime, ¿qué tal ha ido con el señor Terror? —preguntó su madre a Amelia desde la cama, entre ataque de tos y ataque de tos.

Amelia se estaba ocupando del orinal, un recipiente redondo de hojalata de color blanco que utilizaban las dos para hacer sus necesidades. La niña abrió la ventana y echó el líquido amarillo a la calle.

—¡Oye, tú! ¡Ándate con cuidado! —vociferó un hombre desde abajo.

—Uy, perdón. Lo siento —dijo Amelia. Se volvió entonces hacia su madre y le mintió—: Todo muy bien con el señor Terror.

No quería preocupar a su madre contándole la verdad.

—Me alegro de que le hayas gustado —dijo débilmente su madre, respirando con dificultad.

—Yo tampoco diría tanto, mamá.

—¿Has comprado el pudín de higos?

Amelia no dijo nada.

A su madre le costaba hablar, pero se esforzaba a pesar de todo.

—Tiene un hospicio... el señor Terror.

—Vaya.

—Mira, Amelia —dijo su madre en un susurro—. Yo no duraré mucho tiempo más en este mundo...

Amelia notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y parpadeó para impedir que se le derramaran y su madre pudiera verlas.

—No digas esas cosas, mamá.

—Es la verdad.

—Pero mamá...

—Déjame que acabe. Cuando me muera, quiero que estés bien cuidada, que no malvivas en la calle. Y aun en el caso de que pudieras seguir trabajando como deshollinadora, no podrías permitirte seguir viviendo aquí. Así que he hablado con el señor Terror...

Amelia se quedó rígida de terror, una rigidez que nada tenía que ver con los chinches que veía paseándose por encima de las sábanas de la cama.

—Deja de hablar de eso, mamá. Te pondrás buena, seguro.
Su madre volvió a toser. Y esta vez el ataque de tos duró mucho rato.



—Allí estarás a salvo.

Amelia guardó el orinal debajo de la cama de su madre, y fijó la mirada en uno de los chinches que merodeaban por las sábanas, trazando círculos, hasta que *Capitán Hollín* le dio un zarpazo y acabó con él. Miró entonces al gato. El gato la miró a ella. Los ojos vidriosos de *Capitán Hollín* reflejaban el horror que sentía al oír aquella conversación. Amelia dudaba de que los gatos estuvieran permitidos en los hospicios, y aun en el caso de que así fuera, no quería que *Capitán Hollín* y ella acabaran en uno de aquellos sitios. Sobre todo teniendo en cuenta lo mal que le caía el señor Terror a *Capitán Hollín*.

—Vamos, mamá, mañana es Navidad. Y la magia lo cambiará todo, ya lo verás. Solo tienes que creer en ella... En Navidad es cuando se producen los milagros. Tú espera, te prometo que...

Y Amelia sonrió al pensar en la carta que le había enviado a Papá Noel. Intentaba con todas sus fuerzas pensar en que se podía producir un milagro y que, incluso en un mundo lleno de gente como el señor Terror, la magia siempre era posible.

La mano de mamá (un capítulo corto pero muy triste)

olo una hora después, Amelia se arrodilló junto a la cama de su madre y le cogió la mano. Estaba empeorando a pasos agigantados, y la niña recordó, sin poder evitarlo, todos los momentos felices en los que le había cogido la mano a su madre: paseando a orillas del río, en la feria. O cuando era pequeña y su madre le cogía la mano cuando tenía una pesadilla. Recordó el dedo de su madre trazando círculos en su pequeña palma y cantándole en voz baja *Al corro de la patata* para que volviera a conciliar el sueño.

La mujer apenas hablaba porque era como si hacerlo le robara la energía, pero, por su expresión, Amelia adivinó que tenía algo que decirle.

Su madre movió la cabeza en un gesto de preocupación.

—Amelia, cariño, me temo que ha llegado el final.

Respiraba muy lentamente y estaba blanca como la leche.

—Pero si ya no toses.

Su madre esbozó la más débil de las sonrisas.

—Algún día, tu vida será mucho mejor de lo que es ahora —le dijo a su hija, una frase que le había repetido recientemente en infinidad de ocasiones —. La vida es como una chimenea. A veces hay que atravesar la oscuridad para llegar a ver la luz.

Esbozó otra sonrisa muy débil, cerró los ojos y Amelia notó que la mano de su madre se volvía de repente más pesada.

—No puedes morirte, mamá. No dejaré que lo hagas. Morirse está absolutamente prohibido. ¿Me has entendido?

Jane Desealotodo cerró los ojos.

—Sé buena niña.

Y eso fue lo último que la madre de Amelia le dijo. Ya no se oyó nada más, excepto el tic tac del reloj del descansillo y el sonido de la tristeza brotando de Amelia en forma de lágrimas.

El barómetro de la esperanza

Los elfos se arremolinaron alrededor de Papá Noel cuando cruzó el taller corriendo.

—¿Es ese el saco infinito? —le preguntó un elfo bajito y barrigudo, señalando el saco de Papá Noel.

—Sí, Rollo.

—Pues no parece muy grande.

—No, no es grande. Pero es infinito. En su interior cabría el mundo entero...

Y entonces el suelo comenzó a temblar. Los elfos se miraron entre ellos con ojos más grandes y abiertos de lo habitual, los caballitos balancín empezaron a rechinar moviendo su base contra el suelo y los carritos de juguete corretearon de un lado a otro. Rollo tropezó con las pelotas que rodaban por todas partes y aterrizó sobre su trasero, que por suerte era grande y blandito. Y de pronto, todo volvió a quedarse quieto y en silencio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rollo.

—Tengo miedo —murmuró Hoyuelo.

Bella rompió a llorar.

Papá Noel se giró hacia los elfos.

—No ha sido más que un pequeño temblor, amigos. Nada de lo que preocuparse. ¡Incluso el suelo se emociona cuando llega la Navidad! Sigamos con lo nuestro con normalidad. Tenemos un gran día, y una gran noche, por delante.

Y entonces, Papá Noel se cargó a la espalda el saco infinito y subió por la chimenea a la planta superior del taller, los cuarteles generales del Taller de Juguetes.

Cuando Papá Noel emergió de la chimenea y llegó a los cuarteles generales del Taller de Juguetes, encontró a Papá Topo, un elfo anciano y muy sabio, de pie y rascándose su enorme bigote blanco.

—¿Va todo bien, Papá Topo?



—Pues no exactamente, Papá Noel. ¿No has notado cómo temblaba el suelo? ¡Creía que la torre iba a venirse abajo!

—He notado un pequeño temblor, sí. Pero no pasa nada. Debe de ser la magia que hay en el ambiente.

—Umm... Y ya que lo mencionas —dijo Papá Topo—. Echa un vistazo al Barómetro de la Esperanza. Tendría que estar resplandeciente de luz.

Señaló el Barómetro de la Esperanza, una bola de cristal situada en lo alto de un poste y que ocupaba el centro de la estancia.

Normalmente, el Barómetro de la Esperanza brillaba con un haz de deslumbrantes luces multicolores que danzaban con delicadeza en su interior. Verde, morado, azul. En su día, Papá Noel había recogido esas luces de las auroras boreales que iluminaban el cielo de Finlandia. En

Nochebuena, la luz tendría que ser casi cegadora, alimentada por la magia que crecía a partir de la esperanza y la bondad de elfos, humanos y todas las demás criaturas.

Pero cuando Papá Noel levantó la vista hacia el Barómetro de la Esperanza, vio que en su interior había tan solo un débil hilillo de color verde que parpadeaba con la débil intensidad de una llama.

—Seguro que no hay nada de que preocuparse —replicó Papá Noel—. Brilla un poquitín. A lo largo del día irá cobrando intensidad. Vamos, Papá Topo. ¡Anímate! ¡Siguen aún llegándonos muchas cartas!



Justo en aquel momento, la siempre sonriente Mamá Chispa, la responsable de Correos, entró corriendo y jadeando en los cuarteles generales del Taller de Juguetes.

—¡Pasa algo grave! No llegan las cartas. Acaba de comunicármelo el Cazador de Cartas. Se ve que no consiguen superar la cima de la montaña.

Papá Noel sonrió.

—Vaya. Así que no llegan las cartas y el Barómetro de la Esperanza parece no tener luz suficiente. Pero nada de esto conseguirá detener la Navi...

Un sonido remoto, aunque bastante potente, lo interrumpió a media frase. Un sonido que parecía un rugido, o un crujido. Papá Noel se acercó al ventanal, y vislumbró a lo lejos la devastación de la calle de las Siete Curvas.

Se estaban derrumbando casas enteras que acababan siendo engullidas por el suelo, y los elfos corrían aterrados entre las grietas que se abrían en la calle. Papá Noel sofocó un grito y, en cuestión de segundos, Mamá Chispa y Papá Topo se plantaron a su lado.

Papá Topo sacó su telescopio de un bolsillo, y a través de él vio a una familia corriendo en medio de todo aquel caos. Uno de sus miembros solo llevaba ropa interior.

—Oh, no. Manduca, Sosainas, Modosito.

Manduca era tatara-tatara-tatara-taranieta de Papá Topo y el ser que más quería en el mundo.

Y no solo pasaban cosas en la calle de las Siete Curvas, sino que los edificios del Gran Sendero también se estaban derrumbando. Los trabajadores del Banco de Chocolate habían abandonado a toda prisa sus puestos y salvado justo a tiempo la vida, puesto que el banco acababa de ser engullido.

Y entonces Papá Noel vio algo más. Allí donde hasta hacía unos instantes se erigía el Banco de Chocolate, algo emergía entre la montaña de ladrillo y polvo: primero, una enorme mata de lo que parecía pelo negro que asomaba del subsuelo, y, después, lentamente, una frente verrugosa. Y ese tipo de frente que solo podía pertenecer a un trol.

Una roca volaba por los aires, procedente de algún lugar mucho más allá de las Colinas Boscosas, e iba directa... «Espera un momento, ¡no puede ser!». Iba directa hacia el Taller de Juguetes. Papá Noel apartó de un empujón a Mamá Chispa y aterrizó sobre ella justo en el instante en que la roca impactaba contra el suelo. Papá Noel era mucho más grande y pesado que cualquier elfo, de modo que aplastó a la pobre Mamá Chispa, aunque ser aplastado por Papá Noel siempre era mejor y dejaba una sensación más blandita que ser aplastado por una roca. Papá Noel se incorporó rápidamente, corrió hacia el cuadro de control, echó un vistazo a los botones y presionó el de color rojo, donde podía leerse, en letras tremadamente pequeñas: «¡¡¡EMERGENCIA MUY PERO QUE MUY GRAVE!!!».

La campana que había en lo alto de la torre empezó a sonar a hipervelocidad.

DINGDONG DINGDONG DINGDONG DINGDONG DINGDONG
DINGDONG

Y fue en ese momento cuando Papá Noel se dio cuenta de que el Barómetro de la Esperanza había caído al suelo y estaba hecho añicos. El último hilillo verde de luz mágica se elevó hacia él y desapareció en el aire justo delante de sus narices.

El Duende Volador Cuentacuentos



e modo que en ese estado se encontraba Elfhelm aquella Nochebuena.

Con la tierra temblando, cabezas de trol que emergían del subsuelo, rocas y piedras volando por todas partes, edificios que se derrumbaban, pudines de Navidad que salían disparados de la Cafetería del Pudín de Higos, monedas de chocolate esparcidas por todas partes, elfos corriendo de un lado a otro con sus hijos, los Cascabeles del Trineo protegiéndose la cabeza con sus instrumentos para evitar la lluvia de pedruscos...

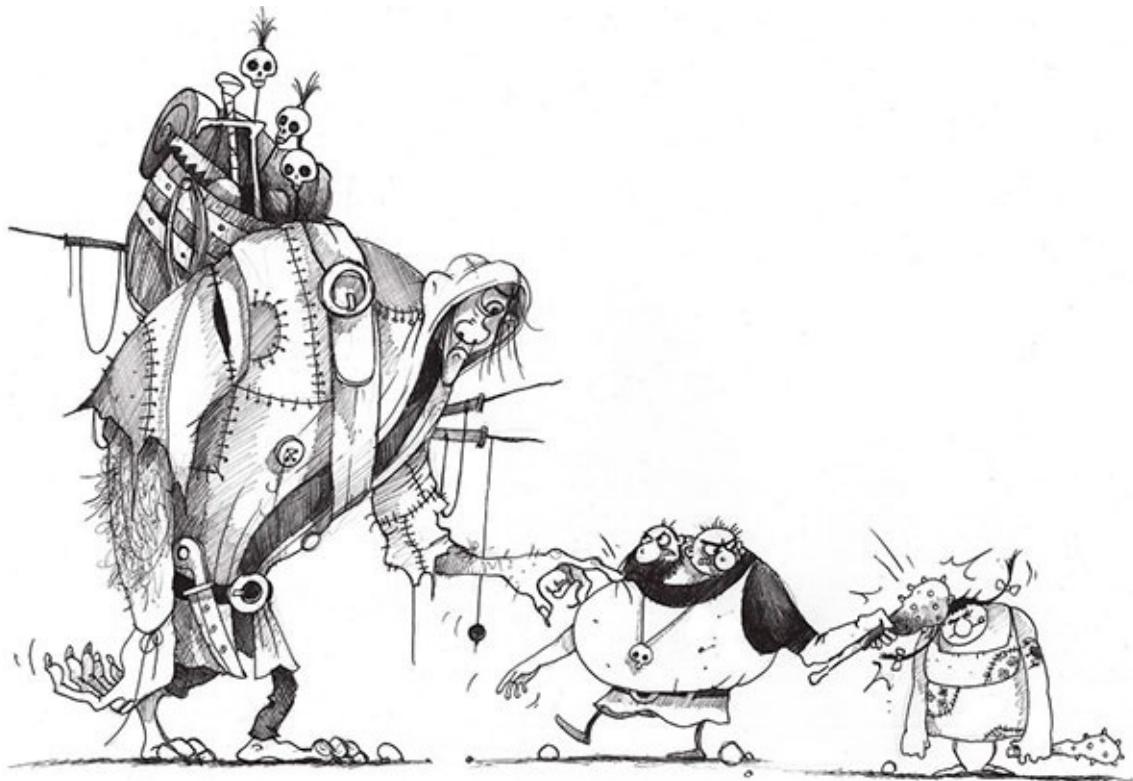
—¡Elfos! —vociferó Papá Noel—. ¡Id corriendo al Campo de los Renos! ¡Todos! ¡Todo el mundo al Campo de los Renos!

Papá Topo estaba al lado de Papa Noel, abrazado a Manduca y Modosito.

—Oh, no —dijo Sosainas cuando el suelo volvió a temblar bajo sus pies.

Manduca le tapó los ojos a su hijo. Y de pronto, el Taller de Juguetes se vino abajo.

Papá Noel vio aparecer algo entre los escombros: uno, luego dos, no, de hecho, eran tres troles. Y no eran megatroles, sino minitroles, que tan solo triplicaban el tamaño de Papá Noel y que debían de ser unas nueve veces más grandes que un elfo. Aunque técnicamente deberían contarse como cuatro, puesto que uno de ellos tenía dos cabezas. Otro tenía un solo ojo. El tercero parecía bastante normal, para ser trol, con la excepción de un diente amarillo gigantesco que le asomaba por un lado de la boca. Todos, eso sí, con la piel verrugosa, dientes podridos y vestidos con harapos sucios de piel de cabra.



El trol de un solo ojo levantó una roca del suelo y emitió un rugido atronador. Estaba mirando la única construcción de Elfhelm que aún quedaba en pie: el edificio de cinco plantas que albergaba las oficinas de *El Diario de la Nieve*. Y estaba a punto de lanzarle una roca.

—Escuchadme bien, troles, no queremos haceros ningún daño —dijo Papá Noel.

El trol de dos cabezas agarró al trol de un solo ojo por el brazo.

—No, Ciclopón —dijo el trol de dos cabezas. Ciclopón se encogió de hombros y bajó el brazo.

—Gracias —dijo Papá Noel—. Lo único que queremos es pasar la Navidad en paz. No tenemos ni el más mínimo interés en el Valle de los Troles. Por favor...

Fue justo en ese momento que Papá Noel oyó un aleteo por encima de su cabeza. Levantó la vista y descubrió una criatura de forma muy similar a la Duendecilla de la Verdad, con la diferencia de que esta tenía alas y era mucho más pequeña. Cuatro alas en total, dos juegos de dos. Eran muy ligeras, tan transparentes que podía verse a través de ellas, brillaban como el cristal y dejaban pasar la luz del sol.



—¡Un Duende Volador Cuentacuentos! —exclamó Manduca, que conocía a los duendes casi tan bien como a los troles.

El duende estaba volando en círculos, sin parar de reír y contemplando el caos que habían sembrado los troles. Se acercó volando a la cabeza de Ciclopón. A Papá Noel le resultó de lo más extraño aquel comportamiento. Y de pronto, el duende desapareció, surcando el cielo a toda velocidad en dirección a los árboles que cubrían las colinas nevadas del territorio de los duendes.

—¡Este año no haber Navidad! —dijo sin alterarse Ciclopón—. ¡No Navidad!

—¿Y qué problema tienes con la Navidad? —le preguntó Papá Noel, tal vez temerariamente, teniendo en cuenta que Ciclopón seguía con la roca en la mano—. Creía que a los troles os gustaba la Navidad.

Ciclopón no dijo nada pero miró hacia lo lejos, hacia el Campo de los Renos, donde se habían congregado todos los elfos. Y entonces, emitió un rugido ensordecedor y lanzó la roca hacia el cielo, alto, alto, muy pero que muy alto. Y todos siguieron con la mirada la trayectoria de la roca.

—¡Oh, no! —le dijo Papá Topo a Papá Noel al oído.

Papá Noel comprendió enseguida hacia donde iba dirigida la roca. No iba dirigida hacia los elfos, ni hacia los renos, ni hacia el edificio de *El Diario de la Nieve*, sino directa hacia el campo donde había dejado aparcado su trineo. El impacto de la roca contra el trineo se oyó desde más de un kilómetro de distancia.

Ciclopón y los demás troles empezaron a patear el suelo como locos, en una especie de danza salvaje de los troles.

—Es una señal —dijo Manduca, que durante sus estudios para ser periodista había leído en *La Trolopedia completa* un montón de información sobre la costumbre que tenían los troles de emitir señales pateando el suelo.

En el subsuelo se pudo oír un nuevo rugido de trol.

—¡Apartaos todos! —gritó Manduca, que conocía el significado de aquel sonido.

Y entonces... ¡pum! Apareció de repente un puño gigante. Un puño gris tan enorme que era del mismo tamaño que uno de aquellos minitroles.

Sosainas se había tumbado en el suelo, hecho un ovillo, y estaba practicando sus ejercicios de respiración mientras Modosito le iba diciendo:

—Tranquilo, papá, no pasa nada.

—Urgula, la Líder Suprema de los Troles —musitó Manduca.

El puño se sumergió de nuevo, dejando un gran agujero en el suelo. Y entonces, los tres troles que habían subido a la superficie saltaron, uno tras otro, hacia el interior del agujero. El suelo volvió a temblar cuando aterrizaron en la cueva subterránea.

Papá Noel miró a su alrededor, a los elfos preocupados, a los edificios destruidos y al Taller de Juguetes derrumbado, y esperó unos segundos. Reinaba el silencio. Los troles habían decidido dejarlos en paz.

—Se han ido —aseguró.

Y entonces oyó el murmullo de Modosito al contemplar el estado en que había quedado Elfhelm:

—Todo se ha ido —dijo.

Papá Noel vio entonces una pelota saltarina que se había librado de la debacle y llegaba rodando hasta sus pies.

Quizá no todo...

Llaman a la puerta

n Londres, un hombre alto, bien vestido, que parecía un esqueleto se plantó en la puerta del número 99 de Haberdashery Road. Vestía un abrigo largo de tono oscuro, tocaba su cabeza con un sombrero de copa, llevaba una Biblia bajo el brazo y un bastón negro en la mano. Sus ojos eran tan grises como la niebla londinense que cubría la calle.

Amelia intentó cerrar la puerta, pero el señor Terror fue más rápido.

La cara de aquel hombre estaba muy cerca de la suya, lo que le facilitaba poder observarlo mejor que nunca. Se fijó entonces en que tenía unas ojeras hinchadas y oscuras, la nariz aguileña tremadamente torcida, y las mejillas tan hundidas que parecía que no hubiera ni un gramo de carne entre piel y hueso.

—Jamás le cierres la puerta a un caballero. Estoy aquí para ayudarte.

Capitán Hollín merodeaba entre los tobillos de Amelia y meneaba la cola para advertir del peligro.

—No me gustas —dijo el gato, bufando—. Sé quién eres y no me gustas ni un pelo. Me alegro mucho de haberte echado a perder la alfombra.

—Siento lo de tu madre —dijo el señor Terror, aunque no parecía ni sentirlo ni se le veía triste por lo sucedido.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Amelia, que se fijó en los pantalones del señor Terror y se dio cuenta de que eran distintos a los que *Capitán Hollín* le había rasgado.

—Me ha llegado la noticia.

—Pues gracias, señor. Feliz Navidad, señor.

—¿Así que no piensas decir que lo sientes? ¿Lo de haberme tirado a la cara la escoba de deshollinar? ¿Lo de rechazar mis servicios? ¿Lo de ser una maleducada?



Amelia intentó cerrar de nuevo la puerta, pero el señor Terror la agarró por el brazo, con mucha fuerza.

—¡Márchese y déjeme en paz, viejo apestoso!

—Ya la has oído —maulló *Capitán Hollín*.

La sonrisa del señor Terror se había arrugado bajo su nariz partida y parecía una hoja seca.

—No. De ninguna manera. Por desgracia, eso es imposible. Tú te vienes conmigo. Mira, resulta que en esta vida solo tengo una pasión. Y esa pasión no es otra que la corrección de errores. Y tu madre quería que te corrigiese. Así me lo hizo saber. Te pareces demasiado a tu padre.

Amelia sabía que su madre jamás habría dicho eso de su padre.

—Es mi vocación. En el hospicio enseñamos disciplina. Y ahora nos perteneces. Ha llegado el momento de llevarte allí —dijo el señor Terror, clavándole las uñas en los brazos.

«No ha llegado, ni mucho menos», pensó Amelia.

Miró a *Capitán Hollín* con ojos suplicantes, pidiéndole ayuda. El gato la miró fijamente y se marchó hacia la sala de estar.

«Buen plan, *Capitán Hollín*», pensó Amelia.

Amelia consiguió liberarse de la presión que ejercía sobre su brazo el señor Terror y echó a correr a toda velocidad hacia la minúscula y oscura sala de estar.

Había solo dos opciones: la ventana con marco de madera podrida o la pequeña chimenea. *Capitán Hollín* la estaba esperando ya en la chimenea.

—Buen gato.

El señor Terror no sería capaz de meterse en la chimenea ni en sueños.

—¡Vuelve aquí! —gritó el señor Terror al acceder a la sala. Su cara alargada y retorcida la miró amenazadoramente—. ¡Te pillaré, sucia mocosa!

—¡Eso jamás! —le espetó Amelia, mientras *Capitán Hollín* le bufaba diciéndole exactamente lo mismo. Cogió en brazos a *Capitán Hollín*—. Muy bien, *Capitán*, larguémonos.

Amelia se agachó y desaparecieron los dos en la oscuridad de la chimenea.

La niña se cargó rápidamente el gato al hombro.

—Tú estate aquí quieto, y no me claves las uñas —le dijo a *Capitán Hollín*.

Empezó a ascender por la chimenea sirviéndose de los codos y los pies para apuntalarse en las paredes cargadas de hollín. Aquella chimenea era extremadamente estrecha, mucho más que las normales, la pared se desmoronaba y era complicado no resbalar. De pronto, Amelia notó la mano del señor Terror agarrándola por el pie. Para ser un hombre tan esquelético, tenía mucha fuerza. Empezó a tirar de ella y Amelia se rascó los codos con la pared al intentar resistirse. Aguantando el dolor y con el corazón latiéndole a toda velocidad, decidió ahuyentarlo a patadas. Le arreó tres puntapiés y acabó perdiendo una bota en la pelea.



—¡Vuelve aquí, niña, eres un auténtico demonio!

Pero Amelia siguió ascendiendo en la oscuridad. El tiro era muy estrecho y se estrechaba aún más al acercarse al final. *Capitán Hollín* fue el primero en emerger al exterior, seguido por Amelia al cabo de poco rato. Lo habían conseguido.

Estaba nevando. El contraste entre la oscuridad de la chimenea y la blancura del tejado obligó a Amelia a parpadear. *Capitán Hollín* echó a correr, dejando a su paso un sendero de huellas diminutas.

—¡Ya os veo ahí arriba! —gritó una voz desde la calle.

El tejado estaba resbaladizo por culpa de la nieve. Pero a pesar de que no era un gato y de que calzaba una sola bota, Amelia consiguió recorrerlo a la carrera sin caer. Era un tejado muy largo, y, cuando llegó al final, no le quedó otro remedio que saltar hasta la siguiente hilera de casas adosadas.

—Salta tú primero —dijo Amelia.

Capitán Hollín saltó y lo consiguió, con facilidad. Luego saltó Amelia. Y lo logró, con menos facilidad.

Un grupo de gente que estaba cantando villancicos dejó de cantar *Noche de paz* y levantó la cabeza para quedarse mirándola. Jadeando, Amelia miró hacia abajo y vio al señor Terror caminando a toda velocidad con su bastón. La niña quería mucho a su madre y comprendía que lo había hecho pensando en que era lo mejor para ella, pero era evidente que su madre no sabía que el señor Terror era un hombre espantoso. De pronto, en la cabeza de Amelia se desencadenó una tormenta de miedo, pánico y apabullante tristeza.



—¡Aaay!

La niña perdió el punto de apoyo y cayó hacia el otro lado del tejado.

Consiguió sujetarse a algo, una cosa dura, húmeda y resbaladiza. No sabía qué era. Pero entonces volvió a soltarse. Empezó a caer de nuevo y aterrizó de espaldas en el suelo. Cuando miró a su alrededor, vio que estaba en el jardín

trasero de una casa. *Capitán Hollín* corrió tras ella, saltó y se plantó en su barriga.

—Tranquila —le dijo *Capitán Hollín* en idioma de gato—. Puedes conseguirlo.

Y la niña, por primera vez en su vida, lo entendió perfectamente.

Amelia y *Capitán Hollín* se incorporaron, atravesaron rápidamente el jardín y saltaron al pasaje que había detrás de las casas. Salieron a India Street y oyeron a los lejos a los cantantes entonando *Campana sobre campana*. La niña miró a sus espaldas, no vio ni rastro del señor Terror y echó a correr a toda velocidad hacia el terreno desconocido de su futuro.

Papá Vodol y sus larguísimas palabras

 e acercó a examinar su trineo y el reno más veterano, *Relámpago*, le dio a Papá Noel unos golpes cariñosos con el hocico.

—No pasa nada, *Relámpago*, tranquilo.

Los elfos se habían congregado en el campo nevado y, a la espera de que Papá Noel dijese alguna cosa, comían terrones de azúcar de emergencia para consolarse.

Y al final, Papá Noel habló.

—Pues bien —dijo, con una sonrisa—. Está siendo una Nochebuena muy excepcional. Pero podría haber sido peor. Intentemos verle el lado positivo.

—¿El lado positivo? —replicó un elfo con túnica negra, barba larga y oscura y cejas gruesas y pobladas—. El lado positivo no existe. Esto es una catástrofe. Una calamidad de proporciones épicas. Un cataclismo. Una ruina. Un... ¡un cacafungo!

Papá Noel suspiró. Papá Vodol era un experto en bajar la moral de la gente y fanfarronear, a la vez, de su conocimiento de palabras larguísimas. Era el elfo que sabía más palabras, pues conocía la totalidad de los setenta y seis millones de palabras élficas y a veces incluso se inventaba algunas para confundir a la gente y hacerse el inteligente. Papá Noel estaba segurísimo de que «cacafungo» no era una palabra real.

Manduca vio las huellas que había dejado Papá Vodol en la nieve, y se dio cuenta de que había venido del oeste, de las colinas, lo cual era extraño, puesto que normalmente en Nochebuena solía estar en las oficinas de *El Diario de la Nieve*.

Papá Noel se obligó a sonreír.

—No digas eso, Papá Vodol. Todas las cosas tienen su lado positivo. Mira, los troles se han marchado, y estamos todos sanos y salvos. Evidentemente, tendremos que averiguar por qué ha pasado lo que ha pasado. Y lo averiguaremos. Pero no hoy. Sí, ha habido algunos heridos, aunque tenemos ya a nuestros increíbles chicos del Servicio Élfico de Asistencia Médica ocupándose de ellos. El doctor Curalotodo está al cargo de todo. Y

tenemos a los renos. Hay edificios que siguen en pie. Las oficinas de *El Diario de la Nieve* siguen en pie. Los elfos pueden dormir allí mientras reconstruimos la ciudad y algunos pueden alojarse en mi casa. ¡En mi cama caben al menos once elfos! Y también se puede dormir en el trampolín. Pero debemos recordar que es Nochebuena y hay mucho trabajo que hacer.

La multitud lo miró con escepticismo. Incluso *Relámpago* parecía dudoso e hizo un pipí para demostrar lo dudoso que estaba.

—¿Navidad? ¡Navidad! —refunfuñó Papá Vodol—. Supongo que lo dirás en broma. Es imposible que haya Navidad en estas condiciones.

—¡Hurra! —gritó Modosito, que no entendía muy bien lo que estaba pasando y se alegró de oír aquella palabra—. ¡Navidad! ¡Papá, es Navidad!

Sosainas asintió, cerró los ojos e intentó calmarse pensando en galletas de jengibre.

Pero entonces, Papá Vodol dio un paso al frente y murmuró:

—Es imposible.

La multitud de elfos contuvo un grito de desazón y los padres taparon los oídos de sus pequeños con las manos.

—Papá Vodol, por favor, nada de palabrotas. Hay menores —dijo Papá Noel, antes de seguir dirigiéndose a la muchedumbre—. Entiendo que parezca... difícil. Pero, en una ocasión, un elfo muy sabio me dijo que lo im... bueno, que esa palabra no existe. Y esta noche, todos los niños humanos dependen de nosotros. Tenemos que darles magia.

—Me temo que Papá Vodol tal vez tenga razón —dijo Papá Topo.

Los elfos estaban confusos.

—¡No hay juguetes!

—¡Y no hay trineo!

Papá Noel asintió.

—Sí, problemas hay, eso está claro. —Miró un momento el trineo aplastado—. Al trineo habrá que dedicarle un rato de trabajo. Pero tenemos los renos. Y mi persona. Y el saco infinito. Y un mundo entero de esperanza. Y un poco más tarde, cuando miréis el cielo, veréis la esperanza iluminándolo. La aurora boreal brillará con más fuerza que nunca.

—No me gusta ser aguafiestas —dijo Mamá Birra, la fabricante de cinturones—, pero de ser así, todo esto no habría pasado.



Papá Noel palpó el papel que llevaba en el bolsillo, la carta que había recibido de Amelia Desealotodo. Amelia había sido la primera niña en recibir sus regalos. Miró a Papá Topo, que estiró el brazo con la intención de tocarle la espalda a Papá Noel. O intentarlo, porque en realidad solo le llegaba al trasero, lo cual resultaba un poco embarazoso.

—Vamos, elfos —dijo Papá Noel—. Sois elfos. Como mínimo debemos intentarlo. Los humanos nos necesitan. Veamos, ¿tenéis alguna pregunta?

Modosito levantó la mano.

—¿Sí, Modosito? —dijo Papá Noel—. Dispara.

—¿Puedes bailar la cachizumba? —preguntó.

Algunos elfos se echaron a reír. Pensar en la cachizumba en un día tan triste resultaba agradable.

—¿La cachizumba? Bueno, es que...

—Nunca te he visto bailar la cachizumba —continuó el pequeño elfo.

—Modosito —dijo en voz baja Manduca—, me parece que no es el momento para pedir esas cosas.

—Modosito, es que resulta que yo no soy un elfo. Mírame. Mira lo alto que soy. Y mira qué barriga más grande tengo. Sí, ya sé que me han hecho un beljuro, pero creo que lo de la cachizumba es mejor dejarlo para los elfos.

Modosito se quedó triste y su sonrisa se esfumó. Incluso dio la sensación de que sus orejas se agachaban un poco.

—La cachizumba es para todo el mundo —dijo Modosito con un hilillo de voz—. Esa es la gracia de la cachizumba.

Papá Noel se lo pensó mejor. Si aquello servía para animar a los elfos, ¿por qué no?

Respiró hondo para coger fuerzas y se puso en movimiento.

Y resultó que Papá Noel era un buen bailador de cachizumba.

—Bueno, ya está —dijo sin aliento en cuanto hubo acabado—. ¿Intentamos salvar la Navidad?



—¡Yo sí que lo intentaré! —exclamó una vocecilla desde la primera fila.

—Caramba, muchas gracias, Modosito.

—¿Alguien más?

Manduca levantó la mano. Y también Papá Topo. Y algunos elfos más. Pero Papá Noel nunca había visto a los elfos tan tristes.

—Fantástico. Genial. Maravilloso.

Le dio unos golpecitos en el lomo a *Relámpago* para animarlo y miró hacia la montaña, pensando en el mundo humano que se desplegaba detrás de ella, y cruzó los dedos a sus espaldas confiando en que todo saliese bien.



Correr



melia corrió y corrió.

Corrió hacia el oeste, sin pensar, dejando que *Capitán Hollín* la guiara en la oscuridad de la noche. Se limitó a seguir la punta blanca de la cola, como las palabras persiguen un signo de exclamación.

Al cabo de un rato cayó en la cuenta de que le resultaría más fácil correr sin botas que con una sola, de modo que se descalzó del todo y abandonó la bota en la acera.

Y mientras corría y pasaba por delante de acogedoras casas con las cortinas cerradas y las familias durmiendo felices en su interior, soñando con la Navidad, no podía parar de llorar. Pensó en todos los niños que se despertarían al día siguiente y en su felicidad al descubrir soldaditos de juguete y muñecas de porcelana en sus calcetines. Pero Amelia no sabía ni qué hacer ni dónde ir.

Entonces vio a la anciana castañera empujando su carrito por la calle. Su rostro reflejaba bondad.



—Disculpe, señora —dijo Amelia.

—Hola de nuevo, pequeña —contestó la anciana, enseñándole una dentadura de color marrón—. ¿No deberíais estar tú y tu gato ya en casa a estas horas?

De repente, el frío y la tristeza se apoderaron de Amelia. Abrazó a *Capitán Hollín*.

—Es que no tenemos donde ir.

La castañera dejó de empujar el carrito y miró a Amelia a los ojos.

—¿No tienes casa? —La castañera estornudó—. Pobrecilla —dijo.

—No. A mi casa ya no puedo volver. —Amelia echó un vistazo a su alrededor—. Y el señor Terror me persigue.

—Eso sí que no puede ser. Un hospicio no es lugar para una jovencita como tú. Ni para este gato.

La anciana volvió a estornudar.

—¿Podríamos ir mi gato y yo a su casa? —preguntó Amelia.

La anciana bajó la vista.

—Me temo que no, cariño... No puedo tener gatos cerca, me provocan alergia. Por eso estornudo tanto. Deja que piense... Deja que piense... Creo que lo mejor que podrías hacer es ir a ver a la señora TodocorazónTodocorazón, que vive cerca de la catedral de San Pablo. Es una buena persona. Dile que te envía Bessie Smith. Esa soy yo. Bessie Smith. La señora TodocorazónTodocorazón acoge a jovencitas como tú... Ser cerillera no es el mejor trabajo del mundo, pero es mejor que estar encerrada en el hospicio del señor Terror, eso te lo aseguro.

—Gracias —dijo Amelia, despidiéndose.

—Ten, toma estas castañas, cariño. Un pequeño regalo de Navidad —gritó la anciana.

Pero Amelia no tuvo tiempo de cogerlas. Porque vio una sombra alargada asomando por la esquina, la sombra de un hombre alto y delgado con un bastón. Y al instante supo quién era.

—Tengo que irme —dijo, echando a correr.

—Qué tengas suerte, jovencita —contestó la castañera.

El agente Fisgón



pesar de que Amelia tenía los pies llenos de heridas por andar corriendo descalza por las calles oscuras y llenas de charcos, siguió corriendo, esquivando borrachos y el sospechoso contenido caliente de los orinales. Llegó a la catedral de San Pablo, un impresionante edificio coronado con una cúpula espectacular que parecía una cebolla que soñara con ser mucho mejor y mucho más grande que una cebolla. Había mucha gente que salía de la iglesia después de la Misa del Gallo, pero no vio a nadie con el aspecto que imaginaba que debía de tener la señora TodocorazónTodocorazón.

Y entonces tropezó, literalmente, con un policía vestido de azul. Cuando era muy pequeña, nunca veía policías. Y mucho menos de aquel estilo, con uniformes tan elegantes. Pero ahora era como si estuvieran por todas partes. Aquel tenía un bigote enorme y esponjoso, era como si el bigote hubiera decidido adornarse con una cara, no al contrario.



—Perdón, señor —dijo Amelia.

—Hola —contestó el policía—. ¿Dónde vas?

—Estoy buscando a la señora Br...

Pero antes de que terminara la frase, interrumpió sus palabras una voz que conocía muy bien.

—No pasa nada, agente Fisgón. La niña va conmigo.

Amelia se giró rápidamente y vio la cara del señor Terror iluminada por la luz de la farola.

Y, de pronto, una mano larga y huesuda la agarró por el brazo sin darle tiempo a escapar.

—Buenas noches, señor Terror —dijo el agente Fisgón, quitándose el sombrero para saludarlo.

El señor Terror le regaló una de aquellas sonrisas que parecían de muerto.

—Esta señorita, Amelia Desealotodo, es un poco salvaje. Tan salvaje como ese gato espantoso que lleva en brazos. Está aún por domar. Es nueva en el hospicio. Le agradecería que me ayudara a llevarla allí, que es donde debería estar.

—Por supuesto —contestó el agente Fisgón, agarrándola por el otro brazo—. Le entiendo perfectamente. Una chiquilla salvaje. Le ayudaré.

—¡Yo no vivo allí!

Pero decirlo no sirvió de nada. Amelia era una niña sin zapatos, sin padres y sin esperanza.

Charles Dickens

 l señor Terror miró a *Capitán Hollín*. *Capitán Hollín* le bufó.
—Y además, dejarás por aquí a ese animal pulgoso.

Amelia estaba muerta de miedo y el corazón le iba a mil por hora. *Capitán Hollín* era lo único que tenía, era su mejor amigo. Por muy cuesta arriba que se le pusiera la vida, *Capitán Hollín* siempre estaba allí para lamerle la cara o restregarle la cabeza contra la barbilla. Y era un gato al que le gustaban mucho los humanos... excepto uno.

Entonces, Amelia vio que se acercaba un hombre. Un señor delgado y vestido con elegancia, con chaqueta de color morado, sombrero de copa y lujosos guantes de invierno. Tenía un rostro de facciones angulosas pero amables y sus ojos destellaban inteligencia. La niña se dio cuenta de que no solo era un hombre rico que a buen seguro tendría una agradable chimenea en su casa, sino que además era el tipo de persona a quien probablemente le gustaría tener un gato. De hecho, su aspecto era algo felino.

El hombre miró fijamente al agente Fisgón.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó, con una voz tan agradable que sabía incluso a pudín de Navidad.

—Esta niña es una salvaje. Perteneces al hospicio del señor Terror —dijo el agente Fisgón.

El hombre miró entonces al señor Terror.

—Ningún niño puede pertenecer al hospicio, y mucho menos en Navidad.

—Bah —dijo el señor Terror—. No diga bobadas.

—¿Me permite preguntarle su nombre? —repuso el agente Fisgón, mirando al hombre de arriba abajo.

—Soy Charles Dickens. El escritor. Imagino que habrá oído hablar de mí.

¡Charles Dickens! De haber sido cualquier otro día, Amelia estaría emocionadísima. Charles Dickens era su autor favorito. Papá Noel le había regalado en su día un ejemplar de *Oliver Twist* y le había encantado.

El señor Terror se encogió de hombros con indiferencia y lo miró con desdén.



—Pues yo no lo he oído mencionar nunca.

Charles Dickens se agachó para quedarse a la altura de Amelia. En la barbilla empezaba a crecerle una barba oscura.

—¿Dónde están tus padres, pequeña?

—Muertos —respondió Amelia.

De pronto, notó que le caía una lágrima. Charles Dickens se la secó con delicadeza. Amelia estaba turbada.

—Lo siento, señor Dickens.

Charles Dickens se quedó mirándola, sonriéndole con preocupación.

—Jamás deberíamos avergonzarnos de nuestras lágrimas.

Entonces, el señor Terror chasqueó la lengua con impaciencia. Y al oír el chasquido, el agente Fisgón dijo rápidamente:

—Y ahora, señor Dickens, ¿sería usted tan amable de permitirnos seguir adelante con nuestro trabajo?

Amelia estaba tan triste que no podía ni hablar. Pero sabía que estaba ante su última oportunidad de poder salvar a *Capitán Hollín*.

—Por favor, señor. ¿Le gustan los gatos? Es que resulta que allí donde quieren llevarme no permiten tener animales y...

Efectivamente, a Charles Dickens le gustaban los gatos. De hecho, aquella misma mañana había escrito en su cuaderno la frase «¿Qué mayor regalo que el amor de un gato?», pensando en que quizás algún día incorporaría esas palabras a alguna de sus novelas. En casa tenía un gato que se llamaba *Bob*, estaba seguro de que le gustaría tener un amigo.

—Me gustan los gatos, pero me sabría muy mal quedarme con el tuyo.

Amelia comprendió que tenía que hablar rápidamente porque ya se la estaban llevando de allí. Charles Dickens empezó a seguir al grupo.

—Seguiría siendo mío. Usted solo tendría que cuidarlo. Y pasare a recogerlo en cuanto consiga escaparme.

—Jamás te escaparás —dijo el señor Terror, tirando de Amelia.

Se adentraron en una calle menos concurrida, sinuosa y oscura. Al fondo había un edificio de piedra, alto y de aspecto aterrador. Era de color gris, del mismo color gris que las tumbas, y la calle parecía parpadear bajo la luz

fantasmagórica de las farolas de gas. Amelia intuyó que aquello era el hospicio.

El bigote del agente Fisgón empezó a agitarse con nerviosismo.

—Señor —le dijo al escritor—, si no nos deja en paz, me veré obligado a arrestarlo por escándalo público.

Charles Dickens miró al pobre gato tembloroso y a la pobre niña temblorosa que seguía llevándolo en brazos. A punto de llegar a la casa, Amelia dejó a *Capitán Hollín* en el suelo.

—Anda, ve con el señor Dickens —dijo Amelia.

El señor Terror dio una patada en el suelo para espantar al gato. Pero *Capitán Hollín* se limitó a mirar el zapato del señor Terror sin asustarse lo más mínimo.

—Ve —dijo Amelia—. El señor Dickens cuidará mientras de ti.

Charles Dickens cogió a *Capitán Hollín*.

—Por supuesto que cuidaré de ti. —La sensación de dejar a la niña sin su gato le resultaba terrible, sobre todo teniendo en cuenta que era Navidad, pero Charles Dickens lo hizo porque sabía que para el gato era mucho mejor tener un hogar que vivir en las calles—. Cuando salgas del hospicio, ven a buscarlo a mi casa. Estará conmigo, no sufras. Vivo en el 48 de Doughty Street. En Bloomsbury.

—¡Le gusta el pescado! —dijo con desesperación Amelia, mientras el señor Terror tiraba de ella para obligarla a entrar en el hospicio.

—Pues le daré a diario las mejores sardinas que encuentre.

—Y se llama *Hollín*. Y es capitán.

Charles Dickens asintió.

—Sí, por supuesto que lo es. *Capitán Hollín*. ¡Perfecto!

El gato miró con tristeza a Amelia.

—Te echaré de menos —maulló.

Y Amelia miró con tristeza al gato.

Charles Dickens se quedó en la calle, viendo cómo aquella niña huérfana vestida con harapos, cubierta de hollín y descalza era arrastrada hacia el hospicio donde pasaría la Navidad. Después, dio media vuelta y se marchó.



con el gato hacia su casa. Por el camino se cruzó con un hombre que salía de un *pub*.

—¡Feliz Navidad! —dijo el hombre.

—Sí —dijo Charles Dickens, incapaz de responderle con otro «Feliz Navidad».

—¿Acaso no piensa que es el mejor momento del año? —replicó el hombre.

El gato maulló para mostrar su disconformidad y Charles Dickens respondió al hombre diciendo:

—Sí. Y también el peor.

El cielo oscuro



alvaron muy poca cosa del Taller de Juguetes. Cinco peonzas, siete pelotas saltarinas, veintiuna muñecas y una mandarina aplastada.

El cielo estaba oscuro, pero Papá Noel siguió cantando para intentar subir los ánimos a todo el mundo.

—Navidad, Navidad, dulce Navidad...

Modosito era el único que lo acompañaba.

Rosquete se acercó a hablar con Papá Noel. Rosquete era el experto en trineos de Elfhelm y el director del Centro de Trineos, que tenía sus instalaciones en el Gran Sendero, y que también había quedado destruido por los troles.

Rosquete era un elfo discreto. Alto y delgado, pero con una pequeña joroba, parecía un punto de interrogación andante. Cuando hablaba, tenías que acercarte mucho a él para poder oírlo. De pequeño había sufrido un secuestro y lo había rescatado Papá Noel. Y desde aquel momento, habían quedado unidos por una estrecha amistad.

—Hola, Rosquete —dijo Papá Noel, que llevaba en la mano una caja cubierta de polvo que acababa de encontrar y que contenía el único dominó que había conseguido salvarse del desastre—. ¿Podrás arreglarme el trineo?

Rosquete movió la cabeza en un gesto negativo.

—No. Es imposible.

Papá Noel lo miró con mala cara.

—Pero ¿qué pasa hoy que todo el mundo anda diciendo palabrotas?

Pero entonces Rosquete le explicó por qué era imposible.

—La brújula está rota, la estructura está partida por la mitad, el asiento ha desaparecido, el arnés de los ciervos está hecho jirones, el convertidor de esperanza y la unidad de propulsión se han chamuscado, el velocímetro no funciona, el altímetro ha explotado, el chasis es irreparable, toda la tapicería ha quedado destruida, el tren de despegue y aterrizaje se ha desprendido y la función manual de marcha atrás tampoco va. Ah, y el reloj se ha esfumado.

Papá Noel asintió.



brazo.

—Déjame verlo —dijo Papá Noel.

A regañadientes, el viejo elfo le pasó el periódico.

EL TERROR DE LOS TROLES ANULA LA NAVIDAD.

—Veo que Papá Vodol es un experto en mantener alta la moral de la gente, ¿no te parece?

Papá Topo sonrió.

—Las desgracias siempre ayudan a vender más periódicos. Aunque me temo que en este caso tiene razón. Habrá que olvidarse de la Navidad.

—¿Y qué pasará con los niños?

—La verdad es que la mayoría debe de recordar a la perfección cómo era antiguamente la Navidad, antes del año pasado. Así que, de momento, volverá a ser igual que siempre. Solo este año. El año que viene estará todo solucionado.

—¿Y si no logramos solucionarlo? —dijo Papá Noel.

Papá Topo no supo qué responder. Y eso que normalmente tenía respuestas para todo.

Un reno que cae



orteando con cuidado las grietas que se habían abierto en el suelo, Papá Noel se acercó a sus renos.

Los renos seguían en estado de *shock*.

—Tranquilos, renos míos. Ya sé que nos hemos llevado una sorpresa muy desgradable, pero tenemos que hacer todo lo posible para seguir comportándonos con normalidad. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

Ninguno de los renos fue capaz de mirarlo a los ojos. *Relámpago* se puso a masticar nieve, *Bailarín* y *Cupido* a darse besitos en el hocico, *Raposa* le mordió la oreja a *Cometa* por haberle olisqueado el trasero, *Brioso* empezó a caminar nervioso trazando círculos y *Saltarín* fingió estar de lo más interesado en sus pezuñas.

—Veamos, no tenemos trineo y tampoco regalos suficientes, pero me gustaría intentarlo y dar alegría al máximo número de niños humanos que nos sea posible. Solo voy a necesitar a uno de vosotros. Para cabalgarlo. Será una noche dura, de modo que preciso un reno que crea firmemente en que podemos hacerlo.

Los renos se miraron entre ellos y luego todos miraron a Papá Noel. Fue como si *Saltarín* estuviera diciéndole con la mirada: «Lo dirás en broma, ¿no?».

Pero entonces, para sorpresa de Papá Noel, *Relámpago* dio un paso al frente.

—Eres un amigo de verdad, *Relámpago* —le susurró Papá Noel al oído.

Intentó montar a lomos del reno. Hacía muchos años que no lo hacía y, en consecuencia, le había perdido el tranquillo, por lo que cayó rápidamente de bruces del otro lado sobre la nieve. A *Cometa* se le escapó una risilla de reno. Sin embargo, a la segunda, Papá Noel estuvo de suerte y lo consiguió.

—Ya está, tranquilo —dijo.

Papá Noel miró el cielo en busca de algún indicio de la aurora boreal. Necesitaba elevarse lo suficiente para de este modo poder bañarse con su luz y absorber las partículas de magia y esperanza que llenaban el ambiente en

Navidad. Y entonces era cuando se producía la magia. Y cuando el tiempo se detenía. Era la noche de Navidad y, por lo tanto, el cielo tendría que estar lleno de luces verdes, azules y rosadas, pero no había nada.

Nada excepto la oscuridad, la luna y las estrellas.

El cielo era un cielo normal y corriente.

Sacó el reloj de bolsillo: la aguja seguía avanzando, faltaban solo diez minutos para la hora en que los niños empezaban a acostarse.

«Lo imposible no existe...».

—Vamos, *Relámpago*, podemos hacerlo. Partamos en busca de la aurora boreal.

Relámpago empezó a galopar. Galopó y galopó y galopó. Era el más fuerte de todos los renos y el segundo en velocidad, después de *Brioso*, y estaban cabalgando muy rápido, saltando por encima de las grietas y los escombros que los troles habían dejado a su paso.

En el momento oportuno, Papá Noel se inclinó hacia delante y se agarró bien a las astas del reno.

—Ahora, *Relámpago*, emprende el vuelo. Vuela. Puedes hacerlo. ¡Vuela, vuela, vuela!

Relámpago lo intentaba, de eso no cabía la menor duda, pero intentarlo y conseguir volar son cosas muy distintas. Incluso Papá Noel empezó a preocuparse al ver que se estaban aproximando mucho al lago helado del otro extremo del Campo de los Renos.







—¡Vamos, Relámpago!

Y *Relámpago* lo logró. El sonido de los cascos galopando sobre la nieve se transformó en el sonido del silencio en cuanto las patas del reno empezaron a agitarse en el aire y a elevarse hacia el cielo.

—¡Sí, *Relámpago*! ¡Lo hemos conseguido!

Papá Noel miró hacia abajo por el flanco derecho del reno, hacia el sur, y comprobó que Elfhelm había quedado reducido a escombros.

Era como si un niño hubiera construido un pueblecillo de juguete y luego, en una pataleta, lo hubiera destrozado. Papá Noel vio que el único edificio que seguía totalmente en pie era el que albergaba las oficinas de *El Diario de la Nieve*. «Debe de ser por esos materiales de construcción carísimos que utilizó en su día Papá Vodol —se dijo—. Por las paredes de galleta de jengibre reforzado».

Y entonces, de pronto, *Relámpago* empezó a descender.

—¿*Relámpago*? ¿Qué pasa? ¡Se supone que tenemos que subir, no bajar!

Estaban descendiendo a bastante velocidad, alejándose del cielo, y acabaron realizando un aterrizaje forzoso en el lago Plateado donde *Relámpago*, que no era precisamente un buen patinador sobre hielo, derrapó de mala manera y empezó a dar vueltas en círculos sin poder controlar las patas.

Finalmente se estamparon contra la orilla del lago y con Papá Noel mareado como una sopa. El impacto lo envió volando por los aires y le hizo dar un pequeño salto mortal antes de acabar cayendo, con un golpe sordo, de espaldas en la nieve. Papá Noel se quedó tumbado en el suelo unos instantes, mirando el cielo, intentando con todas sus fuerzas ver una magia que no estaba allí y palpando la carta de Amelia, que seguía en el bolsillo de su chaqueta y que quizás nunca podría llegar a responder.

El jabón

l hospicio era una casa monumental de aspecto siniestro construida con piedra negruzca que se erigía, completamente sola, en un lado de la calle, como si a los demás edificios les diera miedo acercarse a él. Delante, tenía una verja de metal negro y se accedía al interior a través de una puerta verde sucia y decrépita. Bajo los nubarrones oscuros, parecía una cárcel gigantesca.

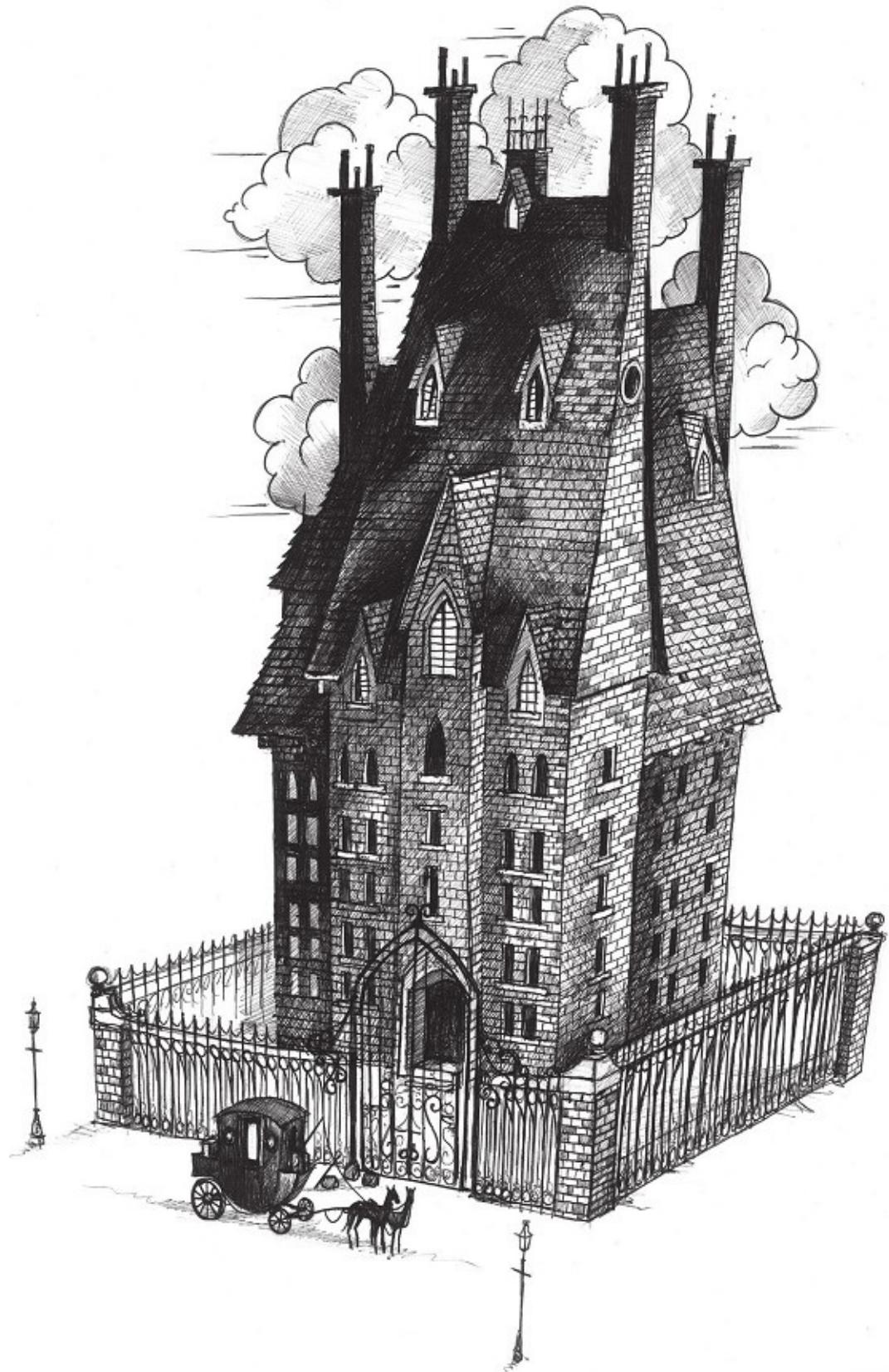
—Gracias, agente Fisgón, ya me ocupo yo a partir de aquí —dijo el señor Terror, dándole unas monedas al policía.

—Oh, muchas gracias, señor. Gracias.

El agente Fisgón miró a Amelia.

—Y ahora, haz todo lo que te diga el bondadoso señor Terror.

—¡Yo no pertenezco a este lugar! —le gritó Amelia al policía mientras la verja que la separaba de todas sus esperanzas se cerraba a sus espaldas.



El señor Terror tiró de ella para obligarla a entrar en el hospicio.

—Nadie pertenece a este lugar —dijo el señor Terror, rascándose su nariz torcida—. Ahí está la gracia.

Salió una mujer a recibirlos. Llevaba un vestido de algodón almidonado de color azul marino, era bajita y delgada y tenía una barbilla muy protuberante. Parecía que estuviera sorbiendo un limón. Arrugó la nariz al ver a Amelia, poniendo cara de asco.

—Una recién llegada, señora Lenguafilada.

—Pero ¿quién es esta cosa tan sucia que tenemos aquí?

—¡Responde! —gritó el señor Terror, golpeando a Amelia con el bastón.

—Me llamo Amelia.

—¿Amelia? —replicó la señora Lenguafilada—. Suena a «amar». Lo cual es complicado cuando se parte de una cosa como tú.

Y entonces se echó a reír, una risilla grave que se adentró en Amelia como el fantasma de la felicidad perdida.

Y por horroroso que fuera el aspecto exterior del hospicio, no era nada en comparación con lo que había dentro. Era un lugar lleno de ángulos afilados y perfiles duros. Un lugar lleno de pasillos, dormitorios y talleres. Todas las paredes estaban pintadas en un tono marrón oscuro, el color más lúgubre que Amelia había visto en su vida, que hacía que te cayese el alma a los pies con solo mirarlo. Un anciano con cara triste estaba repintando una de las paredes con un tono exactamente igual. Amelia miró la lata de pintura y leyó la etiqueta: «Pintura marrón lúgubre».

Nada en aquel lugar sugería que fuera Nochebuena.

—Aquí nunca se para de trabajar —dijo el señor Terror, relamiéndose casi con la idea—. Se la dejó con usted, señora Lenguafilada. —Y entonces se dirigió a Amelia—. Tengo que volver a casa. Viene el deshollinador. Es muchísimo mejor que la última que tuve, una criaturilla vulgar.

El señor Terror se fue y Amelia se quedó a solas con la señora Lenguafilada.

—Muy bien —dijo la señora Lenguafilada—. Es la hora del baño.

La acompañó hasta una puerta de madera cuya pintura se descascarillaba como si fueran costras. La señora Lenguafilada la abrió para acceder a una habitación grande y fría con una bañera en medio y un atlas de manchas de humedad en las paredes.

La señora Lenguafilada hizo todo lo posible para que Amelia se diera el baño más frío de su vida, con un agua que ni siquiera las lágrimas eran capaces de calentar. Y después, Lenguafilada le pasó una cosa que parecía un saco.

—¿Y eso qué es? —preguntó Amelia.

La señora Lenguafilada hizo un gesto de negación con la cabeza.

—En el hospicio no se permiten preguntas.

Pero Amelia ya había averiguado que lo que tenía en la mano no era un saco, sino ropa.

Se puso aquel uniforme, horrendo y enorme.

—Pica.

La señora Lenguafilada asintió y empezó a desenmarañarle el pelo con un peine.

—¡Pare! —gritó Amelia—. Quítame las manos de encima, es usted un...

—Amelia no podía ni pensar. Estaba agotada, débil, triste y aquel era el peor día de su vida. Por eso, la palabra siguiente le salió sin previo aviso después de un tirón de pelo—... monstruo.

La señora Lenguafilada se puso furiosa al oír aquello. Sacó la pastilla de jabón de la bañera y dijo:

—Abre la boca.

—No —replicó Amelia.

—¡Eres una desgraciada! ¡Abre la boca o te encerrará en el sótano!

Amelia abrió la boca y la nauseabunda señora Lenguafilada le frotó la lengua con jabón. La niña cerró los ojos y empezó a percibir el sabor húmedo y asqueroso del jabón en la boca. Pero decidió no demostrar su repugnancia y se consoló calificando —mentalmente, por supuesto— a la señora Lenguafilada con todos los adjetivos desagradables que se le pasaron por la cabeza.

¡Monstruo! ¡Bruja! ¡Petarda! ¡Casquivana! ¡Bellaca! ¡Caraculo!

Cuando la señora Lenguafilada acabó de limpiarle la boca con jabón, la condujo por un largo pasillo y le enseñó el lugar donde dormiría a partir de entonces. Un sórdido dormitorio que debería compartir con trece niñas más. La cama era de madera dura y con un colchón muy fino.

—Por la noche tenéis permitido dormir cuatro horas. Así que aprovéchalas.

—¿Y cuándo podré irme de aquí? —preguntó Amelia.



La pregunta dejó sorprendida a la señora Lenguafilada.

—¿Irte? ¿De verdad dices en serio eso de irte? De aquí no se va nadie, señorita. Vas a pasar aquí una temporada muy larga.

La señora Lenguafilada cerró la puerta. La chica que ocupaba la litera de arriba de la de Amelia estaba roncando.

«¿Seguiré aún aquí la próxima Navidad? —se preguntó Amelia—. ¿Cómo podré sobrevivir un año entero en este lugar? O dos. O tres».

Cerró los ojos y pensó en el tiempo. Pensó en cuánto le gustaría poder retroceder en el tiempo para volver a estar con su madre, o poder avanzar hasta que llegara el momento de abandonar aquel lugar.

Se dispuso a formular un deseo, pero al instante comprendió que formular deseos había dejado de tener sentido. ¿A quién formularle un deseo? ¿A Papá Noel? No. Todo dependía de ella.

—La próxima Navidad no estaré aquí —musitó, haciéndose esa promesa. E intentó, con todas sus fuerzas, creer en ella.

Un año después...

El nuevo puesto de trabajo de Manduca



a reconstrucción de Elfhelm se había prolongado durante un año entero, pero es que los elfos eran muy trabajadores y el pueblecito lucía ya mejor que nunca.

El único edificio que no había necesitado reparaciones era el de las oficinas de *El Diario de la Nieve*, situado al final de la calle Vodol, justo en el cruce con el Gran Sendero, cuyo suelo había sido pavimentado de nuevo. En los alrededores, habían brotado muchos edificios. Y tanto las tiendas como las casas se habían construido con elementos a prueba de troles, como ladrillos fabricados con jabón y envolturas ocultas que funcionaban con un efecto rebote similar al de las camas elásticas. Todo estaba nuevo y resplandeciente, y muy en especial el edificio dorado del Banco de Chocolate, aunque la sede de *El Diario de la Nieve* seguía siendo la construcción más impresionante, erigida con los materiales más caros que podían adquirirse con monedas de chocolate: galleta de jengibre reforzado, madera de duende, mazapán endurecido, hielo puro y transparente del Polo Norte para las ventanas, etc.



Manduca había sido convocada al impresionante despacho de Papá Vodol, en la planta superior del edificio. Papá Vodol había dejado de ser el líder del Consejo Élfico, y el puesto, claro está, lo ocupaba ahora Papá Noel. Pero Papá Vodol era el elfo más rico de Elfhelm y ganaba setecientas monedas de chocolate por minuto. Aunque ni siquiera le gustaba el chocolate. Por eso era el único elfo de todo Elfhelm que no gastaba su dinero comprando chocolate.

—Manduca —dijo Papá Vodol, sentado en una silla que hacia el doble de su tamaño mientras Mamá Miro, la artista más famosa de Elfhelm, le estaba pintando un retrato. El retrato estaba destinado a ser un regalo de Navidad para sí mismo y pasaría a acompañar los diecisiete retratos de Papá Vodol que ya cubrían las paredes de su despacho—. Gracias por venir a verme.

—Siempre a tu disposición.

—Dime, Manduca, ¿estás feliz hablando todo el día con los renos?

Manduca reflexionó antes de responder. La verdad es que no estaba muy feliz con su trabajo como Corresponsal de la Sección de Renos, y Papá Vodol lo sabía.

—Sí. Tiene sus momentos —respondió—. A veces. Supongo. La verdad es que no mucho. No. Lo odio.

Miró con nerviosismo a su alrededor y vio el mueble de cajones donde archivaba sus larguísimas palabras.

—Entonces, si te dijera que podrías ser la Corresponsal de la Sección de Troles, ¿qué me dirías?

Manduca intentó pensar la respuesta adecuada. Y entonces dijo:

—¡Ay que me caigo de cu...!

Se puso colorada.

—Me refiero a qué pasará entonces con Papá Culete.

—El caso es que Papá Culete ha ido a visitar al doctor Curalotodo y resulta que tiene trolofobia. Cierra los ojos y ve troles. No puede ni acercarse a ellos, ni siquiera puede salir de casa en estos momentos, ni escribir nada relacionado con ellos. Ser Corresponsal de la Sección de Troles acarrea a veces este tipo de consecuencias. No sé si entiendes lo que quiero decir.

Manduca lo había entendido a la perfección.

—Y ya sabes qué día es, imagino.

Manduca asintió.

—Es Nochebuena.

Papá Vodol puso cara de fastidio. Manduca sabía que tenía un problema con la Navidad.

—Esa no es la parte importante. La parte importante es que es el primer aniversario del Día del Ataque de los Troles, hoy hace un año de aquella horrible calamidad. Y Papá Culete ha tenido un año, ¡un año entero!, para averiguar la verdad... y aún no ha conseguido averiguarla. Se trata del artículo más importante desde que se inventaron los artículos, de algo enorme, pantagruélico, monumental, colosal.



—Sonrió mientras hablaba, porque le encantaba utilizar palabras muy largas
—. Y el puesto podría ser tuyo.

Manduca no sabía qué decir. Pero entonces vio algo al otro lado de la ventana, una cosita que volaba, una criatura de cuatro alas pequeñísima, bellísima, vestida de plata. ¡Un Duende Volador Cuentacuentos! Pensó en todos los que había visto desde el Día del Ataque de los Troles. Últimamente, y sin ninguna explicación, estaban por todas partes. El duende dio unos golpecitos al cristal para llamar la atención.

El elfo barbudo y gruñón se percató entonces de su presencia, entrecerró los ojos para mirarlo y le dijo que no con un gesto. El duende, confuso y triste, se marchó volando enseguida.

—Qué criaturas más raras.

—Tienen poderes especiales —dijo Manduca—. Son capaces de hipnotizar a cualquiera solo con sus palabras.

—Pues eso no lo sabía —replicó rápidamente Papá Vodol—. Y bien, Manduca, ¿qué me dices?

—No sé —respondió Manduca—. Hay muchas cosas que tener en cuenta. Papa Vodol sonrió.

—No será peligroso. Piensa que, a pesar de todo lo que ocurrió el año pasado, los troles procuraron que ningún elfo perdiera la vida. Tendrás que llevar siempre contigo unas cuantas pastillas de jabón, por seguridad, pero estate tranquila, no te pasará nada.

Y entonces le pidió a Mamá Miro que le mostrara el retrato que le estaba haciendo. Era una copia perfecta.

—No se me parece en nada —dijo Papá Vodol—. ¿Verdad que no se me parece en nada, Manduca?

—Bueno...

—Exactamente. No se me parece en nada.

Despidió a Mamá Miro con un gesto desdenoso y se concentró de nuevo en los troles.

—Ha habido ruidos —dijo.

Eso sí que era una novedad para Manduca.

—¿Que ha habido ruidos?

—Sí, en el subsuelo, anoche. Y también la noche anterior. Es posible que estén preparando otro ataque. Necesitamos que alguien averigüe qué está pasando. Tendrías que ir a entrevistar a la Líder Suprema de los Troles.

A Manduca le dieron palpitaciones de puro miedo.

—¿A Urgula?

—Sí. No hay por qué tenerle miedo. Y, sí, efectivamente, es grande, es la criatura más grande que existe, pero no sería la primera vez que concede una entrevista para *El Diario de la Nieve*.

—Ya, pero de la última entrevista debe de hacer muchos años.

—El tiempo no cambia tanto las cosas, la verdad. ¿Qué me dices, Manduca? Es la oportunidad de tu vida.

Manduca estaba nerviosa. Pensó en Modosito y pensó en Sosainas. Era como tener un petardo en la cabeza a punto de estallar.

—Pero... pero es Navidad.

Papá Vodol soltó una carcajada. Casi nunca reía, pero cuando lo hacía le duraba mucho rato. Manduca miró el reloj: eran las Ya No Tan Temprano y diez.

—Y mi familia querrá que mañana esté en casa con ellos...

—Mañana por la mañana ya estarás de vuelta. Y si consigues una exclusiva sobre los troles, tu familia y tú nadaréis en abundancia de monedas de chocolate durante toda la vida. Es el puesto que siempre habías deseado, ¿no? Y además, piensa que con esa entrevista estarás colaborando en la salvación de Elfhem. Lo último que queremos es que se repita lo del año pasado.

De modo que Manduca volvió a su nueva casa, que estaba exactamente en el mismo lugar que ocupaba su antigua casa y era exactamente igual que aquella, con sus siete retratos de Papá Noel adornando las paredes. Modosito saltaba en la cama elástica, como era habitual, y Sosainas engullía a toda prisa unos terrones de azúcar porque era el día más importante del año y estaba seguro de que acabaría llegando con retraso al taller. Como siempre, se preocupaba por prácticamente cualquier cosa por la que se pudiera estar preocupado.

—No puedo llegar tarde... Hay mucho trabajo que hacer..., muchas pelotas que botar y muchas peonzas que girar..., muchas cosas que verificar... ¿Te imaginas que vuelven los troles?

Manduca se quedó blanca. Sabía que necesitaba comentarle a su marido que iba a emprender un viaje al Valle de los Troles, pero ¿cómo hacerlo? A Sosainas le daría un patatús cuando se enterase, de manera que decidió no decirle nada y despedirse rápidamente de él.

Modosito se impulsó con fuerza en la cama elástica, saltó por los aires y aterrizó en brazos de su madre.

—¡Ya es casi Navidad! —exclamó, estampándole un beso en la oreja a Manduca.

Manduca recordaba muy bien la emoción de Modosito el año pasado, justo antes de que se produjera el ataque de los troles. Y sabía que un suceso como aquel no tenía que repetirse nunca más.

—Sí, es Nochebuena, lo que significa que esta tarde irás con los demás niños del pueblo al Taller de Juguetes y podrás elegir algunos.

—¡Hurra! —gritó Modosito.

—Pero antes tienes que prepararte. Primero irás a la fiesta de Navidad de la Escuela de Trineo. Ya sabes que estás invitados todos los alumnos del parvulario. Y que tocan los Cascabeles del Trineo...

Tanto Modosito como su madre eran grandes admiradores de los Cascabeles del Trineo. Eran su banda musical favorita y su número uno en la lista de éxitos, *Los renos vuelan por encima de la montaña*, su canción preferida. Por eso, Manduca se preguntó por qué su hijo había cambiado de repente la cara.

—Este año no van a venir los troles, ¿verdad?

—No, no van a venir, tranquilo —respondió Manduca. Pero entonces se lo pensó mejor. Miró los ojos muy grandes y muy abiertos de su hijo y comprendió que no podía mentirle—. En el trabajo me han pedido que vaya al Valle de los Troles, Modosito. Para un artículo.

Modosito abrió aún más los ojos.

—¡Vas a vivir una aventura de mucho miedo!

—No, qué va. Es solo un viaje corto, de un día. Una miniaventura. Voy a buscar información. Es justo al otro lado de las Colinas Boscosas. Estaré de vuelta muy pronto, te lo prometo. Pero de momento, será nuestro secreto, ¿de acuerdo? ¿Te parece bien, mi pequeño arándano?

Abrazó a su hijo y aspiró el aroma dulce que desprendía su pelo. Era lo que más quería en el mundo.

—Todo irá bien —dijo—. Piensa que es algo que mamá llevaba mucho tiempo deseando hacer.

Modosito miró a su mamá y pensó que a él también le gustaría correr aventuras, aunque mejor que no tuvieran nada que ver con aquellos troles feos que habían estropeado la última Navidad y que hacían que su papá sufriera tantísimas pesadillas.

Pero no le gustaba nada la idea de que su mamá viajara sola al Valle de los Troles, de manera que decidió elaborar un plan y guardarlo también en secreto.

La Duendecilla de la Verdad



manduca acompañó a Modosito al parvulario, llevándolo de la mano por las calles nevadas. Elfhelm bullía de emoción.

Los elfos corrían de un lado a otro con montones de ropa nueva de elfo o cargados con todas las monedas de chocolate que fueran capaces de abarcar. Se dirigían todos al Campo de los Renos, donde Papá Noel abriría su saco infinito para que ellos pudieran depositar los regalos para los niños humanos. Manduca estaba triste porque iba a perderse la Nochebuena, pero si era verdad que los troles estaban planificando otro ataque, tal y como Papá Vodol sospechaba, Elfhelm necesitaba saberlo.

Manduca dejó a Modosito en la puerta del parvulario y después de darle un beso rápido en la frente, se marchó corriendo. Al pasar por delante de la tienda de galletas de jengibre, pensó en lo mucho que le gustaba a Modosito mordisquear las cabezas de los elfos de jengibre. Y fue entonces cuando se le ocurrió una cosa horrible y espantosa.

Lo que se le ocurrió fue: «¿Y si no vuelvo a verlo nunca más?».

Manduca se desvió del Gran Sendero para girar hacia la calle del Silencio y luego volvió a girar a la izquierda, hacia la calle del Más Completo Silencio. Finalmente, giró a la derecha para enfilar la Ruta Secreta hacia las Colinas Boscosas. De pequeña, Papá Topo la había llevado en una ocasión a avistar duendes. Había conseguido capturar en un bote un Duende Volador Cuentacuentos y recordaba que sus alas la habían dejado fascinada. Y recordaba también que, cuando Papá Topo vio al pobre duende atrapado en el bote, se enfadó mucho. Rápidamente lo dejó en libertad y le regaló una nueva palabra, «misceláneo», que al Duende Volador Cuentacuentos le encantó. Los Duendes Voladores Cuentacuentos se alimentaban de palabras, del mismo modo que otras criaturas se alimentan de miel, y siempre andaban a la caza de vocablos nuevos y exóticos, con los que dar más colorido a sus historias.

En las Colinas Boscosas había más grosor de nieve que en Elfhem y todo era cuesta arriba, razón por la cual Manduca se cansó enseguida. Le costaba avanzar por la nieve y tropezaba continuamente con las piñas que había por el

suelo. Se sentía un poco culpable por no haberle comentado nada a Sosainas, aunque estaba segura de que, de habérselo explicado, habría empezado a sufrir y le habría dicho que no fuera. Sosainas era un buen marido, pero muy sufridor. Sufría por todo, no solo por los troles. Sufría pensando que quizá algún día se partiría un diente comiendo un caramelo, que algún día el sol se olvidaría de salir, que las pelotas del taller dejarían de botar y las peonzas de girar. Pero lo que más le hacía sufrir era la posibilidad de que los troles pudieran regresar al pueblo. Y aun sabiendo que era tan sufridor, Manduca no podía evitar sentir el peso de la culpabilidad en el estómago, una sensación muy similar a la que tienes cuando te caes en sueños y no acabas de caer nunca. Entonces, de pronto, vislumbró entre los pinos una casita diminuta de color amarillo con una puertecilla de madera. Era una casita de duendes y tendría más o menos la mitad del tamaño de una casa de elfos.

El amarillo de la casita era chillón como el del queso más amarillo del mundo, y el tejado tenía una pendiente tan pronunciada que parecía una flecha apuntando hacia el cielo. Había una única ventana y una única puerta.



Y un cartelito en la puerta.

«ATENCIÓN, DIGO SIEMPRE LA VERDAD», rezaba el cartel.

«Así que aquí es donde vive la Duendecilla de la Verdad», se dijo Manduca. Y cuando recordó que a Papá Noel le caía muy simpática la Duendecilla de la Verdad, decidió que no había que tener miedo a nada. Llamó a la puerta.

Apareció al instante una criatura pequeña y delicada, con los ojos abiertos como platos, orejas puntiagudas y un estilo de vestuario de lo más atrevido (amarillo, amarillo, amarillo). Esbozó una sonrisa enorme, pícara y rebosante de felicidad.

—Hola, eres la Duendecilla de la Verdad —dijo Manduca.

La Duendecilla de la Verdad miró a la elfa.

—Sí, así es. Gracias por decírmelo. Adiós.

Y le cerró la puerta en las narices.

Manduca no se movió de donde estaba y le dijo a la puerta, subiendo la voz:

—Perdón. Solo quería formularte unas preguntas. Soy amiga de Papá Noel, y estoy intentando averiguar si va a haber otro ataque de los troles.

Sé que eres un duende, no un trol, y sé también que los duendes soléis tener más información que los elfos sobre estos asuntos, por eso me preguntaba si tú...

La puerta se abrió de nuevo, y apareció otra vez la Duendecilla de la Verdad, que miró a Manduca con sus ojos enormes.

—Así que eres amiga del hombre grande...

—Sí —dijo Manduca, con el orgullo de quien tiene colgados en casa siete retratos de Papá Noel.

—Pasa —la invitó la Duendecilla de la Verdad—. Pero deja fuera los zuecos.

Manduca se quitó los zuecos, los dejó en la nieve junto a la puerta y entró en la casita. El interior también era amarillo chillón y olía a canela. Manduca tomó asiento en una silla.

—Te ofrecería un poco de pastel de canela, pero lo quiero todo para mí —dijo la Duendecilla de la Verdad.

—Tranquila, no pasa nada —contestó Manduca, intentando acallar el rugido de su estómago y sacando la libreta—. ¿Me permites que tome notas para luego escribir mi artículo?



—De acuerdo. Pero no cites mi nombre. Me gusta mantener mi «aura de misterio». Llevó muchos años trabajándomela.

La Duendecilla de la Verdad se quedó mirando a Manduca.

—Los elfos sois de lo más raro —dijo—. Con esos dedos gordos que tenéis, y esa cara tan ancha y esas piernas que parecen troncos de árbol. Lo que quiero decir es que no es que seáis tan raros como Papá Noel y sus monstruosas orejas redondeadas, pero, vamos, que también sois rarísimos. ¿Cómo te llamas?

—Manduca.

—Lo siento, ya imagino que tienes hambre, pero no voy a darte de comer. Te preguntaba que cómo te llamas.

—Manduca.

La Duendecilla de la Verdad frunció el entrecejo.

—Ya te he dicho que lo siento... una elfa hambrienta, vaya. Pero resulta que no me gusta que luego me quede la alfombra llena de migas.

—No. No quiero manduca. Es que me llamo Manduca. Me llamo así.

—Oh. Oh. Cuánto lo siento. Debe de ser espantoso tener un nombre tan tonto como ese. Yo me llamo Duendecilla de la Verdad. Mucho más sencillo.

Manduca se esforzó por sonreír y no dejar entrever que estaba molesta. Entonces, vio un ratoncillo marrón en un rincón.

—¿Tienes un ratón?

La Duendecilla de la Verdad respondió con un gesto afirmativo. Le explicó que era *Maarta*. La tatara-tatara-tatara-taranieta de un ratón que Papá

Noel conocía muy bien cuando era un niño normal y corriente llamado Nikolas. Aquel ratón era el único amigo de Papá Noel y lo había acompañado hasta el Lejano Norte, y de allí hasta Elfhelm. La tatara-tatara-tatara-taranieta de *Miika* se parecía mucho a ella. Estaba mordisqueando un trocito de pastel de canela.

—Hola, *Maarta* —dijo Manduca.

La ratoncilla la ignoró.

—Normalmente le gustan los elfos —le explicó la Duendecilla de la Verdad—. Debes de ser tú.

Manduca consideró que no tenía que ofenderse.

—¿Sabes por qué nos atacaron los troles el año pasado?

La Duendecilla de la Verdad miró por la ventana de la casita, más allá de los pinos, montaña arriba, hacia donde se encontraba el Valle de los Troles.

De pronto, su cara reflejó una gran preocupación, e intentó mentir.

—N... —Volvió a intentarlo—. Nnnn... —Lo probó una vez más—. Nnnnnnnn... ¡Sí, sí, sí que lo sé!

La Duendecilla de la Verdad se tapó la boca con la mano, consciente de que había hablado demasiado.

—Bueno, ¿y por qué fue? ¿Por qué estaban tan enfadados?

La Duendecilla de la Verdad frunció el ceño e intentó desesperadamente no decir nada más.

—Les lavaron el cerebro.

—¿Qué les lavaron el cerebro? ¿Quién les lavó el cerebro?

—Los duendes. Algunos duendes. Supongo que sabes que existen distintos tipos de duendes, ¿no?

—Sí —dijo Manduca—. Sé que existen distintos tipos de duendes, aunque no los conozco todos.

La Duendecilla de la Verdad le explicó con detalle las distintas tipologías con la esperanza de que Manduca quedara satisfecha y no formulara más preguntas.

Además de la Duendecilla de la Verdad, estaba también la Duendecilla del Miedo, que vivía completamente sola en una casa colgada de un árbol. Le daban miedo las alturas y, por lo tanto, jamás salía de su hogar. (Y nadie entendía por qué, si tanto miedo le daban las alturas, había decidido vivir en una casa colgada de un árbol).

Luego estaban los Duendes Voladores Cuentacuentos, que Manduca conocía de sobras, incluso todo lo que la Duendecilla de la Verdad le estaba contando: que no vivían en ningún sitio en particular, que tenían alas (a

diferencia de la mayoría de los duendes) y que volaban tanto por la zona de los duendes como por el Valle de los Troles, y que a veces incluso merodeaban por los alrededores de Elfhelm, siempre contando cuentos. Eran los duendes más diminutos.

—Ah, y luego está el Duendecillo de la Mentira, con el que nunca he conseguido llevarme muy bien. Aunque últimamente le estoy cogiendo cariño. Siempre anda lanzando piropos.

Pero de entre tantísimos tipos de duendes, Papá Noel solo mantenía una amistad sincera con la Duendecilla de la Verdad, porque una Duendecilla de la Verdad era el único tipo de duende de quien uno podía fiarse.

—¿Qué sabes de lo que sucedió en Nochebuena del año pasado?

—La verdad es que no debería decírtelo. Ya he hablado suficiente... —dijo, al borde de las lágrimas.

—Cuéntame lo que sepas —dijo Manduca, mirando fijamente las delicadas facciones de la duendecilla.

La Duendecilla de la Verdad suspiró. Estaba agotada después de tantos intentos de mentir. Y le resultaba imposible seguir negándose a decir la verdad.

—Fueron los Duendes Voladores Cuentacuentos.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Mira, los troles son tontos. Son grandotes y cascarrabias, pero no saben pensar. Y los duendes somos justo lo contrario: pequeños, traviesos y siempre estamos pensando. Por ejemplo, desde que he empezado esta frase he tenido tres mil cuatrocientos ochenta y dos pensamientos. Y de entre todos nosotros, los Duendes Voladores Cuentacuentos son los que más piensan. Por eso tienen alas. En sus orígenes, tenían tantas ideas y tantas elucubraciones ansiosas por escapar volando de su cabeza que al final los que acabaron volando fueron ellos. Y son capaces de infiltrarse en los pensamientos de los demás. Pueden... ¿Podríamos hablar de otra cosa? ¿Quieres que hablemos de *Maarta*? ¿Has visto qué monada? Mírala bien. Mira con qué delicadeza se come las migas y...

Pero Manduca tenía más preguntas.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con lo que sucedió en Nochebuena del año pasado?

La Duendecilla de la Verdad puso cara de exasperación.

—Veamos, el problema de los Duendes Voladores Cuentacuentos es que no paran de hablar. Hablan incluso solos... Y yo oigo lo que hablan. Y se les metió en la cabeza la idea de que la Navidad no tenía que suceder.

—Pero ¿por qué? —preguntó Manduca, tomando notas sin parar en su cuaderno—. ¿Qué tienen contra la Navidad?

La Duendecilla de la Verdad sonrió. Aquella pregunta sí que le había gustado, porque podía responderla con sinceridad.

—No lo sé...

—¿Crees que alguien los podría haber incitado a pensar eso?

—No lo sé —respondió la duendecilla con un hilo de voz—. Mira, Panduca, tengo cosas qué hacer... Gente a la que visitar..., petardos que estallar...

—No me llamo Panduca. Me llamo Manduca.

—Bueno, da igual.

Manduca miró el reloj: la manecilla de las horas se acercaba rápidamente a la Hora de la Noche.

—¿Y este año? En Elfhelm se han oído últimamente ruidos en el subsuelo. ¿Crees que tendríamos que estar preocupados?

—Yo no he oido nada —dijo la Duendecilla de la Verdad.

Estaba tan frustrada que se levantó, se acercó a Manduca, estiró el brazo y le pellizcó con ganas la nariz. A pesar de que los dedos de los duendes eran pequeños y finos, tenían mucha fuerza.

—¡Ay! Pero ¿qué haces? —dijo Manduca, con los ojos llenos de lágrimas por el dolor.

—Lo siento. Siempre había querido pellizcarle la nariz a un elfo. No sé por qué. ¿Te apetece hacer estallar un petardo?

—No, pero muchas gracias, Duendecilla de la Verdad —respondió Manduca—. Tengo que ir al Valle de los Troles, e intentaré ver a algún Duende Volador Cuentacuentos para que me dé más datos.

—Los Duendes Voladores Cuentacuentos no te darán datos. Son alérgicos a los datos. Y si por casualidad te tropiezas con algún trol, lo más probable es que te dé una muerte espantosa.



Ahora era Manduca la que no quería seguir adelante con aquella conversación. Y empezó a sentir la necesidad urgente de salir rápidamente de aquella estrecha casa.

—Muchas gracias, Duendecilla de la Verdad. Ha sido muy ilustrativo. Hasta la próxima.

La Duendecilla de la Verdad rio con una risilla estridente y aguda.

—¡Dudo que haya una próxima vez! —dijo—. ¡Si de verdad decides ir donde dices que quieres ir!

Manduca le sonrió con educación, se despidió de la Duendecilla de la Verdad y de su ratón, y se agachó para cruzar la puerta y ver de nuevo las montañas cubiertas de nieve y reanudar su ruta hacia el oeste, hacia el Valle de los Troles.

Una mujer llamada Mary

—n el hospicio no hay Navidad —le dijo la señora Lenguafilada a Amelia—. Y tampoco chismorreos. Aquí solo hay trabajo, de la mañana a la noche. Mira. ¡Mira todas esas chicas! No dicen ni pío. Y así serás tú en solo una semana. El silencio es sagrado.

—¡Jamás! —replicó Amelia.

—Ya verás tú como sí. Le he asegurado al señor Terror que tu estancia aquí será de lo más desagradable. Por tu propio bien.

Eso fue el año pasado. Y, trescientos sesenta y cinco días después, Amelia seguía en el hospicio. Habían sido los días más largos y más tristes de toda su vida. La vida anterior le parecía un sueño irreal, la vida de otra persona, una vida que hubiera leído en un libro. Echaba de menos a su madre y a *Capitán Hollín* y se pasaba las horas suplicándoles en silencio a sus ojos que no derramaran ni una sola lágrima.

Trabajaba para la señora Lenguafilada en la lavandería, que estaba repleta de mujeres y niñas con rostro inexpresivo, como si les hubieran extraído la vida. Lavaban ropa en los lavaderos, la escurrían en el rodillo hasta que se secaba, y la doblaban.

En la lavandería no había tarea fácil, pero hacer girar el rodillo estaba considerada la más dura de todas. Un rodillo era una máquina para secar y alisar la ropa mojada: la colada se introducía entre dos rodillos de madera y luego había que girar una pesada manivela de hierro para que la ropa pasase entre medio y se secase y planchase.

Darle a la manivela era tan duro que Amelia tenía el cuerpo entero dolorido, e intuía constantemente la presencia de la señora Lenguafilada detrás de ella. La niña nunca llegó a discernir si la señora Lenguafilada era en realidad un personaje horripilante o si simplemente estaba aterrorizada por el señor Terror.

—Vamos, que pareces una tortuga de lo lenta que eres. No tenemos todo el siglo —la increpaba la señora Lenguafilada.

Y entonces aparecía el señor Terror, caminando con las manos en la espalda, como si fuera un emperador que pasa revista a sus soldados y no un hombre examinando un montón de ropa planchada.

—No está como tendría que estar —dijo—. Quiero ver una mejora significativa después de comer.

Pero por mucho que Amelia se esforzara dándole a la manivela, nunca era suficiente para el señor Terror, y los días en que la montaña de colada no era lo bastante grande, le prohibía bajar a cenar y la ponía a trabajar en otras cosas hasta medianoche.

La soledad en el hospicio era abrumadora y Amelia no tenía amigas. De hecho, en el Hospicio Terror nadie tenía amigos. El miedo lo impregnaba todo, todo el mundo vivía con miedo. Pero a Amelia el miedo ya le daba completamente igual. Ya no tenía miedo, lo que tenía era rabia, que le ascendía por el pecho igual que el humo asciende por las chimeneas.

La niña había llegado a la conclusión de que el mundo, y todo lo que había en él, era de los hombres. Con la excepción de la reina Victoria. La única manera de ser mujer y sobrevivir en aquel mundo, pensaba Amelia con rabia, era teniendo una corona en la cabeza, porque estaba dirigido por hombres crueles e irreflexivos a quienes los deseos y las esperanzas de una niña de diez años como ella les importaban, y siempre les importarían, un rábano. Hombres como el agente Fisgón, como el señor Terror, que creían estar haciendo el bien cuando en realidad solo provocaban daño. Y sí, incluso Papá Noel. Sí, muy especialmente él. Papa Noel había hecho que los niños creyeran en la magia cuando en realidad la vida de mágica no tenía nada. ¿Qué podía ser más cruel que dar esperanzas a gente que vivía en un mundo sin esperanzas? A Papá Noel todo eso le importaba también un rábano. Se había limitado a hacerse el fanfarrón una sola Navidad. Era verdad. A todo el mundo le importaba un rábano una niña como ella.

A nadie le importaba que Amelia pasara tanta hambre que viviera con la sensación constante de que iba a desmayarse. Y luego, cuando bajaba al comedor, con todas las niñas y las ancianas (comían aparte de los niños), miraba aquella bazofia gris que servían las cocineras y de repente se le cortaba el hambre por completo.

Había habido una chica, Emily, con la que conversaba en voz baja cuando estaban acostadas en el dormitorio, pero se había marchado del hospicio al cumplir los dieciséis años de edad, justo dos semanas después de la llegada de Amelia. «Procura que siempre te sirva la cena Mary, la cocinera que lleva el

pelo recogido en un moño alto, esa que es regordeta», le había aconsejado Emily en voz baja la segunda noche.

Y al día siguiente, Amelia había analizado a las cocineras, que formaban fila con sus soperas y servían aquel líquido asqueroso y grisáceo en los abollados cuencos de hojalata que les acercaban las niñas y las mujeres. Había identificado a Mary al instante. Era la única que sonreía. Tenía una cara redonda y sonrosada, parecía una manzana transformada en ser humano.

De modo que Amelia se había acercado a Mary con su cuenco.

—Hola, cariño. Eres nueva, ¿verdad?

Amelia había respondido con un gesto afirmativo y la mujer captó enseguida su tristeza.

—Cuídate mucho, ¿lo harás?

—Gracias —murmuró Amelia.

Y al sentarse, había descubierto que sí, que la bazofia resultaba menosasquerosa con una pizquita de azúcar. Y entonces se había fijado mejor en la cara de Mary, porque era amable y bondadosa, y verla encendió una minúscula chispa de esperanza en aquella galaxia oscura y solitaria en la que se encontraba inmersa.



A lo largo de aquel año, Mary le había ido contando en voz baja pequeños retazos de su vida, animando un poco el aburrimiento del hospicio con su historia. La cocinera vivía en el hospicio desde que lo habían abierto. En su día, para obtener la licencia, el señor Terror necesitaba tener alojadas quinientas personas en su institución y, con el fin de alcanzar esa cifra, se había dedicado a merodear por las calles de la ciudad en busca de gente y había encontrado a Mary, rodeada de palomas, durmiendo en un banco junto a la Torre de Londres. Le había prometido un lugar caliente, comida abundante y una buena vida, aunque la promesa y la realidad no se habían acabado pareciendo en nada. Pero incluso cuando se le había presentado la oportunidad de fugarse del hospicio, Mary no la había aprovechado. Decidió quedarse porque, como decía: «Si existe alguna posibilidad de hacer la vida un poco menos miserable a las criaturas que llegáis aquí, creo que puedo conseguirlo echándole un poco de azúcar a esa bazofia».

No obstante, incluso con aquellos minúsculos momentos de consuelo, no pasaba ni un solo segundo del día en el que Amelia no soñara con una cosa.

Fugarse.

Soñaba con abandonar para siempre aquel horrendo lugar, con volver a ver a *Capitán Hollín* y huir al campo. O a cualquier otro sitio que no fuese el Hospicio Terror. Y durante cada minuto de cada día, esperaba, como el gato que observa pacientemente un pájaro, a que llegara el momento adecuado para dar el golpe.

¡Cuatro hurras para Papá Noel!

inalmente, y por última vez en aquel año, Papá Noel estaba con los elfos en el Taller de Juguetes, cargado ya con su saco infinito. Gran parte de los elfos se había encaramado a las mesas, y algunos tenían en la mano los últimos juguetes fabricados aquella temporada y se disponían a echarlos al saco.

—Muy bien, elfos, tenéis que sentiros orgullosos de todo el trabajo que habéis llevado a cabo —dijo Papá Noel, mirando de reojo el reloj que había al fondo del taller.

Los elfos aplaudieron y lanzaron vítores. Burbujete, el fabricante de burbujas, empezó a crear pompas de jabón. Ventoso, el fabricante de silbatos, empezó a soplar un silbato. Hoyuelo, la fabricante de artículos de broma, se sentó en un cojín que emitía sonidos que imitaban pedorretas. Bella, la escritora de chistes, rompió a reír a carcajadas. Y Clementina, que tenía el pelo de color naranja y era la responsable del cultivo de mandarinas, se desmayó de la emoción.

—¡Jo, jo, jo! —rio Papá Noel.

—Tú nos has ayudado mucho a que podamos sentirnos orgullosos —dijo Sosainas, subiéndose las gafas para colocárselas debidamente sobre el puente de la nariz.

Como norma general, a Sosainas no le gustaba nada hablar en público, pero se dejó llevar un poco por el momento. Estaba tan colorado como la chaqueta de Papá Noel, e intentó desesperadamente pensar en alguna cosa graciosa, o ingeniosa o sentida que decir, pero no era nada bueno dando discursos, sobre todo delante de tantísima gente, de modo que optó por exclamar:

—¡Tres hurras por P-p-p-apá Noel!

Los elfos lanzaron cuatro hurras, porque según la aritmética elfa siempre hay que sumar una unidad para tener buena suerte.

—Todo está yendo según el plan —dijo Papá Noel—. Y no hemos notado mucho jaleo subterráneo.

Mientras Papá Noel hablaba, sonó la campanilla de la puerta.

Papá Topo, que estaba junto a Papá Noel, corrió a abrirla. Eran los niños elfos del parvulario y su maestra, Mamá Locuela.



Papá Noel se echó a reír, porque ver niños siempre era una alegría.

—Jo, jo, jo. ¡Hola, pequeños! ¡Pasad! ¡Hay muchos juguetes sobrantes y podéis elegir los que más os gusten!

Los niños, vestidos con túnicas multicolores y con sus caritas iluminadas con radiantes sonrisas, entraron en fila en el taller. Sus pequeños zuecos resonaron en el suelo. Pero de pronto, Sosainas cayó presa del pánico. Papá Topo se dio

cuenta enseguida de dónde estaba el problema y le preguntó al oído a Mamá Locuela:

—¿Dónde está Modosito?

Mamá Locuela sonrió.

—Estará por aquí.

—Una respuesta brillante —dijo Papá Topo, que rápidamente vio que Modosito no se encontraba entre los ciento setenta y dos niños elfos.

Y entonces, Mamá Locuela sofocó un grito al darse cuenta también de que Modosito no estaba allí.

Sosainas estaba ya en estado de pánico.

Papá Topo miró el reloj. Pasaban cinco minutos de la Última Hora del Día. Sosainas ya había cruzado la puerta y había echado a correr hacia su casa para ver si su hijo estaba allí.

Papá Noel vio que pasaba algo raro pero no había oído la conversación.

—¿Sucede algo, Papá Topo?

—No, no —respondió Papá Topo—. No, no, no. No pasa nada. Pero ya es la Última Hora del Día y el momento de que tu saco infinito y tú os pongáis en marcha y vayáis al Campo de los Renos. —Papá Topo se obligó a sonreír para impedir que su preocupación se filtrara en el ambiente—. Vamos, el mundo entero está esperándote.

Un trineo nuevo

n medio del Campo de los Renos había un paquete gigantesco. Rosquete y Bibi lo estaban custodiando. La elfa Bibi era la Jefa del Departamento de Envoltura de Regalos y su último trabajo del año había sido envolver aquel regalo para Papá Noel. Bibi, que tenía el pelo de color morado y adornado con un lazo, y lucía siempre un cinturón hecho con cinta de envolver regalos, parecía también un paquete y sonrió con emoción a Papá Noel.

Papá Noel cruzó el campo nevado y se acercó al paquete, pensando que el papel de envolver era precioso y el regalo estaba envuelto con un gusto exquisito: estrellas plateadas sobre un fondo brillante y un lazo enorme de color rojo. Incluso los renos estaban impresionados.

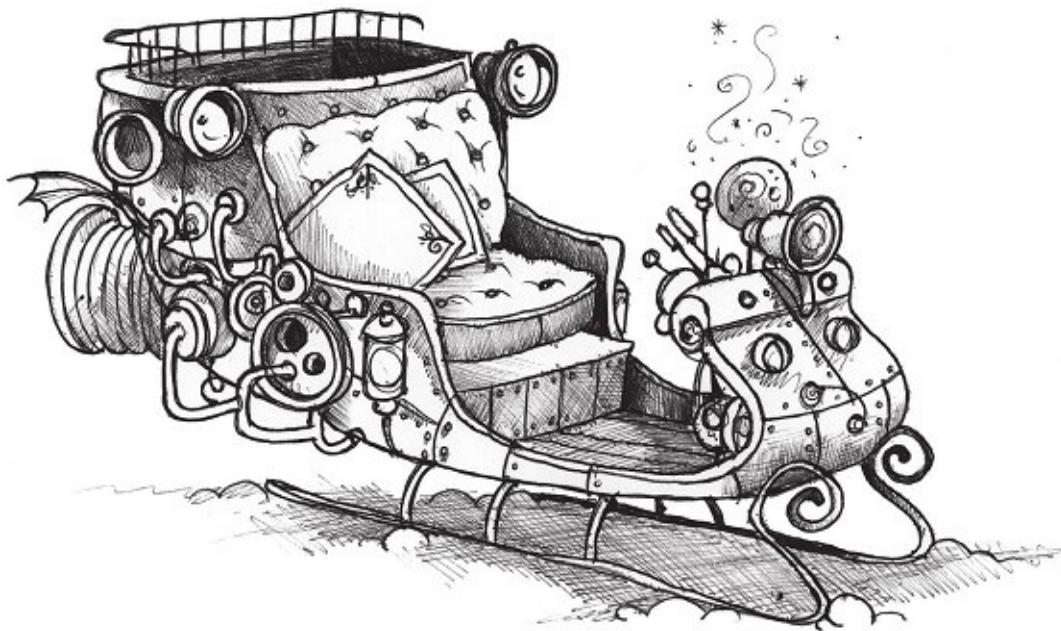
En el campo se había congregado rápidamente una multitud de elfos. Iban todos vestidos con sus túnicas favoritas, en su mayoría en verde o rojo. Papá Vodol iba de negro. Rosquete llevaba una túnica de color gris con unas palabras bordadas en la parte delantera: «NO COMAS NUNCA NIEVE AMARILLA».

—Vaya, la verdad es que no esperaba recibir un regalo —dijo Papá Noel, riendo, y acto seguido pasó a desenvolver el paquete y los trozos de papel empezaron a volar por los aires mientras la muchedumbre gritaba alborozada.

Y allí estaba.

Un trineo nuevo.

—Es fabuloso —dijo Papá Noel, porque lo era de verdad.



Era un trineo de color rojo con esquías plateados y el interior de madera pulida, el doble de grande que su anterior trineo y más completo, con muchos más artilugios y relojes en el salpicadero.

Papá Noel subió al trineo y tomó asiento en el lujoso asiento de cuero.

—Una preciosidad.

Rosquete, hablando con su tono de voz adormilado de siempre, le explicó todos los detalles.

—Ahí está la brújula, y aquí tienes el altímetro para saber a qué altura estás volando, eso de detrás es la unidad de propulsión y...

Papá Noel señaló un extraño objeto de forma curva con un cable que lo conectaba al trineo.

—Es el teléfono —le informó Rosquete—. Así podrás hablar con los cuarteles generales del Taller de Juguetes mientras estés viajando. Acabo de inventarlo.

—¿Un teléfono?

—Sí. Bueno, de entrada le puse como nombre «Tel-Elfo-Fono», pero como que todo el mundo lo pronunciaba mal, decidí dejarlo simplemente en teléfono. ¿Qué te parece?

(Sí, lector, ya sé qué estarás pensando. Estarás pensando: pero si estamos en 1841 y el teléfono no lo inventó hasta 1849 un joven italiano llamado Antonio Meucci, y luego Alexander Bell patentó un concepto muy similar. ¿No era eso? Efectivamente, pero lo que nunca habrás oído comentar es que tanto Antonio como Alexander recibieron sus teléfonos por Navidad, como regalo de Papá Noel, justo el año después del periodo en el que se sitúa este

relato, y que el primer teléfono del mundo lo inventó en realidad este elfo melancólico de la túnica gris).

—¡Un teléfono! —exclamó Papá Noel—. Qué maravilla.

Y entonces vio el artilugio más asombroso de todos, colocado en medio del salpicadero. Era una semiesfera de color verde que sobresalía en el panel de madera, en cuyo interior había nubecillas de luz verde, violeta y rosa que giraban y se entrecruzaban lentamente, como bellas bailarinas fantasma.

—¡Caramba! —exclamó Papá Noel—. Lleva incluso un Barómetro de la Esperanza incorporado. ¡Muchísimas gracias por este magnífico regalo de Navidad!

Pensó en que el nuevo trineo podría ser un motivo estupendo para escribir un artículo para el número especial de Navidad de *El Diario de la Nieve*, así que examinó a la multitud en busca de Manduca, que solía estar en el Campo de los Renos a aquella hora del día. Miró también entre el grupo de elfos que se habían congregado cerca de los renos. Pero no, no estaba. No distinguió a Manduca entre aquel mar de caras emocionadas y sonrientes.

Incluso Papá Vodol sonreía.

—Papá Vodol, ¿has visto a Manduca por aquí?

Papá Vodol se rascó la barba con nerviosismo.

—Le he dado el día libre.

—Oh —dijo Papá Noel, y de pronto tuvo la sensación de que algo iba mal o, si no mal, de que algo no iba del todo bien.

Pero entonces volvió a mirar el resplandeciente trineo, los ocho renos y a la feliz multitud, y volvió a emocionarse. Respiró hondo y se dirigió a los elfos.

—ESTA VEZ VAMOS A COMPENSAR AL MUNDO ENTERO POR LO QUE PASÓ EL AÑO PASADO. ¡SERÁ LA NAVIDAD MÁS MARAVILLOSA QUE JAMÁS SE HAYA VIVIDO!

Y todos se mostraron de acuerdo.

El mordisco



Amelia, en el oscuro lavadero, recordó la última Navidad mientras seguía dándole a la manivela del rodillo. Su madre falleció aquella noche, Papá Noel no llegó, y la esperanza desapareció por completo del mundo. Pensó en el desesperado «miau» de despedida de *Capitán Hollín*. Los pensamientos daban vueltas y vueltas en su cabeza, giraban como la manivela que estaba accionando.

El sonido de la silla de la señora Lenguafilada rascando el suelo al levantarse y el portazo que dio al salir de la estancia interrumpieron sus pensamientos.

Las demás chicas estaban ocupadas llenando con agua caliente el barreño gigante que utilizaban para lavar la ropa. Era la oportunidad de Amelia. Camuflada entre la neblina del vapor que inundaba el lavadero, cruzó con sigilo la puerta. En el pasillo se oían voces y pasos. Entró corriendo en la primera habitación que encontró y cerró la puerta sin hacer ruido. Examinó las ventanas. Estaban altas, por lo que no le quedaría más remedio que encaramarse a una silla para intentar abrir el oxidado pasador de alguna y luego hacer acopio de todas sus fuerzas para intentar abrirla. Se dio cuenta de que no estaba pensando correctamente, de que no había elaborado un plan. La chimenea principal del hospicio habría sido una idea mucho mejor, pero le resultaba imposible llegar hasta allí sin que nadie se diera cuenta. Amelia tenía los brazos tan doloridos, tan cansados y tan vacíos de energía de darle a la manivela del rodillo que, por mucho que empujó y empujó, no consiguió abrir la ventana ni un milímetro.

Y entonces: «¿QUÉ CREEES QUE ESTÁS HACIENDO?».

El señor Terror aporreó el suelo con su bastón y se acercó a ella con grandes zancadas.

—¡Quítame las manos de encima, cascarrabias sobón! —gritó Amelia.

Con la intención de devolver el pasador de la ventana a su sitio, la mano arrugada, larga y esquelética del señor Terror se plantó justo delante de la cara de Amelia. Y entonces, la niña tuvo una idea.

Una idea arriesgada.

Una idea tonta.

Una idea a la que a buen seguro *Capitán Hollín* daría su aprobación.

Lo mordió.



Efectivamente. Amelia mordió la mano del señor Terror hincando los dientes en la escasa carne con todas sus fuerzas. Y, a pesar de que ya no le quedaba energía en los brazos, en los dientes seguía acumulándola.

—¡AAAAAAAYYYYYYYYYY! —chilló el señor Terror—. ¡ANIMAL!
¡¡¡QUE ALGUIEN ME QUITE DE ENCIMA A ESTA CRIATURA

MONSTRUOSA!!!

Y en cuestión de segundos apareció la señora Lenguafilada para separarla del señor Terror, que se quedó mirando la marca de color rojo intenso que los dientes de Amelia le habían dejado impresa en la piel.

—Hay que ver —le dijo el señor Terror a Amelia, que intentaba liberarse de los brazos de la señora Lenguafilada—. ¡Doce meses aquí y sigue siendo un animal salvaje! ¡Sigue siendo la misma niña que me pateó hace un año! Igual que el imbécil de tu padre.

—¿Qué sabe usted de mi padre?

—Lo conocí de pequeño. Nos criamos en la misma calle. Era un mocoso violento... ¡Me hizo esto —señaló su nariz ganchuda y partida— con la misma tranquilidad con la que podíamos pisarle la cola a un gato!

Amelia sonrió. Ya sabía que su padre era un héroe.

—Eres tan tonta como él. ¡Llévala abajo! ¡Al sótano! ¡Enciérrala en la celda de aislamiento! ¡Y QUE SE QUEDE ALLÍ!

La señora Lenguafilada arrastró a Amelia escaleras abajo y la encerró en una habitación donde no había más que un camastro duro, un orinal y una minúscula ventana con rejas. La niña se sentó en el gélido suelo de piedra y dejó que sus ojos derramaran una auténtica cascada de lágrimas hasta que no le quedó en el cuerpo ni una sola gota de esperanza.

La niña que en su día almacenaba la mayor cantidad de esperanza del mundo se quedó prácticamente vacía. Y, exactamente en aquel mismo momento, la aurora boreal que iluminaba el cielo al sur de Elfhelm perdió una parte importante de su resplandor.

Un aterrizaje accidentado

Feliz, Papá Noel se elevó a bordo de su trineo hacia el frío aire nocturno pensando que aquello era ya de por sí un auténtico milagro. Dio por sentado que todo estaba funcionando según el plan, puesto que no había habido ningún ataque por parte de los troles. Sonrió, contempló el universo que se desplegaba a sus pies y miró los renos que tiraban alegremente del trineo. Reconoció, sin embargo, que el Barómetro de la Esperanza del salpicadero no brillaba tanto como le habría gustado.

—¿Ves ya las luces, *Relámpago*? ¿Las ves, *Trueno*? ¿Las ve alguno de vosotros?

Relámpago asintió, sin volver la cabeza.

Sí, allí estaban. Cortinas onduladas de verde claro y violeta extendiéndose en el aire.

—¡Pues a por ellas, renos míos! —dijo Papá Noel a los renos—. Directos hacia la luz... ¡Todo esto es EMOCIONANTE!

Y viajando entre las luces, sin ver otra cosa que aquella luminiscencia verde y violeta («luminiscencia» era su tercera palabra favorita, después de «magia» y «chocolate»), empezó a notar en el cuerpo un cosquilleo de felicidad mágica. Se sentía tan lleno de cariño y confianza, tan feliz, que se sabía capaz de hacer cualquier cosa, incluso de detener el tiempo.

Aunque también sabía que, si quería hacerlo, tenía que darse prisa. Rodeado de luces de colores, miró el reloj del trineo. Pasaban unos segundos del Principio de la Noche. Pulsó el botoncito que ocupaba la parte central del reloj, donde podía leerse «DETENER».

Al instante, la manecilla más pequeña se detuvo, dejó de avanzar.

—Y ahora, quédate quieta ahí —le dijo Papá Noel a la manecilla.

De pronto, la nieve permaneció inmóvil suspendida en el aire. El trineo pasó por delante de un ganso de las nieves, de plumaje blanco y negro, que se había quedado paralizado, volando, con las alas totalmente extendidas, congelado en el tiempo. Y cuando Papá Noel acabase de repartir todos los regalos, el ganso, junto con el resto del mundo, se pondría de nuevo en

movimiento, como si no hubiera pasado nada. Los pájaros seguirían volando, los copos de nieve seguirían cayendo, y los niños se despertarían y encontrarían sus calcetines llenos de regalos. La esperanza quedaría restaurada.

Y entonces, Papá Noel pronunció el nombre de la primera niña. La primera niña que visitó en su día.

—Amelia Desealotodo —dijo, recordando la Navidad de hacía ya dos años.

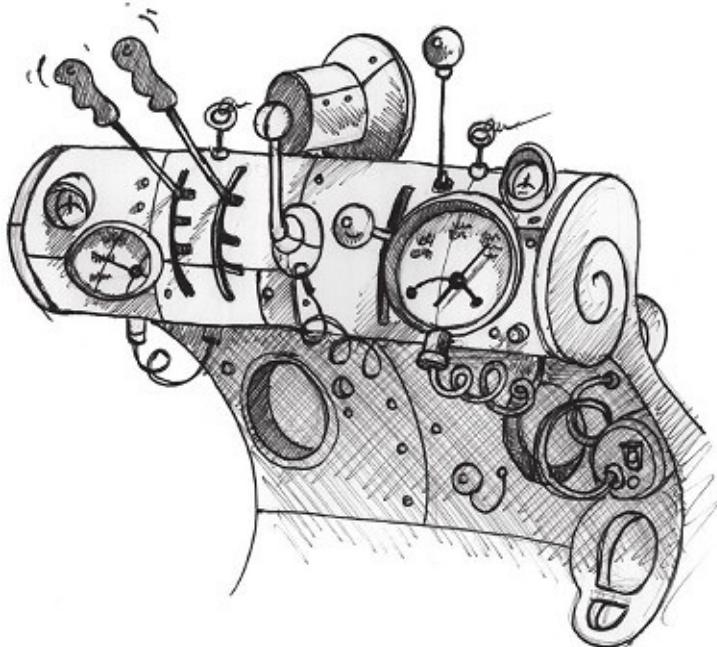
Se trataba de la niña que le había enviado una carta, que el anterior mes de diciembre había sido transportada por los aires y aterrizada en la ladera sur de la Gran Montaña. Según Pip, el Cazador de Cartas que estaba aquel día de guardia, jamás una carta había volado tan alto. Y era la carta que Papá Noel llevaba siempre encima, en el bolsillo, desde entonces.

La aguja de la brújula se movió y señaló al suroeste, indicándole la dirección hacia la que el trineo debía girar. Papá Noel tiró de las riendas con la mano derecha cuando vio que la pantalla de la unidad de propulsión se encendía con un color rojo intenso. El velocímetro indicó entonces «MUY PERO QUE MUY RÁPIDO» y el altímetro «EN LAS NUBES». A toda velocidad, Papá Noel y los renos iniciaron el recorrido de mil seiscientos veinticuatro kilómetros que los llevaría hasta la ciudad de Londres.

—¡Jo, jo, jo! —exclamó Papá Noel, riendo de pura felicidad para sus adentros.

Sobrevoló Finlandia, Suecia y Dinamarca. Pasó por encima de las casas que visitaría más avanzada la noche o, mejor dicho, a la misma hora de la noche.

Había decidido empezar por Londres, con Amelia, pensando que le daría suerte. Y además, la niña le había escrito aquella carta, una carta muy importante, y Papá Noel quería intentar que Amelia pasase la Navidad más feliz de su vida. Y mientras surcaba los cielos, decidió charlar con los renos, algo que hacía con frecuencia. Al fin y al cabo, Papá Noel era el autor de uno de los libros de mayor éxito de ventas en Elfhlem: *El hombre que susurraba a los renos*.



—¿Os cuento algún chiste?

Los renos aceleraron el ritmo, como si de ese modo pudieran huir de los chistes de Papá Noel, que no captó la indirecta.

—Muy bien, veamos, uno dedicado especialmente a vosotros. ¿Sabéis qué le pasa a Papá Noel si pierde un reno? ¿No? ¡Pues que le da un ataque de insuficiencia renal! ¿Lo captáis? ¡Un ataque de insuficiencia renal! ¡Jo, jo, jo!

Miró hacia abajo. Estaban sobre el agua.

—¡Hola, mar! —gritó. Y rio, porque se le acababa de ocurrir otro chiste —. El mar no ha dicho nada. Solo se han levantado un poco las olas... ¿Y este? ¿Lo habéis pillado? Se han levantado las olas. ¡Las olas en vez de decir «hola»! ¿Verdad que es gracioso?

Los renos no dijeron nada.

—¿Queréis otro? Tengo más. ¿Habéis oído aquel de un duende que quería fastidiar a un elfo y entonces su cabeza se quedó atascada en...?

Papá Noel se calló de repente. Todo estaba paralizado, tal y como tenía que ser. El trineo seguía volando, los renos seguían galopando por el cielo, y él seguía sintiéndose muy feliz.

Pero.

Pero, pero, pero, pero.

El Barómetro de la Esperanza no funcionaba correctamente. Le dio unos golpecitos. Luego lo aporreó un poco. No le cabía la menor duda: las luces se estaban apagando.

—Oh, no —dijo Papá Noel—. Otra vez, no.

El altímetro había descendido y marcaba ahora «POR DEBAJO DE LAS NUBES». Papá Noel gritó a los renos:

—¡Más alto! ¡Aún no hemos llegado a Londres!

Los renos lo intentaron, se esforzaron, pero eran incapaces de subir más alto.

—¿*Relámpago*? ¿Notas que te cuesta subir, *Relámpago*? Si de verdad te está costando mucho, levanta la cabeza.

Y *Relámpago* levantó la cabeza.

Papá Noel cogió entonces aquella cosa llamada teléfono y dijo:

—¿Hola?

Le respondió una voz preocupada:

—¿Hola?

Era Papá Topo.

—Oh, hola, Papá Topo. Simplemente llamaba para ver si todo iba bien por Elfhelm.

En el otro lado de la línea, se oyó a Papá Topo toser para aclararse la garganta antes de responder.

—¿Si todo va bien? Sí. Sí. Por aquí todo bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque estoy teniendo algún problemilla con los renos. Por lo visto, no pueden elevarse lo suficiente en el cielo. Y el Barómetro de la Esperanza tiene un aspecto algo... algo desesperanzador, la verdad.

Papá Noel sabía que unos niveles de esperanza bajos solo podían significar dos cosas: o un problema en el mundo humano o un problema en Elfhelm. O ambas cosas a la vez, claro está.

Papá Topo siguió tosiendo con cierta incertidumbre.

—Todo va bien, Papá Noel. Tú sigue adelante.

Papá Noel empezó a vislumbrar las luces de Londres.

—De acuerdo, Papá Topo —dijo Papá Noel, mientras el trineo seguía descendiendo.

Y Papá Topo replicó:

—Ándate con cuidado.



Papá Noel asomó la cabeza por el lateral del trineo. Había olvidado lo grande que era Londres. Sus iglesias y sus edificios, iluminados por la luz de la luna y con el río Támesis serpenteando entre ellos, parecían no acabarse nunca. Notó un cosquilleo en el estómago y vio entonces que los renos estaban otra vez haciendo grandes esfuerzos para seguir adelante.

—¡Aún no hemos llegado a Haberdashery Road!

Vio que *Relámpago* se giraba y le lanzaba una mirada de desesperación.

—¡Ánimos, queridos renos! ¡Vamos! ¡Podéis hacerlo! ¡Manteneos en el aire!

Papá Noel miró de reojo el altímetro. Decía: «PREOCUPANTEMENTE BAJO PERO PUEDES SEGUIR, NO TE PASARÁ NADA». Sin embargo, entonces, solo unos segundos después, leyó: «NO, VUELAS DEMASIADO BAJO. ¡SITUACIÓN DE PÁNICO!».

Papá Noel buscó algún lugar donde poder aterrizar. Tenía que ser cerca de donde estaba, y en un espacio plano, grande y fuera de la vista de la gente. Un tejado sería lo ideal. Pero ¿dónde encontrar un tejado lo suficientemente grande?

Y entonces lo vio.

Era la casa más grande que había visto en su vida.

Tenía un centenar de ventanas, altísimas e inmaculadas, como soldados que montaran guardia. De hecho, y mientras pensaba en que las ventanas parecían soldados, Papá Noel vio que había soldados de verdad custodiando la verja, tocados con unos gorros altos, negros y peludos confeccionados con pelo de oso. El edificio era gigantesco, más grande que el Taller de Juguetes, más que cualquier edificio que pudieras encontrar en Finlandia. Era el lugar perfecto.

—Muy bien, renos —dijo—, vamos a aterrizar. *Trueno*, *Relámpago*, ¿veis aquel tejado? Pues hay que ir para allí. Y el resto, no bajéis el ritmo hasta que hayamos llegado.

Pero estaban bajando el ritmo, y el trineo empezó a ladearse. Y entonces, le llamó la atención un detalle: los soldados tocados con aquel sombrero extraño ya no montaban guardia, sino que estaban apuntando hacia el trineo con sus escopetas.

«¡Bang!».

Sonó un disparo. Y una bala pasó rozando el trineo.

«¡Bang!».

Otro, y este abrió un orificio en la pared lateral del trineo.

—¡No, no, no!

Aquello era muy mala noticia por dos razones: en primer lugar, porque a Papá Noel no le gustaba en absoluto la idea de que disparasen contra su persona y contra los renos; y, en segundo lugar, porque si los soldados estaban disparando significaba que el tiempo ya no estaba detenido, sino que seguía avanzando.

Y sí, con una sola mirada le bastó para confirmarlo, Londres estaba en movimiento. Caballos, carruajes y feligreses que asistían a la Misa del Gallo deambulaban de un lado a otro.

Papá Noel miró el reloj del trineo. Era aún la hora del Principio de la Noche, pero la manecilla pequeña estaba avanzando. Pulsó el botón «DETENER», pero no pasó nada. Y se fijó también en que el Barómetro de la Esperanza se había transformado en un simple recipiente de cristal transparente completamente vacío.

—Vaya —murmuró, mientras el trineo y él continuaban con su veloz descenso.

Vio el tejado en el que había pensado aterrizar. Estaba demasiado alto. No conseguirían alcanzarlo. Necesitaban más magia.

—Navidad, Navidad, dulce Navidad —empezó a cantar.

«¡Bang!».

La bala atravesó el saco de Papá Noel y empezaron a salir monedas de chocolate en forma de lluvia de oro.

—Oh, qué divertido es montar en...

Papá Noel cerró los ojos y se preparó para el impacto.

«¡Catapumba!».

Pero en vez de golpear contra la pared de piedra, las pezuñas de los renos entraron en contacto con una de aquellas ventanas tan grandes. Madera, cristal, todo estalló y se hizo añicos delante de ellos.

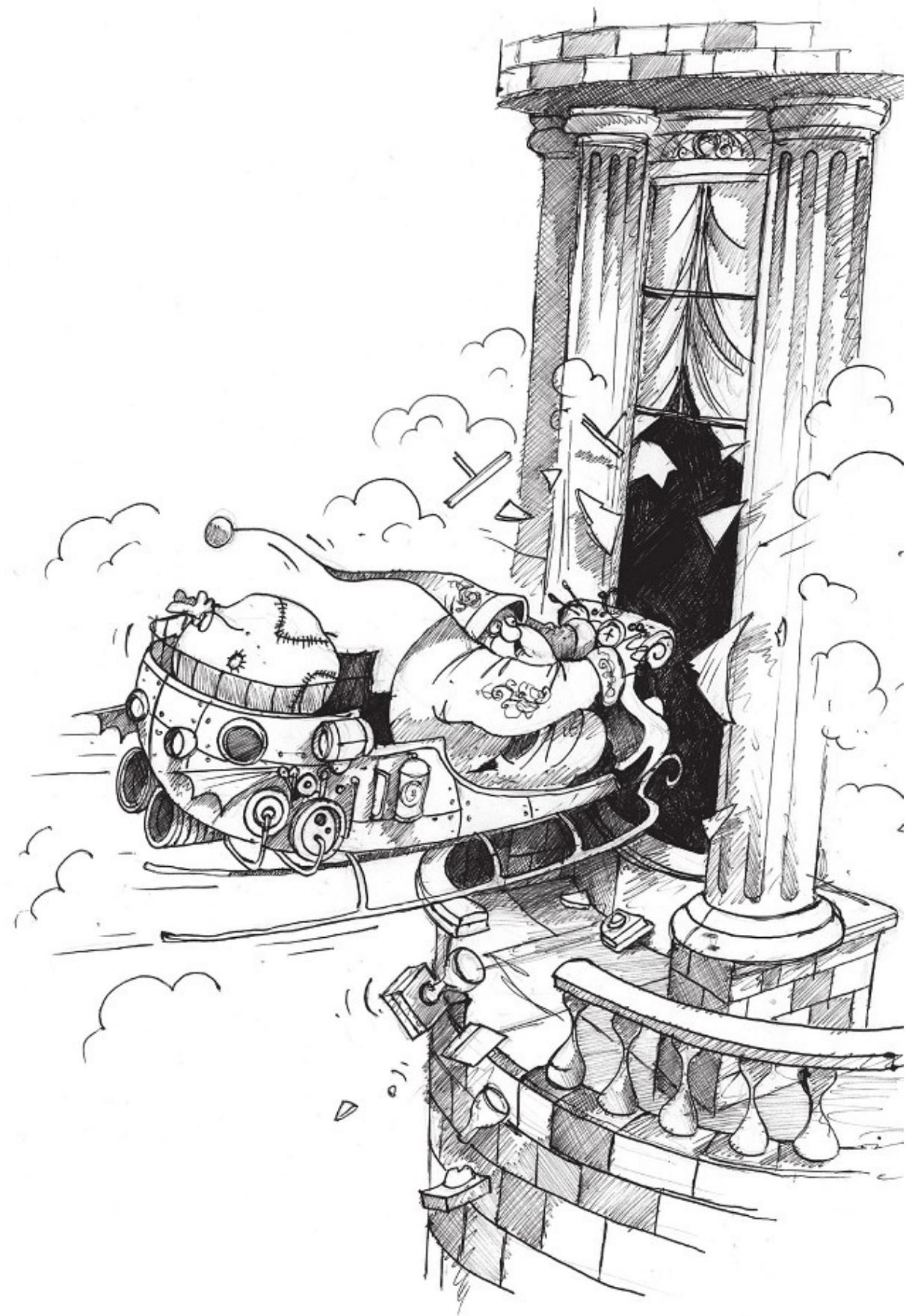
—¡Cacafungo!

Papá Noel pronunció la peor palabrota de duendes que conocía, al atravesar a toda velocidad la ventana detrás de los renos.

«¡Catacrac!».

Los renos derraparon por el suelo de una habitación enorme y rechinaron hasta conseguir detenerse y formar un caos de pezuñas sobre una mullida alfombra antes de estamparse contra una mesa. Papá Noel salió disparado del trineo, chocó contra la pared y, entonces, un jarrón gigantesco que había sobre una mesa empezó a bambolearse, luego a tambalearse y finalmente a balancearse, para acabar cayendo justo encima de la cabeza de Papá Noel, antes de romperse en mil pedazos.

Se oyó entonces un grito. Pero no era de Papá Noel.



Un invitado real

 lberto! —gritó la voz.
—¡A Era una mujer joven. Llevaba un camisón blanco largo y
estaba sentada en una majestuosa cama con dosel en una
habitación con la alfombra más mullida y acogedora que Papá Noel había
pisado en su vida, y eso que había pisado muchísimas alfombras. La mujer
estaba leyendo algo que parecía una revista, pero a Papá Noel le interesaba
más lo que llevaba en la cabeza que lo que estuviera leyendo.

Una corona.

De oro, con incrustaciones de piedras preciosas, deslumbrante.

La reina Victoria.

La reina de Inglaterra, la mujer más poderosa del mundo. Y justo había
ido a aterrizar en su dormitorio.

—¡ALBEEEEERRRRTTOOOO! —Tenía una voz muy potente para
tratarse de una mujer tan menuda—. ¡Llama a la guardia!



¡Y trae la escopeta! ¡Tenemos un intruso! Un francés gordo y grande con barba que acaba de irrumpir en el dormitorio real con unos caballos voladores diabólicos.

—En realidad son renos. Y no soy francés. Permítame que me explique.

Entonces apareció un hombre alto y delgado, con cara de bebé y un bigote escaso que parecía hecho de algodón. Llevaba un pijama de rayas y un rifle en la mano. Apuntó con el arma a Papá Noel.

—Tranquila, angelito mío. Ya lo te-te-tengo.

—¡Vuélale la cabeza, Alberto! ¡Pórtate como un hombre por una vez!

Papá Noel vio que a Alberto le temblaban las manos. Y, por tanto, el rifle también temblaba.

—Miren —dijo Papá Noel—. Lo siento mucho, de verdad. Enseguida lo limpiamos y lo recogemos todo.

—No se preocupe por limpiar nada, por favor —dijo Alberto—. Tenemos criados.

La reina Victoria miró enfadada a su marido.

—¡Alberto! Pero ¿qué haces? ¿Por qué te comportas de un modo tan, tan... majestuoso?

—Porque soy Su Majestad, pimpollito mío.

—Este hombre es un intruso. Y muy posiblemente francés, además.

—Técnicamente soy finlandés, con una pizca de elfo, pero eso ya se lo contaré luego —añadió con amabilidad Papá Noel.

La reina Victoria, con las mejillas coloradas por la rabia, lanzó una mirada furibunda a su marido.

—¡Mientras tú estabas colgando bolitas de colorines en ese árbol estúpido que te has hecho traer de Noruega, esa bestia peluda ha entrado volando con sus caballos diabólicos y ha intentado secuestrarme!

Papá Noel se sintió ofendido al oír aquello. Por mucho que su padre fuera un secuestrador, él no lo era para nada.

—En ningún momento he intentado secuestrarla.

Y justo cuando Papá Noel pronunciaba aquellas palabras, *Relámpago* decidió que era el momento ideal para ir al baño. Justo allí, en aquella mullida alfombra. Una montaña enorme de humeante caquita de reno.

—¡Oh, no! —lloriqueó la reina—. ¡Uno de esos caballos diabólicos acaba de hacer sus pestosas necesidades en la alfombra real!

Papá Noel suspiró y miró a *Relámpago*.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Pégale un tiro, Alberto. Pégale un tiro a este hombre peludo. ¡Y luego les pegas también un tiro a sus horrendas bestias diabólicas!

El rifle seguía temblando en manos de Alberto.

—De acuerdo. De acuerdo. Lo haré. Puedo hacerlo, ¿verdad?

—Por supuesto que puedes hacerlo, calabacita —dijo la reina, bajando un poco el tono—. Adelante, mi dulce príncipe alemán. Dispárale en esa barriga tan gorda. Aunque tal vez, si disparas ahí, es posible que la bala rebote. Mejor apunta a la cara.

—La verdad... es que hacerlo aquí no está nada bien.

La reina Victoria estaba otra vez rabiosa.

—Pues entonces tendré que llamar a la baronesa Lehzen... ¡BARONESA! ¡BARONESAAAAA!

El príncipe Alberto la miró con exasperación.

—¡Ese sargento de hierro no, por favor!

Entonces apareció una señora mayor, ancha de espaldas, con unos brazos gordísimos, la barbilla peluda y vestida de negro. Tenía cara de pocos amigos.

—¿Qué sucede, Majestad? —preguntó, con un marcado acento alemán.

—Hay un intruso y hay que acabar con él. ¡Alberto! ¡Pásale a la baronesa ese rifle ahora mismo!

Pero la baronesa no necesitaba ningún rifle. Se acercó a Papá Noel y le pellizcó la nariz. Luego se la retorció y después le arreó un puñetazo. Papá

Noel no había sentido tanto dolor en toda su vida. Cayó al suelo y trató de protegerse la cara, previendo otro ataque.

La baronesa se volvió entonces hacia la reina.

—Hace muchos años, antes de ser su ama de llaves, me vi implicada en alguna que otra pelea callejera. Las chicas me conocían como «El Terror de Hannover».

Y consecuentemente aterrado, Papá Noel vio que la mujer se inclinaba de nuevo sobre él y lo agarraba por la chaqueta y los pantalones rojos. Y entonces, empezó a hacerlo girar en círculo. Alberto se tapó los ojos con la mano para no mirar.

—¡Acabe con él, baronesa! —gritó la reina Victoria, aplaudiendo entusiasmada—. ¡Arrójelo por la ventana!

Y los renos vieron con horror cómo la baronesa Lehzen empezaba a girar sobre sí misma como una peonza, rápido, más rápido, cada vez más rápido, hasta que, después de dar un alarido, acabó soltándolo. Papá Noel voló por los aires por segunda vez aquel día y salió por la ventana por la que había entrado hacía tan solo unos minutos.

—¡*Auf Wiedersehen*, cerdo secuestrador francés! —gritó la baronesa, profiriendo una carcajada.

¡Brioso al rescate!



ué es esa sombra que viene hacia mí?», se preguntó Papá Noel mientras volaba por los aires y caía, con la rapidez con la que caería un pudín de ciruelas, directo hacia el suelo.

¡Era Brioso! El más rápido de todos sus renos. Brioso hizo un descenso en picado y se colocó debajo de Papá Noel justo antes de que impactara contra el suelo.

«¡Bang!».

Los soldados habían empezado a disparar otra vez. Brioso, cargando a sus espaldas con Papá Noel, cabalgó hacia la habitación. En cuanto llegaron, Papá Noel vio que el rifle estaba ahora en manos de la reina Victoria y que le apuntaba directamente.

—¿Cómo hacen eso? —preguntó la reina.

Papá Noel no podía apartar los ojos del rifle.

—¿Hacer el qué?

—Esos caballos voladores diabólicos. ¿Cómo hacen para volar?

A Papá Noel no le gustaba en absoluto que la reina Victoria siguiera calificando a sus renos de «caballos diabólicos». Los renos eran criaturas muy sensibles, sobre todo Saltarín, y no les hacía ninguna gracia que los llamaran cosas raras.

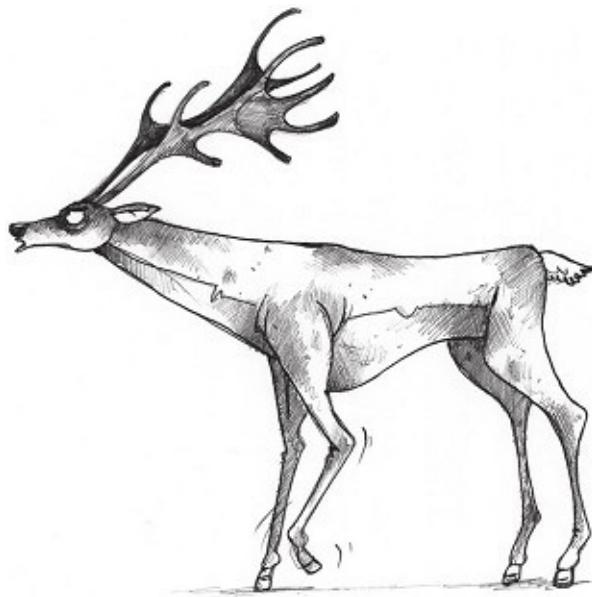
—Son renos, y no tienen nada que ver ni con caballos ni con diablos. Se trata de criaturas tremadamente especiales, que vuelan gracias a la magia. Hoy, el ambiente está lleno de magia porque es Navidad, pero es necesario que haya más magia. Es por eso que hemos chocado contra la ventana de su habitación. El vuelo ha sido un poco accidentado y...

—Pero ¿quién diantres es usted?

—¡Soy Papá Noel!

—¿Papá Noel? ¿Y ese quién es? Jamás he oído hablar de usted.

—Yo sí, corazoncito —dijo con cierto nerviosismo Alberto, como si las palabras que salían de su boca estuvieran hechas de porcelana—. Henrik me habló sobre él.



—¿Recuerdas quién es? Mi amigo noruego, el que me envió el árbol. Papá Noel es el hombre que hace un par de años recorrió el mundo entero la víspera de Navidad repartiendo regalos a todos los niños.

—Ah, sí. Alguien lo mencionó. Vaya idea más extraña, la verdad. Eso de colarse a hurtadillas en los dormitorios de la gente mientras todo el mundo duerme.

Papá Noel hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Yo no me cuelo a hurtadillas en casa de nadie. Lo que hago es detener el tiempo. O esa es la idea, al menos. Se trata de utilizar la magia para dar esperanza a la gente, una esperanza que, a su vez, ayuda a generar magia.

La explicación no satisfizo en absoluto a la reina Victoria. Y la cara de enfado que puso fue una de las caras de enfado más enfadadas de toda la historia de la humanidad.

—¿Estampándose contra el Palacio de Buckingham? Acabamos de mudarnos aquí. ¡Mire usted el caos que ha montado!

El príncipe Alberto levantó la mano.

—Permiso para hablar concedido —dijo la reina.

—Solo quería decir que tenemos doscientas cincuenta y dos habitaciones más, mejillas de seda —explicó.

—Eso ahora no viene a cuento. ¡Baronesa, dele un bofetón!

Y la baronesa le dio al pobre príncipe Alberto un sonoro bofetón en la cara.

—Fue un accidente —dijo Papá Noel, refiriéndose a su entrada por la ventana—. Lo siento mucho.



que podría perfectamente decirse que soy una de las personas más importantes del mundo.

—¿Matamos al intruso? —preguntaron los soldados.

—La verdad es que no considero que matar a Papá Noel sea lo más adecuado —contestó Alberto.

—Cierra el pico, Alberto —le espetó la reina Victoria, y volvió a mirar de arriba abajo a Papá Noel—. ¿Cómo podemos saber que es usted realmente Papá Noel?

—Los renos estaban volando. Creo que es prueba suficiente de mi magia.

—Sí, eso es raro, la verdad —dijo la reina Victoria—. Aunque cosas raras hay muchas. Como los peces, o los ombligos, o los pobres. Imagino que no habrá que fusilarlo.

Papá Noel no cabía en sí de alegría.

—Oh, muchísimas gracias. Es un alivio.

—No. Ordenaré que lo cuelguen.

Papá Noel tragó saliva. Tenía que pensar rápidamente en alguna cosa. Cerró los ojos y se concentró al máximo. Y fue como si se adentrase en un sueño: vio una niña muy infeliz de unos ocho años de edad que se parecía

En aquel momento, llegaron a la habitación dos de los soldados que estaban montando guardia fuera, jadeando después de subir la escalera corriendo.

—¡A su servicio, Majestad!

La reina reconoció la presencia de los soldados con un gesto de cabeza y formuló una pregunta más a Papá Noel.

—Imagino que sabe con quién está hablando, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. ¡Con la reina de Inglaterra!

—Así es —dijo la reina—. Más concretamente, con la reina del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y también del Imperio británico, que ocupa la mayor parte de nuestro planeta. Por lo

mucho a la reina Victoria. Estaba en una habitación preciosa, repleta de juguetes maravillosos —un caballito balancín, muchas peonzas, juegos de té, un centenar de muñecas—, pero había también una mujer con el cabello recogido en un moño que no paraba de gritarle. La baronesa Lehzen, pero más joven.

—Quiero a mi mamá —le decía la niña llorando al ama de llaves—. ¿Dónde está mi mamá?

—¡Te estás portando MUY MAL, Victoria! —rugió la baronesa—. ¡Tienes que aprender a ser una señorita! ¡Algún día podrías llegar a reina!

—¡Yo no quiero ser reina!

—No digas eso o no tendrás ningún regalo por Navidad.

—Lo único que quiero de regalo de Navidad es no tener que ser reina. ¡Nunca jamás!

Entonces, Papá Noel abrió los ojos y repitió lo que acababa de oír mentalmente.

—De pequeña, lo único que quería como regalo de Navidad era no tener que ser reina. Nunca jamás.

La expresión de la reina Victoria se volvió de repente de tremenda tristeza. De una tristeza tremenda, tremendísima. Más triste incluso que de tremendísima tristeza.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Lo sé porque soy Papá Noel.

La reina Victoria bajó el rifle y agitó la mano, indicándoles con ese gesto a los soldados y a la baronesa Lehzen que abandonaran la estancia. En cuanto se hubieron marchado, la reina se quedó ensimismada y ni siquiera se dio cuenta de que *Relámpago* había empezado a mordisquear las lujosas cortinas.

—No tuve una infancia feliz. Como que mi destino era ser reina, todo el mundo esperaba de mí que me comportase de una determinada manera. Y eso de que la gente espere de ti que te conviertas en un personaje importante supone mucha presión. No sé si me entiende.

Papá Noel conocía muy bien aquella sensación.

—La entiendo perfectamente —replicó Papá Noel—. Sí, créame.

—Tenía muchos juguetes, pero no había magia.

Papá Noel quería animarla, y con ese fin empezó a cantar Navidad, Navidad, Dulce Navidad.

—Pero ¿qué hace? —dijo la reina.

—Estoy cantando un villancico.

—¿Para qué?

—Para animarla un poco.

La reina Victoria estalló en carcajadas, y Alberto la miró con preocupación.

—Querida, uno de esos caballos diabólicos se está comiendo las cortinas.

—No es un caballo diabólico —dijo la reina—. Es un reno.

Y entonces sonrió a Papá Noel. Papá Noel, por supuesto, le devolvió la sonrisa.



El sello del visto bueno de la reina

 La reina Victoria se disculpó con Papá Noel. Sentía muchísimo todo lo ocurrido.

—Regalar magia a los niños tiene que ser maravilloso —dijo.

—El problema —añadió Papá Noel— es que la magia no es muy mágica en este momento. —A modo de ilustración, señaló la ventana hecha añicos y las cortinas ondeando a merced del viento—. El año pasado hubo cero magia, cero Navidad. Pero este año tiene que ser diferente. Yo, de pequeño —continuó diciendo Papá Noel, acompañando sus palabras con un suspiro—, nunca tuve nada. Bueno, sí, un muñeco hecho con un boniato. Y un trineo. Nada que ver con este, claro está.

Papá Noel señaló el trineo rojo y, al hacerlo, vio que el Barómetro de la Esperanza se había iluminado con un tenue destello de luz.

Pero la reina quería seguir hablando.

—Me habría encantado creer en la magia, saber que hay cosas que no tienen explicación, que los misterios existen. Todo habría sido mucho mejor de haber creído en la magia. Pero en mi vida no había ningún misterio y nunca lo ha habido. Todo lo que hago siempre está planificado con antelación y puede llegar a ser tan aburrido como la niebla que suele cubrir Londres.

La reina Victoria, elegante incluso en camisón, cruzó el dormitorio para acercarse a una mesa antigua del color de las castañas. Se sentó y escribió una nota. Y, cuando acabó de escribir, cogió un sello de madera y lo estampó en el papel, que dejó una marca roja con la imagen de una corona.

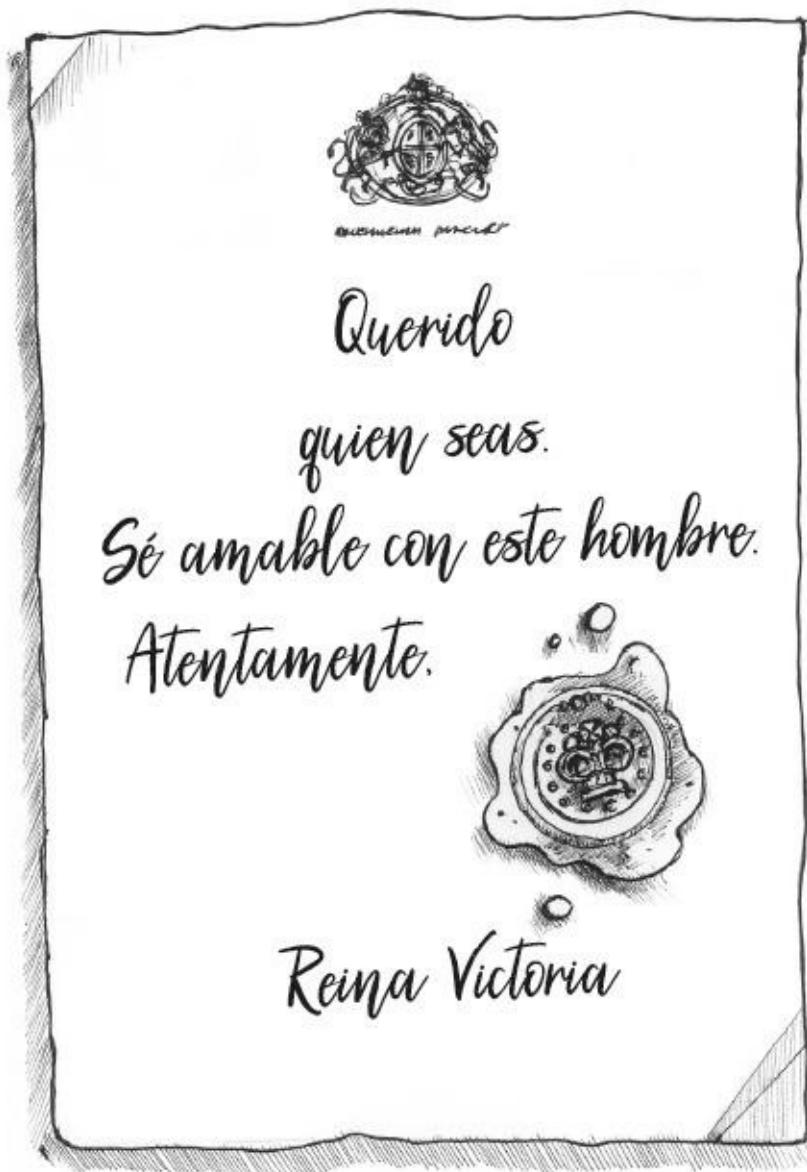
—El Sello del Visto Bueno de la Reina —dijo con orgullo—. Tenga. Si se mete en problemas, basta con que enseñe esto. Cualquiera que vea esta carta comprenderá que ha sido escrita por Su Majestad, que soy yo.

Papá Noel miró la carta. No era un texto muy largo. La carta decía: «Querido quien seas. Sé amable con este hombre. Atentamente, Reina Victoria».

Papá Noel sintió de repente una gran sensación de calidez en el estómago.

—Muchas gracias. Está muy bien eso de tener amigos en las altas esferas.

La reina Victoria sonrió levemente.



—Lo mismo digo.

—¿Qué le gustaría de regalo de Navidad? —le preguntó a la reina Papá Noel.

La reina Victoria se lo pensó un buen rato.

—La India no estaría nada mal —respondió por fin.

—¿La India? —preguntó Papá Noel—. Creo que la India es un regalo excesivo, tal vez. Me parece un poco... un poco inadecuado regalar un país a

una sola persona.

—La India acabará siendo mía algún día, se lo aseguro. Pero bueno, si no puede ser, pienso que una tetera me iría muy bien.

—Me parece que tenemos una de sobras —dijo Papá Noel.

Cogió el saco infinito, introdujo el brazo en su interior, formuló un deseo para localizar la tetera que buscaba —una de color blanco con un bonito motivo de sauce en azul—, y enseguida palpó la suave y fría porcelana del asa de la tetera. La sacó con cuidado.

—¡Sí! —exclamó la reina—. Justo como la que quería.

Papá Noel hizo un gesto de asentimiento.

—Tengo muchos más regalos que repartir —dijo, instalándose en el trineo y cogiendo las riendas.

—¿Y si tiene otro accidente? —preguntó la reina, sinceramente preocupada.

Papá Noel vio que en el barómetro había un poco más de esperanza. A lo mejor aquel encuentro con la reina había sido suficiente para recuperar la esperanza necesaria en el ambiente. Pulsó el botón para detener el reloj y comprobó con alivio que funcionaba de nuevo.

O más o menos.

La reina Victoria dejó de moverse. Se quedó tan quieta como las imágenes que aparecían en los retratos pintados al óleo que colgaban en las paredes. Pero al cabo de unos instantes volvió a ponerse en movimiento, aunque con gestos muy lentos.

—Vamos, renos míos. Veo que el tiempo se ha ralentizado pero no se ha detenido del todo. Mejor que nos pongamos en marcha y confío en que nosotros vayamos muy rápido, y todo el mundo vaya muy lento, y así nadie sea capaz de vernos volar por el cielo.

Los renos despegaron. Galoparon a toda velocidad para cruzar la ventana hecha añicos por la que habían entrado y lanzarse hacia el cielo de Londres. Se tambalearon un poco pero lo consiguieron, y enseguida estuvieron sobrevolando iglesias y casas, la cúpula en forma de cebolla de la catedral de San Pablo y las bandadas de palomas, hasta que por fin lograron aterrizar en el tejado de pizarra del 99 de Haberdashery Road.

En la calle, un hombre y una mujer paseaban cogidos del brazo. Estaban casi inmóviles, pero no del todo. El hombre fumaba en pipa. Se la llevaba a la boca y la retiraba con movimientos extremadamente lentos. Saltarín, que a



todas luces se sentía incómodo en lo alto del tejado, resbaló sobre una teja, que se despegó y empezó a deslizarse, muy lentamente, por encima de las demás tejas.

Papá Noel se inclinó sobre el trineo y empezó a pulsar una y otra vez el botón de detener el tiempo, pero la teja seguía deslizándose.

—¡Ay, madre mía!

Necesitaba parar el tiempo por completo. No bastaba con que avanzara a trompicones o más lentamente de lo habitual. Tenía que repartir regalos a 227.892.951 niños, y eso eran muchos niños. De modo que sí, el tiempo debía detenerse.

Lo que Papá Noel no sabía, aunque estaba a punto de descubrirlo, era que al menos una parte importante de la respuesta a lo que estaba sucediendo se encontraba justo en el fondo de la chimenea que tenía delante. De la chimenea sobre la que acababa de encaramarse y que estaba empezando a descender con solo desecharlo. Y mientras se deslizaba por el interior de la chimenea, se fijó en que, justo arriba, había huellas de dedos marcadas en el hollín. Unos dedos pequeños que sin lugar a dudas pertenecían a algún niño.

«Vaya, vaya», se dijo Papá Noel. Y aquel «vaya, vaya» estaba a punto de crecer y crecer para convertirse en algo muy preocupante, preocupante de verdad.

La niña con barba



Igo no iba bien.

Papá Noel lo intuyó antes incluso de ver la cama.

Y entonces vio la cama.

Y tuvo que contener un grito.

Amelia se había hecho mayor.

Papá Noel sabía que Amelia ya tenía diez años y también que existía una gran diferencia entre una niña de ocho años y una de diez, pero Amelia ocupaba ahora la totalidad de la cama. Y tenía una barriga tan enorme como la de él. Roncaba, además, como un cerdo resfriado.

Papá Noel miró a su alrededor.

Estaba igual que hacía dos años.

Paredes húmedas, sin ningún adorno y con la pintura que se desconchaba. En el techo había goteras que rezumaban agua. Pero ¿dónde estaba el gato? No había ni el más mínimo indicio ni rastro ni olor de aquel gato negro que dormía en la cama de Amelia la otra vez que estuvo allí.

Y al lado de la cama había una botella.

Una botella de *whisky*.

¿Beberían *whisky* las niñas de diez años de hoy en día?

Entonces vio algo al otro lado de la ventana. Una pequeña sombra que caía con rapidez, en tiempo real, y que chocaba contra el suelo con un ruido sordo.

Gracias al resplandor de la luna, Papá Noel pudo vislumbrar la teja de pizarra hecha añicos en el suelo. La pareja que había visto antes paseando no estaba por ningún lado. ¡Y nevaba!

Entonces, crujío una de las tablas de madera del suelo.

Amelia se sentó en la cama. Y Papá Noel se quedó boquiabierto al ver que lucía una barba tan tupida como la de él y tan crecida, erizada y negra como la de Papá Vodol. Debía de tener unos cuarenta y nueve años de edad.

—Tú no eres Amelia.

—¿Qué hace usted en mi habitación? —rugió el hombre, que tenía la voz ronca y parecía un pirata (y olía además como si de verdad lo fuera).

El hombre cogió la botella de whisky vacía y la lanzó directa hacia la cabeza de Papá Noel, que consiguió esquivarla, con lo que la botella se estampó contra la pared.

—Vaya —dijo Papá Noel. Y buscó rápidamente en el saco alguna cosa que le pudiera gustar a aquel hombre. Encontró un parche para cubrirse el ojo —. Creo que esto le gustará. Póngaselo y ya verá como parece aún más un pirata.

Pero al hombre no le gustó.

—Yo no parezco un pirata. Pero usted sí. Parece un pirata gordo vestido de rojo.

Papá Noel sacó entonces del saco un montón de monedas de chocolate.

—Soy Papá Noel. No soy ni un ladrón ni nada por el estilo. Tenga, le regalo esto.

—¿Monedas? —dijo el hombre.

—Son de chocolate —le explicó Papá Noel—. De chocolate de calidad superior fabricado por los elfos.

—¿De chocolate? ¡Qué buena idea! —exclamó el hombre.

Mordió una.

—Antes hay que quitarles el papel —dijo Papá Noel.

—Ah, sí. Ya lo veo.

—Siento mucho haberlo asustado. ¿Es usted el padre de Amelia, tal vez?

—¿Quién es Amelia?

—La niña que vive aquí. Creía que vivía aquí.

El hombre se puso a pensar.

—Llevo aquí un año. Pero los vecinos hablan a veces de la señora que vivía aquí antes... Tenía una hija. Pero nunca he llegado a saber qué fue de ella.

Papá Noel contuvo la respiración. Tuvo un mal presentimiento al recordar la carta de Amelia. La que le envió justo antes de aquella Navidad que nunca llegó a suceder.

—Ya —dijo Papá Noel—. Entiendo. Bueno. Pues muchas gracias. Voy a seguir con lo mío.

El hombre se quedó pasmado al ver que, en vez de dirigirse hacia la puerta, Papá Noel se encaminaba a la chimenea.

—¿Cómo piensa meterse ahí dentro?

—Con magia —respondió Papá Noel—. Feliz Navidad.

Y Papá Noel desapareció chimenea arriba, un espacio que, evidentemente, era demasiado estrecho para dar cabida a un hombre adulto.



Pero cuando ya estaba llegando al final, Papá Noel se quedó atascado, con la cabeza asomando al exterior. Se sentía como si se hubiera quedado atrapado en el puño cerrado de un gigante.

—Ya sé que es una situación algo bochornosa —dijo, al ver que todos los renos lo miraban.

Cometa se estaba riendo y por los orificios de su hocico salían nubecillas de vapor.

—Todo esto no tiene ninguna gracia, *Cometa*.

Relámpago agachó con cuidado la cabeza para que Papá Noel pudiera agarrarse a sus astas. Y en cuanto estuvo bien sujetado, el reno empezó a recular lentamente.

«¡Pop!».

Papá Noel salió disparado de la chimenea como un tapón al descorchar una botella con exceso de gas. Por suerte, se había agarrado tan bien a las astas que no voló muy lejos. De hecho, hizo un único salto mortal y aterrizó sobre el lomo del reno.

—Gracias, *Relámpago* —dijo, lanzándole una mirada de reprimenda a *Cometa*—. Te has comportado como un buen amigo, como siempre.

Y entonces desmontó y caminó con cuidado por el tejado hasta llegar al trineo.

Papá Noel toma una decisión



ver.

La verdad es que aquello era bastante complicado.

El funcionamiento de la magia.

La aurora boreal, lo de detener el tiempo, lo de viajar a bordo de un trineo volador, y todo lo demás.

Dependía de muchas, muchísimas cosas. Tal vez incluso de demasiadas cosas.

Explicarlo con todo lujo de detalles exigiría una enorme cantidad de libros. Un total de siete mil cuatrocientos sesenta y dos libros. Y me encantaría escribirlos, pero antes de acabarlos se me habrían caído los dedos a trozos y me habría dado un ataque de hambre.

Y, de todas formas, si explicas la magia con excesivo detalle, acaba esfumándose. Es como cuando ves una bella mariposa y quieres observarla mejor, y te acercas y entonces la mariposa echa a volar y no ves nada de nada.

(Y si te parece que esta última frase no tiene sentido, te digo que lo tiene de verdad y que tendrías que volver a leerla).



Pero hay cosas que sí puedo explicarte. Para empezar, que Papá Noel estaba confuso.

Sabía que en Elfhelm ocurría alguna cosa, algo que Papá Topo no le contaba.

Lo que sí sabía era que Amelia Desealotodo había desaparecido. Y Amelia Desealotodo era importante, pues había sido la primera niña, la que más esperanza había tenido aquella primera Navidad. Y la esperanza era muy importante, el ingrediente principal. Pero la esperanza es ya de por sí una magia complicada. Y Amelia, creyendo en ella, había sido la persona que puso en el ambiente la cantidad suficiente de magia. Y todo eso había pasado antes de que cualquier niño en el mundo supiera de la existencia de Papá

Noel. Amelia Desealotodo creía, pero no en él, sino en la posibilidad de su existencia, en que pudiera existir alguien que repartiera juguetes a todos los niños del mundo.

—Veamos —les dijo Papá Noel a los renos, antes de abandonar aquel tejado—. Mirad, creo que podemos salvar la Navidad. Pero para ello debemos encontrar a esa niña. Tiene que estar en algún rincón de Londres. Así que... vamos a ello.

Paseando entre humanos

o hace falta ser muy listo para saber que un montón de renos en un tejado eran un elemento sospechoso, sobre todo si el tiempo avanzaba a velocidad normal, así que, emprendiendo un vuelo algo inestable, Papá Noel decidió trasladarlos a unos campos de fresas nevados que había en un pueblo llamado Hackney, en las afueras de la ciudad.

—Y ahora, queridos renos, no hagáis travesuras. No tardaré mucho. Enseguida vuelvo.

Y Papá Noel se fue caminando hasta Londres, una experiencia curiosa, la verdad. Para empezar, porque estaba oscuro y hacía un tiempo desapacible.

Además, nadie llevaba un traje rojo similar al de él, y mucho menos un gorro rojo. Los únicos sombreros que se veían eran negros, con la excepción de alguna que otra mujer que salía de la iglesia y tocaba su cabeza con una gorrita blanca. Todo el mundo vestía de forma muy aburrida, así que Papá Noel se quitó el gorro rojo y se lo guardó en el bolsillo.



Tampoco había renos ni trineos, y nada que oliera a galletas de jengibre. Solo a humo, a basura y a caca de caballo.

—Un mundo sin magia —se dijo— siempre es un lugar triste.

La otra cosa rara era que el tiempo se detenía constantemente y luego volvía a ponerse en marcha. Era como si el mundo fuera una gigantesca máquina averiada que se conectaba y desconectaba sin cesar. Evidentemente, Papá Noel quería que el mundo se quedase quieto y sin tiempo para así tener más posibilidades de encontrar a Amelia y poder repartir todos los regalos. Al pasar por una iglesia cercana a Haberdashery Road, vio en el reloj que ya pasaban treinta minutos de la medianoche. Era la hora de Muy Muy Tarde, según horario élfico.

No había mucha gente por la calle. Vio una anciana sentada en un banco, sin dientes, con unos ojos de mirada lechosa y cubierta con un chal. Estaba dando de comer a las palomas. De pronto, los pájaros detuvieron el vuelo, y luego empezaron a volar de nuevo, para después volver a pararse.

Papá Noel se acercó y se sentó a su lado mientras estaba congelada en el tiempo, y cuando volvió a la vida, la anciana se inclinó hacia él y, con un aliento que olía a cebolla, le dijo:

—¡Hola, guapo!

Y Papá Noel le dijo hola y le preguntó por Amelia, pero la anciana no había oído hablar de ella y, cuando se lo preguntó a las palomas, le dijeron que ellas tampoco.

Era una noche oscura y había además muchísima niebla. Y aun cuando el tiempo avanzaba, era como si las cosas apareciesen y desapareciesen.

Los hombres salían del *pub* tambaleándose y volvían a casa cantando villancicos, y Papá Noel se cruzó con un cazador con los bolsillos llenos de ratas. Vio entonces a lo lejos un mercadillo navideño con todos los puestos cerrados menos uno, el de la castañera. Papá Noel fue directo hacia ella.

—¿Castañas? —le dijo la castañera. Tenía la cara enjuta y se cubría con un chal de lana de colorines. Se rascó la cabeza—. Todas las que quiera por tres cuartos de penique.

Papá Noel le entregó tres monedas de chocolate. La mujer se quedó mirando las monedas.

—Son de chocolate —le explicó Papá Noel.

La mujer retiró el papel de una de las monedas. Y comió el chocolate. Cerró los ojos y se quedó un buen rato sin hablar de tanto que estaba disfrutando del chocolate.

—Oh, este chocolate está buenísimo.

—Lo sé. Y estas monedas valen también como dinero.

La mujer se echó a reír.

—¿Dónde?

—En el norte.

La castañera se quedó un instante pensando.

—¿En Manchester?

—No. Más lejos... Pero ahora eso da igual. Mire, las castañas no me interesan en este momento. Estoy buscando a una niña. Se llama Amelia Desealotodo. Es... es... una amiga de la familia y ha desaparecido. Tiene un gato negro.

—A lo mejor está viviendo en la calle, con un poco de suerte.

—¿Con un poco de suerte? ¿Es una suerte vivir en la calle?

Papá Noel recordó los tres meses que su tía Carlotta lo había tenido durmiendo a la intemperie cuando era un niño, y lo mucho que le había costado encontrar un lugar donde estar caliente y poder descansar durante su viaje al Lejano Norte. Aquellas noches al raso seguían produciéndole pesadillas.

—O también podría estar muerta, claro. ¿Cuántos años tiene?

—Diez.

—Diez es una buena edad. Por aquí ya se considera bastante mayor. Podría haber muerto por causas naturales.

—¿Con diez años?

—La muerte no es lo peor que le puede pasar a un niño que ronde por aquí. —Ahora sí que Papá Noel estaba confuso de verdad. Y muy preocupado.

—¿Lo dice en serio? ¿Qué hay peor que la muerte?

La cara de la mujer se puso más blanca de lo que ya lo estaba (¡y era muy blanca!). Meneó la nariz, como si estuviera a punto de estornudar y no lo consiguiera. Y entonces, abrió mucho los ojos y adoptó una expresión de terror.



—El hospicio —dijo.

Papá Noel frunció el entrecejo.

—¿Qué es un hospicio?

—Un lugar espantoso. Espantos. Espantoso. —Y se estuvo un buen rato diciendo «espantoso»—. Es donde llevan a los pobres. Yo pasé una buena temporada en uno de ellos. Dicen que lo hacen por tu bien, pero no es así.



No es así. No es así... Conseguí salir, aunque me llevó años. Los hay que no tienen tanta suerte.

—¿Y en qué hospicio podría estar?

—Hay muchos. El hospicio de Old Kent Road. El de Gracechurch. El de Bread Street. El Hospicio Smith. El Hospicio Terror. El Hospicio Allhallows. El de Dowgate. El de Saint Mary-leBow. El Hospicio Jones...

Le dio una lista con tantos nombres que Papá Noel no sabía por dónde empezar.

—Pero espero que no esté en ninguno de ellos.

—Pues sí —dijo Papá Noel—. Esperemos.

De pronto, el rostro de la mujer se iluminó con un recuerdo, como la luz del sol cuando se refleja en la calle.

—¿Dice que tenía un gato negro, señor?

—Sí, con una mancha blanca en la punta de la cola.

La castañera dio una palmada.

—Espere. Ahora que lo menciona, sí que vi una niña con un gato. ¡Hace justo un año! Quería alojarse en mi casa, y me sentí muy culpable por tener que decirle que no. Pero es que tengo un problema con los gatos y mi casa... Bueno, la verdad es que en mi casa no cabe nadie. Incluso un duende tendría dificultades para caber ahí.

—Lo dudo —dijo Papá Noel—. ¿Y sabe dónde fue?

—Le preocupaba que acabaran mandándola a un hospicio.

—Oh, no.

—La envié a la Catedral de San Pablo. A ver a la vieja señora TodocorazónTodocorazón. A mí me ayudó de joven, cuando tuve problemas. Me llamo Bessie, por cierto. Bessie Smith.

Pareció quedarse a la espera de que Papá Noel le dijera su nombre, pero no lo hizo.

—Ayúdeme a recordar. Mi magia no es... Quiero decir, que mi memoria ya no es la que era... ¿Por dónde queda San Pablo?

Pero justo en aquel momento, la castañera se quedó paralizada.

Totalmente inmóvil, igual que el humo que salía de la sartén de las castañas.

—Gracias —dijo Papá Noel, aun sabiendo que no podía oírlo.

Y echó a correr hacia la dirección que apuntaba el dedo congelado, con la intención de llegar a su destino antes de que el tiempo se pusiera de nuevo en marcha.

El gato

n cuanto Papá Noel llegó a la catedral, e intentó localizar a la señora TodocorazónTodocorazón. El tiempo se había puesto otra vez en movimiento y había por allí varias ancianas. De hecho, no había nadie más excepto ellas. Y las palomas.

Entonces se fijó en una anciana encorvada sentada en un banco.

—¿Es usted la señora TodocorazónTodocorazón?

La mujer miró a Papá Noel como si estuviera confusa.

—No, soy una paloma.

—Pues yo diría con casi total seguridad que es usted humana.

La mujer estalló en carcajadas y rio con tanta fuerza que se cayó del banco y le aterrizó una paloma encima.

Se acercó entonces otra mujer. Tenía la cara arrugada como una nuez.

—No le haga caso a Janey. Ha estado bebiendo jerez, lo cual es perdonable, puesto que estamos en Navidad.

—¿Es usted la señora TodocorazónTodocorazón?

—No —respondió la mujer—. La señora TodocorazónTodocorazón está en la cárcel. La policía la pilló robando pudines de Navidad junto con su banda de chicas ladronas.

Papá Noel hizo un gesto de asentimiento, dándose por enterado. Le asaltó un pensamiento de preocupación, pero lo rechazó de inmediato. Amelia no era una ladrona.

—Estoy buscando a una niña llamada Amelia. Amelia Desealotodo.

—No me suena de nada.

Y justo cuando pronunció el verbo «sonar», empezaron también a sonar las campanas de la iglesia y la anciana que seguía en el suelo se echó a reír de nuevo. La paloma que le había aterrizadó antes encima emprendió el vuelo, asustada.

Papá Noel se sentó en otro banco, más próximo al río. El agua, que quedaba fuera del juego del tiempo, estaba a la espera de que los copos de nieve detenidos cayesen en su superficie para engullirlos.

La niña había desaparecido hacía ya un año y podía estar en cualquier parte. ¡Un año! ¡Quizá fuera ese el motivo por el cual la esperanza se había perdido! ¡Quizá fuera por eso por lo que se había producido el ataque de los troles! Y también la razón por la cual la aurora boreal apenas había brillado...

Papá Noel cerró los ojos e intentó pensar. Los sentidos no le funcionaban correctamente. Abrió otra vez los ojos y pensó que el río estaba bellísimo.

Recordó una cosa que le había dicho en su día Papá Topo.

«La magia se puede encontrar en cualquier parte, siempre y cuando sepas cómo buscarla».

—La magia está también aquí —se dijo Papá Noel.

Y donde había magia, había esperanza. Se fijó en las aguas del río, que estaban de nuevo en movimiento, olitas que recordaban las arrugas en la piel de los ancianos. Papá Noel formuló un deseo: que alguien lo guiara hasta donde estaba Amelia. Y entonces, justo en aquel momento, por encima del sonido del viento, se oyó otra cosa.

Un miau.

¡Un gato! Sentado a su lado, en el banco. Un gato negro. El gato más negro que Papá Noel había visto en su vida, que parecía hecho del mismo material que la noche.

Con la excepción de un poquitín de pelo blanco al final de la cola.

—Espera un momento —dijo Papá Noel. Había visto aquel gato hacía dos Navidades, mientras repartía regalos—. Yo a ti te conozco.

Pero el tiempo se había puesto en movimiento y el gato también.

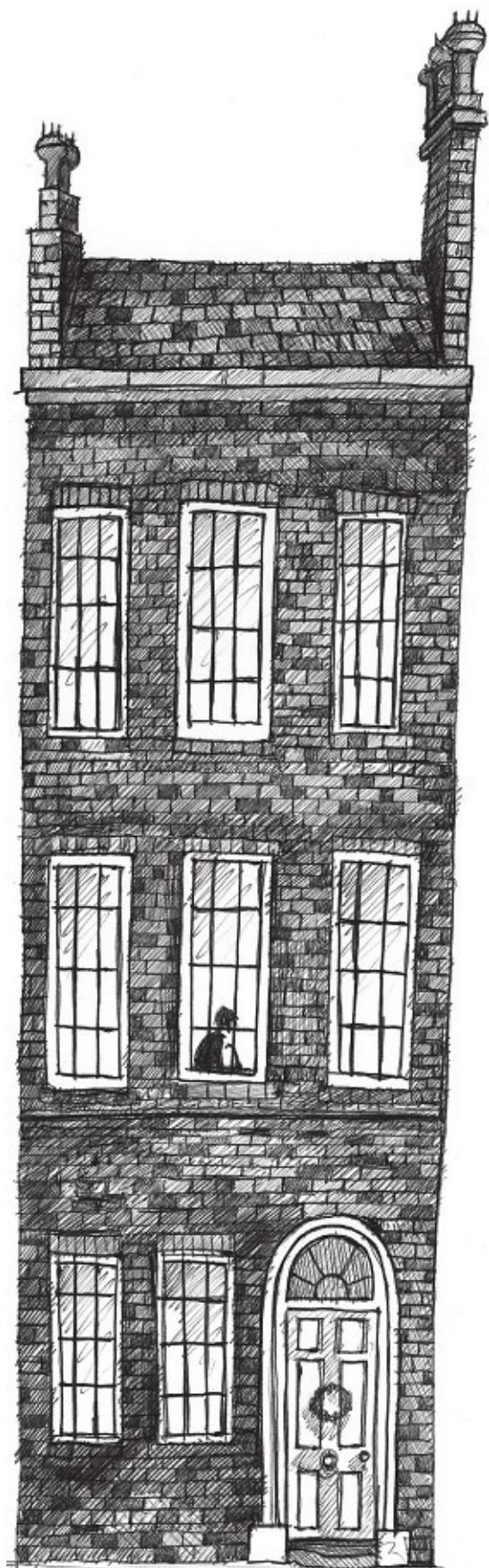
Con la cola levantada apuntando al cielo, *Capitán Hollín* echó a correr, alejándose del río y de Papá Noel.

Papá Noel lo siguió.



El 48 de Doughty Street

El gato negro se paró por fin delante de una puerta de lo más elegante que pertenecía a una casa de lo más elegante situada en una calle de lo más lujosa. La calle estaba tranquila, con la excepción de un hombre y una mujer. El hombre llevaba sombrero de copa y tenía un bigote fino salpicado por la nieve, mientras que la mujer lucía un vestido largo de tejido brillante que casi rozaba el suelo y que estaba diseñado para que pareciera que su trasero sobresalía un kilómetro a sus espaldas. O a lo mejor era que realmente su trasero sobresalía un kilómetro a sus espaldas. Aquella parte de Londres no se parecía en nada a Haberdashery Road. Todo tenía un aspecto caro y tranquilo, como si la tranquilidad fuese algo que se tuviese que pagar con dinero. Las casas eran altas y espaciosas y estaban algo apartadas de la calle, con puertas a las que se accedía después de subir unos cuantos peldaños. Era como si los edificios se hubiesen enfadado con la acera y pedido no relacionarse nunca jamás con ella. La pareja rio al ver la vestimenta de Papá Noel. Era evidente que habían bebido más jerez de la cuenta en la fiesta de Navidad en la que habían estado.



—Se parece un poco a ese hombre de rojo tan agradable que repartió un montón de regalos hace ahora dos años —dijo la mujer—. ¿Cómo se llamaba, lo recuerdas, Lionel? ¿Lord Navidad? ¿Señor Pudín? ¿Tío Chimenea? ¿Papá Barriguitas?

El hombre soltó una risotada. Una risotada era un tipo de risa especial que se había popularizado enormemente entre la gente elegante del Londres vitoriano. Sonaba un poco como una risa humana normal y corriente combinada con un relincho de caballo.

—Oh, Petronella, qué ocurrente y graciosa eres.

A Papá Noel le gustaba ver reír a la gente. Aunque se rieran de él.

—Feliz Navidad —dijo.

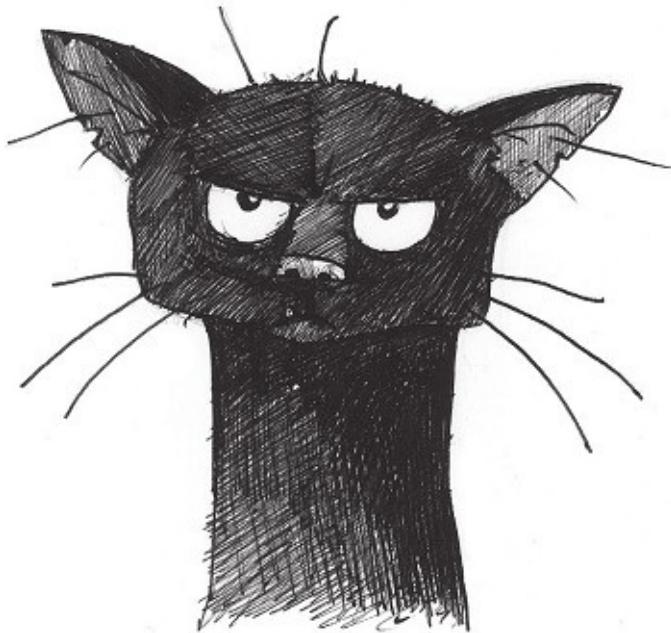
Y la pareja le respondió con un «Feliz Navidad» envuelto en risas, pero como que el tiempo se estaba ralentizando de nuevo, sonó algo así como «F-e-l-i-z-N-a-v-i-d-a-d».

Entretanto, el gato estaba emitiendo un «miau» muy, muy lento, pidiendo que lo dejaran entrar. Y mientras el animal miraba fijamente la elegante puerta negra adornada con una guirnalda navideña, Papá Noel aprovechó para tomar nota de la dirección: el 48 de Doughty Street. Vio que la casa tenía tres plantas y, a través de una ventana espaciosa de la intermedia, vislumbró a un hombre aún levantado aquellas horas y que escribía detrás de una mesa de despacho. El hombre se percató entonces de la presencia de Papá Noel y del gato y muy, muy lentamente, desapareció del despacho. Papá Noel se fijó en que la nieve empezaba a caer a velocidad normal y, unos instantes después, el hombre abrió la puerta.

—Pasa, *Capitán Hollín* —le dijo al gato, y le abrió la puerta de par en par. El gato entró enseguida.

Era un hombre bajito, por tratarse de un humano, pero aun así doblaba como mínimo el tamaño de un elfo. Tenía una minúscula barba negra que le cubría la barbilla e iba vestido con una chaqueta de color morado y pantalones de rayas. Sujetaba una pluma en la mano. En una ciudad tan oscura y tenebrosa como era Londres, aquel hombre era todo color y alegría, como una flor en un charco. Y mientras *Capitán Hollín* se restregaba contra sus piernas, estudió a Papá Noel con una mirada inteligente.

—Qué mayor regalo que el amor de un gato —le dijo al desconocido vestido de rojo, y lo dijo con grandiosidad, gesticulando, como si fueran unas palabras increíblemente importantes y estuviera declamando en un escenario.



Papá Noel sonrió y asintió. Le gustaba aquel hombre y su chaqueta morada.

—El amor de un reno tampoco está nada mal —dijo.

—Bueno, la verdad es que de renos sé poco, pero me fío de usted. Le deseo Feliz Navidad.

Papá Noel decidió ir directo al grano al ver que el hombre se disponía a cerrar la puerta.

—Estoy buscando a una niña que se llama Amelia Desealotodo. Este gato era suyo.

La puerta se abrió de nuevo. El hombre estaba intrigado.

—¿Y quién pregunta por ella a la una de la mañana de la víspera de Navidad?

—Un amigo de la familia.

—¿Y amigo también de los renos?

—Intento ser amigo de todo el mundo.

—¿Y cómo se llama usted? Yo me llamo Charles Dickens.

—Oh, sí —dijo Papá Noel—. Sé quién es usted.

—Por supuesto que lo sabe.

—He regalado muchos de sus libros. —Papá Noel comprendió que aquel hombre podía ayudarle, pero sabía que nadie lo ayudaría si no se fiaba de él y también que el camino hacia la confianza pasaba por decir la verdad. Se acercó un poco más al umbral de la puerta para que nadie pudiera oírlo—. Soy Papá Noel.

Charles Dickens rio con nerviosismo.

—Soy escritor de novelas de ficción, pero eso no significa que crea en ella.

Papá Noel se esforzó por recordar los niños que vivían allí. Le llevó unos instantes, pero sabía que la información estaba almacenada en algún rincón de su cerebro.

—¿Le... le gustaron a Charley las monedas de chocolate? ¿Y a Kate? ¿Le gustaron los lápices que le regalé? ¿Y le gustaron los soldaditos de plomo al pequeño Walter?

—¿Cómo diantres sabe todo eso? —preguntó el señor Dickens.

—Porque estoy diciéndole la verdad. Y siento mucho molestarle a estas horas de la noche, siendo además Navidad, pero se trata de un asunto muy importante. Mire, en el ambiente no hay magia suficiente para poder detener el tiempo, y, cuanto más tarde sea, menos probable será que pueda repartir todos los juguetes antes de que se haga de día. Además, sin magia, volar en trineo es muy peligroso. Los renos no son pájaros: si no hay la cantidad de magia necesaria, se caen del cielo, así de simple. Por eso necesito recuperar la magia. Y para que se recupere la magia, tiene que haber más esperanza. En otra ocasión, en un momento en que también necesité más magia, hubo una criatura cuya esperanza fue tan fuerte que la puso en movimiento. Una niña. La magia de Amelia me ayudó a viajar desde Elfhelm, que es el lugar donde viven los elfos.

Charles Dickens meneaba la cabeza con incredulidad y no podía para de reír.

—¿Elfos? Le ruego que disculpe mi hilaridad, pero es evidente que está usted loco como un cencerro. Ya sé que es Navidad, ¿pero cuántas copas de vino caliente se ha tomado?

Papá Noel ni se inmutó y continuó con sus explicaciones.

—Mire, hace dos años, todo marchó según el plan. Pero por los pelos. Había en el ambiente la cantidad de magia suficiente, pero por los pelos. Y la cantidad suficiente de esperanza, pero también por los pelos. De modo que decidí empezar con la chica que tenía más esperanza, la que más creía en la magia. Fue ella quien nos puso a mis renos y a mí en camino, quien lo hizo posible. Jamás ha existido una criatura tan llena de esperanza. Bastó con ella para inundar el mundo entero. Pero ahora esa esperanza ha desaparecido.

Charles Dickens se estaba secando los ojos con un pañuelo.

—Un cuento realmente triste, sí, pero sigo sin creérmelo. Toda esa historia de detener el tiem...

«Detener el tiempo».

Era lo que Charles Dickens iba a decir. Pero no lo hizo. Porque, una vez más, el tiempo se había detenido. Papá Noel comprendió que era la oportunidad ideal para convencerlo. Colocó su gorro rojo con remate de piel blanca en la cabeza de Charles Dickens.

Retrocedió cinco pasos, se quedó en medio de la calle y esperó a que el tiempo se pusiera de nuevo en marcha.

Y así sucedió.

Charles Dickens se quedó boquiabierto al ver que Papá Noel estaba en la calle.

—¡Cielos! ¿Cómo diantres ha hecho usted eso?

Papá Noel señaló entonces el gorro que el señor Dickens ni siquiera era consciente de que llevaba en la cabeza.

—Un gorro precioso —dijo Papá Noel.

Charles Dickens estaba tan sorprendido que incluso se le cayó la pluma al suelo. Abrió y cerró la boca como un pez. Hasta que por fin lo comprendió.



—¡Bendita sea! ¡Ha sido por arte de magia! ¡Es usted de verdad Papá Noel! Esto es extraordinario, más que extraordinario, de hecho. —Le tendió la mano—. Conocer a alguien que es casi tan famoso como yo es un placer incommensurable.

—Pero le pido por favor —dijo en voz baja Papá Noel, estrechándole la mano— que no lo comente con nadie.

—Por supuesto, estese tranquilo. Entre, entre.

Papá Noel pasó los diez minutos siguientes en compañía de Charles Dickens en el salón de su casa. Estaban prácticamente en penumbra, con la única iluminación de una vela, pero era una estancia muy agradable y bebieron una copa de vino caliente. Que seguía aún caliente.

Y así fue como Papá Noel se enteró de que habían enviado a Amelia al Hospicio Terror, «el peor hospicio de Londres».

—Tengo que sacarla de allí.

—¿Qué? ¿Ahora mismo?

—Por supuesto —dijo Papá Noel—. Si queremos salvar la Navidad, tiene que ser esta misma noche. No podemos perder ni una Navidad más. Si la perdemos dos años seguidos, será imposible recuperar la esperanza. —Y entonces cayó en la cuenta de que el tiempo llevaba diez minutos sin detenerse—. Tengo que irme, de verdad. En menos de cinco horas, los niños empezarán a despertarse.

—Pero espere un momento —dijo Charles Dickens—. Necesitará un plan. Y también un disfraz. Si tal y como dice la magia está empezando a fallar, no puede colarse como un ladrón por una chimenea y llevársela de allí. Y además, ¿qué piensa hacer luego con ella? ¿Dónde irán? ¿Y qué pasará si resulta que ya no está allí?

Demasiadas preguntas. Preguntas que empezaron a dar vueltas como moscas alrededor del cerebro de Papá Noel.

—Creo que va a ser imposible —dijo Charles Dickens.

—Esa palabra no existe —replicó Papá Noel, justo en el momento en que *Capitán Hollín* daba un salto para instalarse en su falda.

Charles Dickens se echó a reír.

—Por supuesto que existe. Hay muchas cosas imposibles. Como escribir una novela cuando no se te ocurren ideas. —La risa se transformó en un suspiro—. Es desesperanzador.

Papá Noel puso muy mala cara.

—Desesperanzador e imposible. Las peores palabras del mundo.

—Llevo cinco semanas sentándome a diario en mi despacho intentando pensar en un nuevo relato, pero mi mente es como un erial vacío. La tristeza se ha apoderado de mí. Al público le encantó mi última novela y ahora me preocupa ser incapaz de volver a escribir otra. En este momento, mi mente está inmersa en una niebla similar a la que cubre el río Támesis en marzo. No tengo ni idea de sobre qué escribir.

Papá Noel sonrió.

—¡Navidad! ¡Tendría que escribir sobre la Navidad!

—Escribir un libro lleva muchos meses. ¿Cómo quiere que siga escribiendo sobre la Navidad en marzo, por ejemplo?

—La Navidad no es una fecha, señor Dickens. La Navidad es un sentimiento.

Papá Noel vio que los ojos del escritor se iluminaban como las ventanas por la noche.

—¿Una historia sobre la Navidad? ¡Pues no es tan mala idea!

—¿Lo ve? Lo imposible no existe.

Charles Dickens bebió un sorbito de su copa de vino.

—De acuerdo, pues, y además se me ha ocurrido una idea. Podría hacerse pasar por un inspector nocturno. En los hospicios suele haber inspecciones, y normalmente cuando menos esperan que haya una inspección. Como por la noche, por ejemplo. O por Navidad. Pero para eso va a necesitar un disfraz. Le ayudaré. Le prestaré algo de ropa.

Papá Noel se puso los pantalones negros más largos que fue capaz de encontrar. Le iban tan estrechos que, cuando se los probó, el botón de arriba salió disparado y le dio en el ojo a Charles Dickens.

Capitán Hollín se partió de la risa, pero, al ser una risa de gato, nadie se enteró.

—Le daré también un cinturón, y el abrigo más largo que tengo —dijo Charles Dickens—. Parecerá casi una persona normal. En cierto sentido, claro.

—Así es. Muchas gracias por todo, señor Dickens. Y ahora, voy a ir tirando. Tengo que encontrar a Amelia y repartir regalos a 227.892.951 niños antes de que amanezca.

—Una cifra muy elevada —dijo Charles Dickens—. Casi tan elevada como la de las ventas de mis libros. Buena suerte, Papá Noel. Espero que logre encontrar a Amelia. Y dele esto, por favor, si consigue localizarla. —Charles Dickens le entregó un ejemplar de *Oliver Twist*—. Pásese por aquí el año que viene cuando esté de reparto, ¿lo hará?

—Por supuesto.

Papá Noel se fijó entonces en el gato negro con la punta de la cola blanca, que estaba mirándolo desde las zapatillas de Charles Dickens, y cayó en la cuenta de que le quedaba aún una pregunta más que formular.



El inspector nocturno

inalmente, Papá Noel llamó a la siniestra puerta del Hospicio Terror. Era tan grande que habría podido ser perfectamente la puerta de un castillo. Al cabo de un buen rato, alguien acudió a abrirla. Era el señor Hobble, el portero. El señor Hobble tenía más o menos el tamaño de un elfo, y una joroba, pero los brazos muy gruesos y las manos grandes y fuertes.

Levantó la vista hacia Papá Noel, cuya cara le quedaba realmente muy lejos.

—¿Qué pasa?

Se produjo un prolongado silencio. Papá Noel se quedó a la espera de que dijera alguna cosa más, pero no ocurrió nada.

—Me llamo señor... —De pronto, Papá Noel cayó en la cuenta de que no había pensado ningún nombre—. Señor Beljuro. Soy inspector.

El señor Hobble se quedó mirando el barrigón de Papá Noel y sus pantalones ceñidos.

—¿Inspector? Pues no parece usted un policía.

—¿Por qué lo dice? —replicó Papá Noel—. ¿Qué parezco?

El señor Hobble meditó su respuesta.

—Un pudín gigante con cara humana.

—Pues no soy ningún pudín. Ni soy un inspector de policía. Soy un inspector de hospicios. Y estoy aquí para inspeccionar este hospicio.

—El señor Terror no ha mencionado nada sobre una inspección.

—Precisamente porque es una inspección sorpresa.



—Pues lo siento mucho, señor Conjuro, pero...

—Beljuro.

—No puede pasar.

—Está cometiendo un grave error —le dijo Papá Noel al señor Hobble—. Cuando el señor Terror se vea obligado a cerrar el hospicio por haberme denegado esta inspección, ¿quiere que le eche toda la culpa usted?

El señor Hobble se quedó blanco.

—De acuerdo. Pasé usted, señor Cloruro. Y está usted de suerte, ya que el señor Terror se encuentra hoy en el establecimiento.

Papá Noel se puso más blanco que el señor Hobble.

—¿Qué? ¿Dice que está aquí el señor Terror? Pero sí es de noche. Y es Navidad.

—Precisamente por eso —replicó el señor Hobble—. Hace dos años, un ser malévolos entró en el hospicio e intentó corromper a los niños con juguetes. Y el señor Terror ha decidido montar guardia para asegurarse de que no vuelva.

Papá Noel tragó saliva.

—Oh —dijo—. Estupendo. Buena idea. Nada de juguetes ni cosas agradables. Por supuesto.

Por lo tanto, antes de fingir que tenía que inspeccionar el hospicio, Papá Noel se vio obligado a reunirse con el señor Terror, que lo recibió en su despacho, sin parar de dar golpecitos a la cabeza de su bastón con sus dedos largos y huesudos. A Papá Noel le caía bien prácticamente todo el mundo, pero ya de entrada vio que sería muy difícil que acabara llevándose bien con el señor Terror.

—Veamos —dijo el señor Terror. Y durante un buen rato no dijo nada más. Dejó la palabra flotando en el aire, que sonó en su boca tan amarga como su aliento—. Veamos, señor Beljuro... Dice usted que es inspector. ¿Y para quién trabaja?

Papá Noel reflexionó unos instantes su respuesta. Se fijó entretanto en la marca de un mordisco que tenía el señor Terror en la mano. Por el tamaño de la cicatriz rosada, era evidente que había sido el mordisco de un niño.

—Para el gobierno británico. Y... y para la reina.

El señor Terror esbozó lentamente una sonrisa.

—Lo dudo. Mire usted, hace diez años que dirijo este hospicio. Es decir, dirijo este hospicio desde que empezó a haber hospicios. Y puedo asegurarle, sin ningún género de duda, que usted no es inspector. Los inspectores no visten ropa tan ceñida ni huelen a vino caliente. Usted es un impostor. No un inspector. Y, por lo tanto, he mandado al señor Hobble a comisaría para que hable con mi amigo, el agente Fisgón, que en breve se presentará aquí para arrestarlo y encerrarlo por haber falseado su identidad.



Papá Noel no se había sentido tan nervioso desde que era niño. La magia siempre le había servido como red de seguridad, pero aquí, en el mundo humano y con la magia deteriorada, no tenía nada que lo protegiera.

—¡No estoy falseando mi identidad!

El señor Terror se acercó a Papá Noel. Tenía la piel seca y grisácea, la nariz partida y torcida, unos labios casi negros, y su aliento apestaba a alcantarilla.

—Usted no es inspector de hospicios y, además, creo firmemente que señor Beljuro no es su nombre real. ¿Sabe una cosa? Trabajar aquí, con toda la chusma de Londres, me ha enseñado a oler las mentiras de lejos.

Papá Noel se preguntó cómo podía oler algo con un aliento tan pestilente, pero no dijo nada. Se limitó a permanecer quieto mientras la nariz del señor Terror se agitaba con un tic nervioso.

—Sí. No tengo la menor duda. En esta habitación huele a mentira. Y de ser así, estaría usted cometiendo un crimen muy grave por fingir que trabaja para la reina. Gravísimo, de hecho. Castigado con pena de muerte. —Papá Noel tragó saliva—. ¡De modo que, a menos que lleve en el bolsillo una carta firmada personalmente por Su Majestad la reina Victoria, se habrá metido en un problema muy gordo!

¿Una carta de la reina Victoria? ¡Pues claro! Eso era justo lo que Papá Noel tenía. Así que introdujo la mano en el bolsillo y le entregó la carta. El señor Terror estudió con detalle la caligrafía y el sello real y siguió estudiándolo, estudiándolo y estudiándolo hasta que acabó forzando una sonrisa, ladeando la cabeza y tendiéndole a Papá Noel una de sus manos huesudas.

—¡Pues muy bien, señor Beljuro! Encantado de conocerlo. Siento mucho este pequeño malentendido. ¿Cuándo desea iniciar la inspección?

—Ahora mismo —dijo Papá Noel.

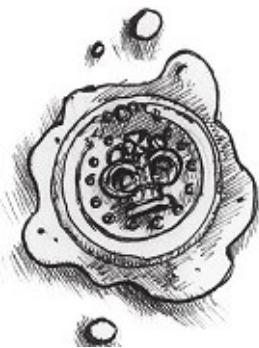
El señor Terror abrió los ojos de par en par.

—¿Ahora... mismo?

—Sí.

Y el señor Terror no pudo hacer otra cosa que pensar en la carta de la reina, forzar un gesto de asentimiento y decir:

—Pues muy bien, empecemos, ¿le parece bien?



Un lugar fantasmagórico

 El hospicio era un lugar oscuro incluso de día, de modo que de noche la sensación era como de estar paseando por un edificio hecho de sombras. En pasillos y vestíbulos había alguna que otra lámpara de aceite, pero daban muy poca luz.

—Estoy seguro de que sabrá de sobras, señor Beljuro, que un hospicio no es un hotel —dijo el señor Terror mientras caminaban por uno de aquellos oscuros pasillos—. Está diseñado para que sea lo más triste posible.

—¿Y por qué tendría que ser un lugar triste?

—La vida es dura, señor Beljuro. Solo un lerdo pretendería engañar a la gente haciéndole creer otra cosa.

Entonces, Papá Noel oyó algo. Un sonido arriba. Pasos.

—¿Qué ha sido eso?

El señor Terror sonrió.

—Mire usted, resulta que hace dos años tuvimos otro visitante que también llegó por sorpresa a medianoche: Papá Noel. Y cuando se hubo marchado después de haber entrado furtivamente en el edificio, confiscamos todos y cada uno de los regalos que había dejado. Y esta noche, por motivos de seguridad, he decidido contratar trabajadores de refuerzo. Así que tenemos de guardia no solo a la cocinera y a los que están castigados a hacer vigilancia nocturna, sino también a una patrulla de hombres.

Papá Noel se puso colorado de rabia y se vio obligado a morderse la lengua para no decir nada inadecuado. Se giró hacia el señor Terror y le preguntó:

—¿Me permite dar una vuelta por el resto de sus instalaciones?

—Por supuesto.

Y al ver que el señor Terror seguía acompañándolo, Papá Noel añadió:

—Yo solo, si no le importa.

Papá Noel vio que el señor Terror iba a ponerle alguna objeción, pues sus labios se estremecían como un gusano moribundo. Era evidente que se

acordaba del sello del visto bueno de la reina que le había mostrado el señor Beljuro y fue por eso que dijo:

—Por supuesto que no me importa. Inspeccione, inspeccione tranquilamente.

Papá Noel siguió caminando, sin detenerse a escucharlo. Y empezó a recordar aquellos pasillos y habitaciones de la visita que había hecho hacía justo dos años a aquel mismo lugar. Pasó por delante de una anciana de aspecto frágil que fregaba el suelo y se preguntó por qué estaría limpiando a aquellas horas.

—¿Está usted de guardia por si aparece Papá Noel? —le preguntó a la anciana.

—No, señor. Tengo que dejar el suelo limpio y reluciente para que el señor Terror pueda mirarse en él como si fuera un espejo. Y ahora me toca trabajar por las noches porque me porté mal.

—¿Y qué maldad cometió para recibir un castigo de este calibre?

—Bostecé mientras el señor Terror estaba hablando.

Papá Noel pasó entonces junto a un chico que estaba colgado boca abajo por los cordones de sus zapatos, que a su vez estaban atados a una tubería que recorría el techo.

—¿Y tú, qué crimen has cometido? —le preguntó Papá Noel.

—Resulta que no me até bien los cordones de uno de mis zapatos y como castigo tengo que permanecer así hasta que se haga de día.

Vio tres chicos más. Adolescentes, altos. Estaban de pie junto a la chimenea, armados con ladrillos, cuchillos afilados y un atizador al rojo vivo. El fuego estaba encendido.

—¿Quién anda ahí? —preguntaron cuando Papá Noel se aproximó a ellos.

—Soy el señor Beljuro. Y soy inspector nocturno. Tengo una carta de la reina. —Les oyó la carta de la reina—. Y por eso es mi obligación preguntaros qué hacéis aquí.

—El señor Terror nos ha ordenado que montemos guardia toda la noche —respondió el chico armado con el atizador—, y que, si vemos a Papá Noel, lo capturemos y le marquemos el trasero con esto.

Papá Noel tragó saliva y fijó la vista en el atizador al rojo vivo.

—Ya os avisaré si lo veo.

Papá Noel sabía que lo más probable era que Amelia estuviera en la zona de dormitorios. Se acordaba del lugar donde estaban porque allí había dejado los regalos hacía dos años. Regalos que, por lo visto, fueron confiscados antes de la hora de desayunar y que los niños no disfrutaron.

Llegó al comedor, un espacio grande, vacío y especialmente fantasmagórico. Era un lugar frío y con tremendas corrientes de aire, con paredes mohosas y siniestras ventanas altas desde las que se atisbaban nubarrones oscuros. Papá Noel oyó un sonido metálico procedente de la estancia contigua y, de puntillas, se acercó para echar un vistazo y ver qué había allí.

Era la cocina. Las encimeras estaban ocupadas con grandes cacerolas llenas de una bazofia de color grisáceo.

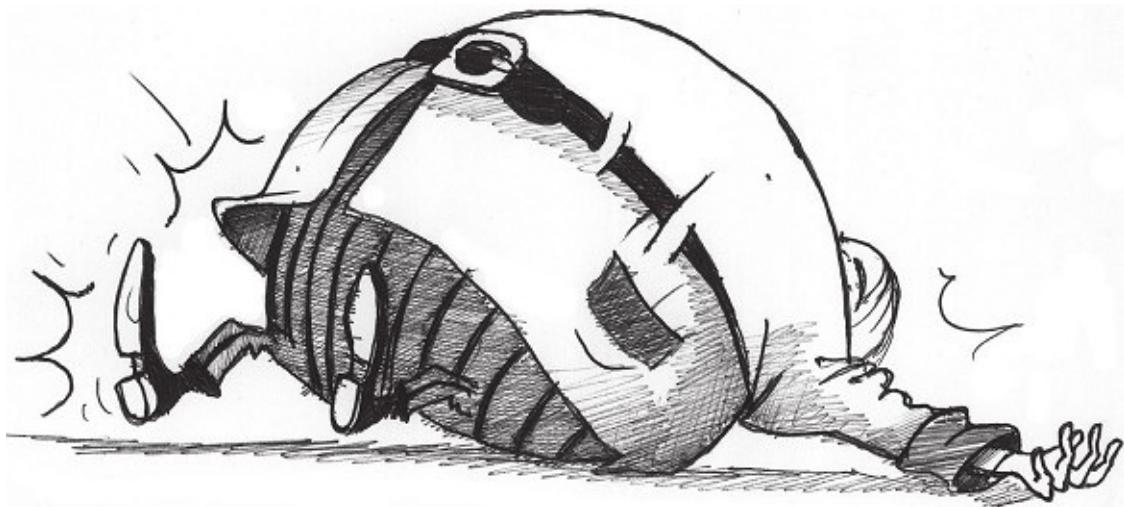
E iluminada por la luz de una lámpara de aceite, vio una cocinera. Estaba junto a los fogones, vestía el uniforme de los internos, un vestido marrón de arpillería, y removía el contenido de una olla.

Abrió con cuidado la puerta de la cocina y entró.

—Hola —la saludó Papá Noel.

La cocinera se giró en redondo y contuvo un grito. Cogió rápidamente una sartén que había colgada en un gancho y se la arrojó a Papá Noel, que, por suerte, consiguió apartarse a tiempo de la trayectoria de la sartén. Pero entonces, la mujer le lanzó otra, y esta sí que le dio con fuerza en la frente. Papá Noel se preguntó por qué la cocina había empezado a dar vueltas. Y entonces, de repente, todo se quedó a oscuras.

Lo siguiente que recordaba Papá Noel era que estaba tumbado boca arriba en el suelo y mirando fijamente un jamón que colgaba del techo.



Un poco de magia

 La mujer se inclinó sobre Papá Noel. Tenía las mejillas sonrosadas como una manzana y la cara redondeada, una forma que se acentuaba más si cabe por el moño con que recogía su pelo. Sus ojos brillaban con lucecitas. Papá Noel recordó que Papá Topo le había contado que la bondad de las personas se adivinaba gracias a las lucecitas que brillaban en los ojos, pero las lucecitas de los ojos de aquella mujer parecían más de rabia que de bondad.

—¿Quién es usted? —preguntó la cocinera—. ¿Qué hace irrumpiendo aquí a medianoche sin invitación previa y con esos pantalones tan ajustados?

Hubo algo en la manera de formular las preguntas de aquella mujer que impulsó a Papá Noel a responderle con la verdad, sin pensárselo dos veces. Por mucho que lo hubiera dejado sin sentido con una sartén, tenía una cara que inspiraba confianza.

Así que se lo contó.

—Soy Papá Noel —dijo.

La mujer se echó a reír.

—¡Y yo el Hada Madrina!

Papá Noel sonrió.

—¡Ah! ¡Hola, Hada Madrina!

Las carcajadas de la mujer subieron de volumen. Resultaba agradable oír risas en un lugar tan lúgubre como aquel.

—¿De verdad se ha creído que soy el Hada Madrina?

—¿Por qué no? Acaba de decírmelo.

—Pues no lo soy.

Entonces el que se echó a reír fue Papá Noel. Se había olvidado por completo de lo peculiares que podían llegar a ser los humanos.

—Pues yo sí que soy Papá Noel. Pero no se lo diga a nadie.

La mujer se quedó perpleja.

—¿Y por qué me lo dice a mí?

—No lo sé. Pero hablo muy en serio.

—¿Y entonces qué hace espiando cocineras que tienen que trabajar de noche en vez de estar por ahí repartiendo regalos?

—Es una historia muy larga.

La cocinera nunca había visto un rostro que inspirara tanta confianza como el que tenía delante en aquellos momentos. ¡Pero mira que decir que era Papá Noel! Había oído contar que Papá Noel recorría el mundo entero volando en una sola noche. ¿Cómo era posible que aquel hombre gordo con barba blanca fuera capaz de hacer eso?

—Pues haga un poco de magia —dijo—. A ver si adivina cómo me llamo.

Papá Noel se quedó pensando. Se llevó la mano a la frente, donde le estaba saliendo un chichón.

—La cuestión es... que los niveles de magia están muy bajos. Por eso estoy aquí.

—Excusas. Adivine cómo me llamo.

—¿Jenny?

—No.

—¿Lizzie?

—No.

—¿Rose?

—Tampoco.

—¿Hattie? ¿Mabel? ¿Viola? ¿Cedric?

—No, no, no, no. Y Cedric es nombre de chico, además.

—Oh, sí. Es verdad. Lo siento. Simplemente iba soltando nombres.

La mujer puso mala cara.

—No. La verdad es que me parece que usted de mago no tiene nada. Tiene más magia un trozo de carbón. Y ahora, caballero, por favor, si se marcha podré seguir trabajando. El señor Terror se enfadará mucho si me encuentra aquí charlando con usted. Sobre todo si se empeña en seguir insistiendo en que es Papá Noel. Nos hará picadillo a los dos.

—El señor Terror cree que me llamo señor Beljuro y que estoy aquí, autorizado por la reina, para llevar a cabo una inspección nocturna sorpresa. Pero le digo la verdad. Estoy aquí buscando a una niña. Sin ella, tal vez sea imposible salvar la Navidad... Mire, todo gira en torno a la esperanza. Y necesito encontrar a la niña que hace dos años tenía toda la esperanza del mundo.

Miró fijamente a la cara de la cocinera y vio que las luces de enfado empezaban a parecerse algo más a luces de bondad. Pensó que tal vez llevaba tanto tiempo alejado de los humanos que comenzaba a sentirse

levemente enamorado de aquellos ojos, a sentir una especie de calidez. Y era una sensación extraña, aunque mágica, y llevaba ya tiempo sin sentir una sensación mágica. De hecho, se dio cuenta de que en el ambiente había magia suficiente como para pronunciar en voz alta un nombre que no había oído nunca.

—¡Mary Ethel Winters!

La mujer se quedó boquiabierta.

—Nunca le he mencionado a nadie mi segundo nombre.

—Nacida el 18 de marzo de 1783. Y siempre endulza el potaje para hacerlo más comestible.

La mujer no podía creérselo.

—¡Esto es de lo más peculiar!

—Y su juguete favorito de pequeña era un juego de té en miniatura. Y tenía una muñeca a la que puso por nombre Maisie en honor a su abuela.



La mujer estaba blanca.

—Pero ¿cómo sabe todo eso?

—Es simplemente un pequeño beljuro.

—¿Belju qué?

—Es un tipo de magia, Mary. Basada en la esperanza.

—Es usted un hombre de lo más extraño —replicó Mary—. Ya lo supuse por el tamaño de esos pantalones que lleva.

Papá Noel miró el jamón que colgaba del techo.

—Creía que aquí todo el mundo solo comía potaje.

—Eso es el jamón del señor Terror. Es únicamente para él y para ese amigo suyo que es policía. Los demás no podemos ni olerlo.

Entonces se oyó una voz en el umbral de la puerta. El señor Terror.

—¿Va todo bien, señor Beljuro?

—Sí, señor Terror. Solo estaba formulándole algunas preguntas a la cocinera.

—¿Desde el suelo? —preguntó con recelo el señor Terror.

Papá Noel vio que Mary estaba preocupada porque temía que le contara la verdad al señor Terror.

—Me he resbalado —dijo Papá Noel—. El suelo está tan limpio que he resbalado y me he caído.

El señor Terror miró el paquete de azúcar que había junto a los fogones.

—Señora Winters, ya veo que ha estado otra vez echando azúcar al potaje, ¿no es eso?

Mary se puso nerviosa. Ella, como todo el mundo allí, estaba aterrorizada por el señor Terror.

—Justamente estaba comentándole que me parece que añadir un poco de azúcar a la comida es muestra de gran dedicación —dijo Papá Noel—. Y voy a puntuar con muy buena nota las cocinas precisamente por eso.

Mary sonrió a Papá Noel con la mirada, la mejor sonrisa que existe, y Papá Noel sintió un cosquilleo en su interior.

La niña de abajo

inalmente, Papá Noel se incorporó.

—Y ahora, si no le importa, señor Terror, me gustaría formularle a la cocinera unas cuantas preguntas más sobre... —Miró a su alrededor. Vio una barra de mantequilla en un estante—... sobre la mantequilla.

—¿La mantequilla?

—Sí. La mantequilla debe almacenarse de un modo muy especial.

—Esperaré fuera —dijo con impaciencia el señor Terror—. ¿Me permite preguntarle, de todos modos, hasta cuándo va a durar esta inspección?

—Antes de mañana por la mañana habré terminado, no se preocupe.

En cuanto el señor Terror abandonó la cocina, Mary sorprendió a Papá Noel al preguntarle:

—¿Qué niña es?

Papá Noel comprendió entonces que por fin se creía que era Papá Noel. Su corazón se llenó de alegría.

—Una niña que me envió una carta. Se llama Amelia Desealotodo. Tiene diez años y creo que está aquí, en el Hospicio Terror.

Mary emitió una especie de gemido.

—Oh, esa niña me parte el corazón. ¡Hay que ver cómo la tratan!

—Necesito encontrarla. Mire, hay mucho en juego. Su futuro. Mi futuro. El futuro de la Navidad... ¿En qué dormitorio está?

—No está en ningún dormitorio.

—¿Qué?

—No está en ningún dormitorio. Intentó fugarse, y la han encerrado en la celda de aislamiento.

—¿Y eso qué es?

—Es una celda que hay en el sótano. Casi ni le dan comida. Y tiene que fregar el suelo. Fregar, fregar y fregar. Como Cenicienta. Yo intento pasarle comida a escondidas, pero es arriesgado. Y, si quiere que le diga la verdad, también lo es estar hablando ahora del tema.

—La ayudaré a escapar, pero es posible que necesite su colaboración.

Mary asintió. Miró a su alrededor, el espacio de la cocina.

—Puedo convertir este lugar en una trampa. Si envía...

Pero se cortó a media frase porque el señor Terror volvió a entrar.

—Señor Beljuro, imagino que ya habrá inspeccionado la cocina lo suficiente. ¿Le parece bien si salimos ahora al patio? ¿O prefiere ver antes los dormitorios?

—No, señor Terror —respondió Papá Noel—. Me gustaría ir abajo.

—¿Abajo?

—Sí, al sótano. Me gustaría ver la celda de aislamiento.

—No, me temo que eso no es posible.

—Vaya —dijo Papá Noel—. Eso no le gustará nada a la reina. No le gustará en absoluto. Podría cerrarle el hospicio por resistirse a la inspección.

El señor Terror se quedó blanco al oír la mención de Su Majestad.

—El sótano —dijo—. Muy bien. Sígame.

Cuando salieron al pasillo y empezaron a descender la escalera de piedra, Papá Noel preguntó si en aquel momento había alguien encerrado en la celda de aislamiento.

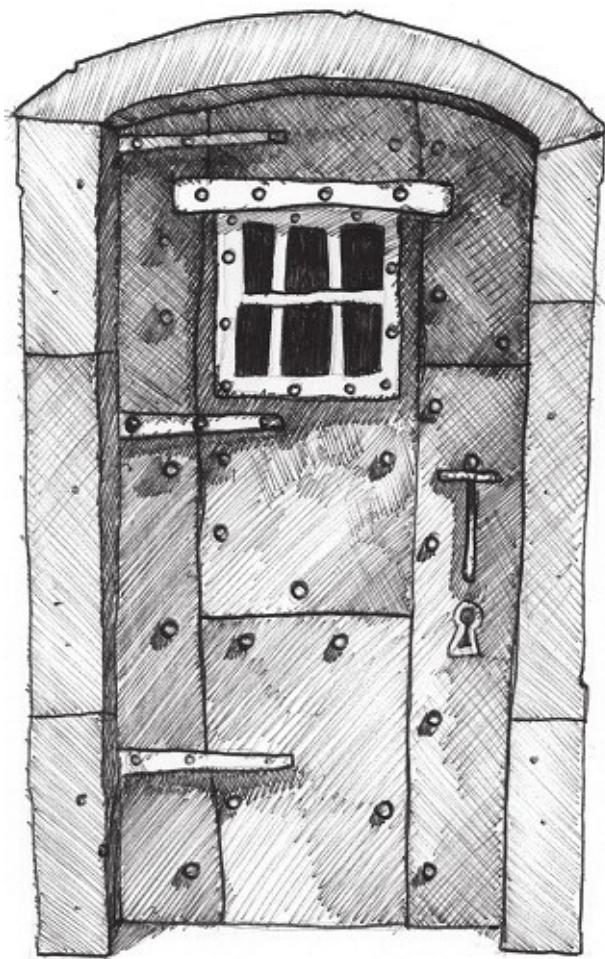
—Sí, una niña. Lleva un año en el hospicio. Llegó hecha una salvaje, no había por dónde cogerla. Pedía libros para leer y se quejaba por los baños de agua fría. Trabajaba muy lentamente. Quería mascotas para jugar y lloriqueaba porque echaba de menos a su madre. Pero estamos arreglándola.

Papá Noel intentó disimular su horror.

—¿Arreglándola?

El señor Terror guio a Papá Noel por un montón de pasadizos sin ventanas.

Y llegaron por fin. Delante de una puerta metálica con una ventanita cuadrada, protegida con barrotes, vio la celda de una cárcel. Terror introdujo la llave en la cerradura.



Una Navidad infeliz



melia llevaba tres horas fregando el suelo, pues el señor Terror lo quería bien limpio por la mañana. Estaba obsesionado con los suelos limpios, pero más obsesionado aún por hacerle la vida imposible. Se miró las manos.

El jabón le había dejado los nudillos en carne viva, pero sabía que llorar ya no tenía sentido.

Su único objetivo había pasado a ser no sentir nada de nada. ¿Para qué tener sentimientos si lo único que podía experimentar eran cosas malas?

—Feliz Navidad —se dijo.

¡Vaya chiste! La Navidad no tenía nada de feliz. De hecho, tanto esta como la anterior habían sido los peores momentos de su vida.

Aunque la Navidad de este año no sería tan triste porque había decidido renunciar por completo a tener sentimientos.

—No siento nada —murmuró, pero entonces, horrorizada, notó que le caía por la mejilla un lagrimón que fue a parar directamente al cubo de agua jabonosa.

Se secó los ojos con el dorso de la mano. Intentó olvidar aquella mañana mágica de hacía dos Navidades, cuando se despertó y descubrió que el calcetín que había dejado a los pies de la cama estaba lleno de regalos. Ningún recuerdo duele más que los recuerdos felices que sabes que jamás volverán.

Odiaba a Papá Noel tanto como al señor Terror. Papá Noel le había dado a entender que la magia era real, ¿pero qué sentido tenía la magia si no podía darte lo que de verdad deseabas?

De pronto, se oyó el sonido de una llave en la cerradura.



Y luego, una voz conocida a sus espaldas.

—Levántate, Amelia —dijo el señor Terror.

Amelia estaba tan cansada y tan débil que no pudo hacer otra cosa que obedecer.

—Gírate.

Cuando se giró, vio que el señor Terror estaba acompañado. Era un hombre con pantalones ceñidos, abrigo largo y una barba blanca que parecía una nube. Aquel hombre tan extraño le sonrió.

Una sonrisa cariñosa, nada que ver con la sonrisa que esbozaba siempre el señor Terror. Pero Amelia fue incapaz de devolverle la sonrisa. De hecho, se preguntó si aún sabría sonreír.

—Hola —dijo con voz amable el hombre.

Amelia no articuló palabra.

Y el hombre hizo una mueca casi de dolor cuando el señor Terror se dirigió a ella a gritos para decirle:

—¡HABLA CON ESTE SEÑOR, NIÑA MALEDUCADA!

Amelia lanzó al señor Terror una mirada capaz de congelar el agua. Pero el señor Terror no era agua, ni siquiera era sangre, tan solo era carne, huesos y odio, y las miradas no le afectaban en absoluto.

—No pasa nada —dijo el otro hombre.

—No, señor Beljuro, sí que pasa.

—Hola —dijo de pronto Amelia.

No le gustó nada el sonido de su propia voz. La palabra «hola» salió de su boca como un objeto leve y tembloroso que se esfumó rápidamente en el aire. El hombre con la barba la miraba con ojos tristes. Le gustaba aquel hombre y sus pantalones graciosos, pero ¿cómo iba a confiar en él? ¿Qué estaba haciendo allí en plena noche y con el señor Terror? Y, además, no era una noche cualquiera. Era la víspera de Navidad.



—¡SEÑOR! —vociferó el señor Terror—. ¡Hola, SEÑOR!

—Por favor —dijo Papá Noel, sin poder evitarlo—. Le pido, por favor, que no le hable en ese tono. No es más que una niña.

El señor Terror estudió al hombre entrecerrando los ojos. Y Amelia reconoció la expresión que había adoptado la cara del señor Terror. Era de desconfianza.

—Señor Beljuro, ¿me permite el atrevimiento de preguntarle su nombre de pila?

El hombre dudó, y en ese momento no se le ocurrió nada que decir que no fuera su nombre de pila real.

—Nikolas —dijo.

—Nikolas Beljuro. Qué interesante. Yo me llamo Jeremiah. Jeremiah Terror. Ahora que ya podemos dirigirnos el uno al otro utilizando nuestro nombre de pila, voy a ser franco con usted. Todo niño tiene que aprender modales y disciplina...

—Y a ser feliz. Y a reír. Y a jugar. Son los tres ingredientes de la vida.

—Pero ¿qué tipo de inspector de hospicios es usted?

—Un inspector con corazón —respondió Papá Noel.

Y entonces miró muy serio al señor Terror. Amelia miró a Papá Noel. Estaba cansada y hambrienta y le escocía la piel por culpa del agua jabonosa, pero su cerebro empezó a cavilar con la precisión de un reloj. Tictac, tictac.

Nikolas.

Un nombre especial que le sonaba de algo. Pero pensó y pensó y llegó a la conclusión de que nunca había conocido a ningún Nikolas. Sin embargo, tenía la extraña sensación de que conocía a aquel hombre, aunque le resultaba imposible identificar de qué.

—Y bien, señor Terror, ¿cómo es que esta niña está aquí y no en su dormitorio?

—Porque la sorprendimos intentando huir del hospicio por una ventana —le explicó el señor Terror.

—Si quiere que le diga la verdad, no me sorprende que quisiera marcharse.

—Quería fugarse. Y por eso la hemos encerrado aquí abajo. Y hemos dejado de darle de comer. Excepto pan seco y agua.

Aquel hombre, aquel tal «Nikolas Beljuro», se estaba poniendo rojo de rabia, se fijó Amelia.

—¿Y cree que encerrarla en una celda en el sótano le ayudará a querer quedarse aquí? —preguntó Papá Noel, sin poder evitar que aquellas palabras

salieran de su boca.

—Lo que ella quiera me trae sin cuidado —le espetó el señor Terror—. ¿A quién le importa lo que quiera una niña? Lo que importa es lo que se merece. Y le aseguro que conozco a esta criatura desde hace tiempo. Su madre era muy blanda con ella. Lo tenía todo fácil. Era una deshollinadora pobre y maleducada, con modales tan sucios como las chimeneas que limpiaba. Imagino que si te pasas la vida rodeado de hollín, acabas ensuciándote también el alma.

Amelia se puso rabiosa. Y la rabia empezó a ascender por su interior de un modo similar a cómo asciende la escoba en la chimenea. Su vida no había sido fácil, en absoluto. Y el señor Terror hablaba de ella como si hubiera disfrutado de una vida similar a la de la reina Victoria. ¿Cómo se atrevía a criticar a su madre cuando la pobre no estaba allí para defenderse?

Pero entonces, el señor Beljuro miró a Amelia y a los ojos y pronunció una frase muy curiosa.

—No sé, señor Terror. Soy de la opinión de que puedes vivir rodeado de hollín y ser igualmente digno como un capitán.

Sí. No cabía la menor duda. Estaba lanzándole una señal. Y había subrayado aquellas dos palabras. «Hollín» y «Capitán». Estaba diciéndole que conocía a *Capitán Hollín*.

Y entonces sucedió algo más curioso si cabe. Se movió. El hombre se movió. Sin dar ningún paso, sin caminar, se movió sin que nadie lo viera. Sin hacer nada, se acababa de situar a un paso de donde estaba antes. Y no solo eso, sino que durante aquel instante había pasado algo más. Amelia se había imaginado que aquel hombre se había inclinado hacia ella y le había dicho en voz baja: «No soy el señor Beljuro, soy Papá Noel y he venido para ayudarte a escapar de este lugar».

Se había imaginado que había llamado a *Relámpago*, su reno, gritando a pleno pulmón.

Pero ¿cómo era posible que hubiera pasado todo aquello en solo una fracción de segundo?

—Es usted un hombre de lo más extraño, señor Beljuro, se lo digo de verdad —dijo el señor Terror con sequedad.

—Sí —contestó Amelia, intentando transmitirle a Papá Noel que sabía qué estaba pasando—. Como un capitán. Entendido.

Amelia miró a Papá Noel e intentó enviarle un mensaje con los ojos. Un mensaje que decía: «Tienes que sacarme de aquí. Esto es un lugar espantoso. ¡No aguento ni un día más!».

Papá Noel dominaba como nadie el lenguaje de los ojos.

—Pues muy bien, señor Beljuro, supongo que habrá visto ya suficiente aquí abajo —dijo el señor Terror—. Veamos qué más puede inspeccionar, ¿le parece?

A Amelia se le hizo un nudo en el estómago al pensar que iban a dejarla otra vez sola en aquella celda. Y entonces se dio cuenta de que algo que había dado por muerto seguía viviendo en su interior.

La esperanza.

La esperanza de huir de allí.

La esperanza de vivir una vida mejor.

La esperanza de recuperar a *Capitán Hollín*.

La esperanza de volver a ser feliz.

Papá Noel se dio cuenta también, pues le guiñó el ojo a Amelia. Un guiño minúsculo. Tan diminuto que el señor Terror no se dio ni cuenta. Pero fue real. Y el guiño parecía decir: «Ha llegado el momento».

Los cordones de los zapatos del señor Terror

— ire, lleva los cordones desatados —dijo Papá Noel señalando los zapatos del señor Terror.

El señor Terror bajó la vista y frunció el entrecejo.

—Eso es imposible. Siempre ato los cordones con un lazo doble. Jamás se me desatan. Pero sí, tiene usted razón. Llevo un cordón desatado... ¡Amelia, átame este cordón!

Amelia dudó un segundo, pero decidió agacharse para atarle el cordón. Y mientras Papá Noel seguía cavilando qué hacer, la niña se levantó de repente y dio un empujón al señor Terror con todas sus fuerzas, con todo el sentimiento que quedaba aún en su interior. El señor Terror se tambaleó hasta caer de espaldas, y Amelia aprovechó para salir corriendo de la celda.

—¡¡¡DETÉNGALA!!! —gritó el señor Terror. Y volvió a gritar, añadiendo aún más puntos de exclamación a su grito—. ¡!!!!DETÉNGALA!!!!!!

Pero Amelia ya había dejado atrás el pasillo y estaba subiendo por la escalera. El señor Terror se incorporó e intentó correr tras ella, pero la niña le había atado los cordones de ambos zapatos y volvió a caer de brúces, esta vez hacia delante, estampándose de cara contra el suelo y cayendo cerca de los zapatos de Papá Noel, que le iban pequeños.

—¡Esa niña! —gritó—. ¡Ya le he dicho que era una salvaje! ¡DETÉNGALA!

—Quédese aquí, señor Terror. Voy a por ella.

Papá Noel se agachó y le cogió las llaves.

—¿Qué hace? —gimoteó el señor Terror.

Pero ya era demasiado tarde. Papá Noel estaba cerrando la puerta y girando la llave en la cerradura.

—¡Señor Beljuro, señor Beljuro, le exijo que abra esta puerta enseguida! ¿Me ha oído? ¡Señor Beljuro! —gritó el señor Terror a través de los barrotes

de la ventana detrás de la cual se había quedado encerrado.



—No soy el señor Beljuro. Me llamo Papá Noel. Encantado de conocerle.
Y el señor Terror lanzó un chillido de odio.
—¡Aaaaaah! ¡Hobble! ¡Señor Hobble! ¡Estoy abajo en el sótano!
¡Sáqueme de aquí!

Una niña a la fuga



Amelia siguió corriendo escaleras arriba, por los pasillos. Sabía que el señor Terror había puesto un turno especial de vigilancia nocturna, que había gente patrullando por todo el hospicio, de modo que siguió corriendo pero mirando hacia todos lados. Confiaba en que Papá Noel estuviera de su parte, pero ya la había decepcionado en una ocasión, de modo que no le quedaba otro remedio que salir de allí. Cruzó a toda velocidad la zona de los dormitorios, sabiendo que no podía parar.

Y entonces, justo cuando llegaba al comedor, cuando estaba justo delante de la cocina...

—¡Ya te tengo! ¡Criatura salvaje! —La había atrapado la señora Lenguafilada y la tenía agarrada con fuerza por el brazo—. Así que te has escapado de la celda de aislamiento, ¿no es eso? ¡Señor Terror! ¡Señor Terror! ¡Una niña a la fuga, señor Terror!

Amelia forcejeó para liberarse, pero la señora Lenguafilada tenía fuerza en la mano y en la voz. Y acabaría despertando a todo el hospicio.

—¡UNA NIÑA A LA FUGA! ¡UNA NIÑA A LA FUGA! ¡QUE TODO EL MUNDO DESPIERTE! ¡NECESITO AYUDA!

Amelia notó que las manos que la agarraban se aflojaron, y cuando se giró vio que la señora Lenguafilada se había transformado en cacerola. Mary, la cocinera, le había echado a la señora Lenguafilada una cacerola llena de potaje encima. Y la cacerola era justo de la medida de la cabeza de la señora Lenguafilada y le alcanzaba incluso un poco los hombros. El asqueroso potaje grisáceo de avena se estaba desparpamando por todas partes. Amelia consiguió soltarse.

—¡Sáquenme de aquí! —gritó la señora Lenguafilada—. ¡Sáquenme ahora mismo esta cosa de la cabeza!

Pero nadie podía oír lo que decía porque su voz había quedado reducida a un murmullo viscoso. Empezó a pulular de un lado a otro, golpeándose contra todo, hasta que acabó resbalando en un charco de potaje y cayó al suelo con gran estrépito.

—¡Gracias, Mary! —gritó Amelia.
Mary hizo un gesto de negación con la cabeza.



—¡No hay tiempo para dar las gracias!

Amelia oyó unos pasos y se volvió, dispuesta a echar a correr de nuevo, pero vio que era Papá Noel.

—Hobble ha bajado a liberar a Terror —dijo Papá Noel, sin aliento—. Debemos darnos prisa.

Mary sonrió.

—Tenía la intuición de que iba a haber problemas. Esperemos a que lleguen y luego los haremos entrar en la cocina. ¡Lo tengo todo preparado!

El sonido de la señora Lenguafilada con la cacerola en la cabeza y dándose golpes contra todo atrajo hacia el comedor a Hobble y Terror. Sus pasos resonaban como truenos.

Y en cuanto los vieron aparecer, Mary, Papá Noel y Amelia entraron corriendo en la cocina.

—Quedaos detrás de la puerta! —les ordenó Mary.

Y eso fue lo que hicieron. Y fue Amelia quien se dio cuenta de que el suelo, aun siendo el suelo del hospicio, estaba brillantísimo. Miró a Mary mientras los pasos seguían acercándose.

—Al señor Terror le gusta que lo tengamos todo limpio y reluciente. De manera que he decidido dejar el suelo lo más brillante posible sirviéndome de esa mantequilla que tanto le agrada al señor Terror —explicó Mary.

Y lo que sucedió entonces fue muy gracioso. Tan gracioso que Papá Noel se pasó un buen rato riendo sin parar con su típico «jo, jo, jo». El señor Terror y Hobble llegaron a la vez a la cocina, y, en vez de detenerse, resbalaron, se deslizaron, derraparon y patinaron por el suelo untado de mantequilla, incapaces de poder controlarse.

—¡Aaaaaaaay! —gritó el señor Terror.

—¡Aaaaaaaay! —gritó el señor Hobble.



Cuando el señor Hobble intentó incorporarse, cayó de culo, mientras que el señor Terror intentó apoyarse en el bastón para volver a ponerse en pie.

—¡Esperad! —dijo Mary, riendo también—. ¡Ahora viene la mejor parte!

Y entonces desató una cuerda que tenía a su lado y empezó a hacer girar una manivela. El gigantesco jamón de color rosado oscuro que colgaba del techo empezó a deslizarse con un silbido. Y aterrizó con un golpe seco justo encima del señor Terror, destrozándole el sombrero de copa y tumbándolo una vez más en el suelo. El señor Hobble y él parecían un conjunto de brazos y piernas que recordaban una araña aplastada.

—¡Rápido! —dijo Amelia—. ¡Hay que salir de aquí!

El último esprint de Amelia

n el comedor había ahora más gente. La señora Lenguafilada había conseguido sacarse la cacerola de la cabeza y, aun empapada en potaje, gritaba sin cesar:

—¡Detened a esa niña!

Una banda de internos obedientes custodiaba la puerta más cercana.

—¡Por ahí no hay salida, niña! —le gritó Mary a Amelia—. ¿Verdad que eres deshollinadora? Pues intétalo por la chimenea.

Papá Noel recordó que la chimenea estaba encendida y que unos chicos montaban guardia.

—No, está encendida.

Amelia siguió corriendo, escabulléndose de todas las manos que intentaban atraparla.

La voz del señor Terror retumbaba y resonaba por todo el comedor.

—¡DETENED A ESA NIÑA! ¡Todos! ¡Detenedla! ¡DETENEDLA YA!

¡Hay que impedir que escape, Hobble!

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó a gritos Mary a Papá Noel.

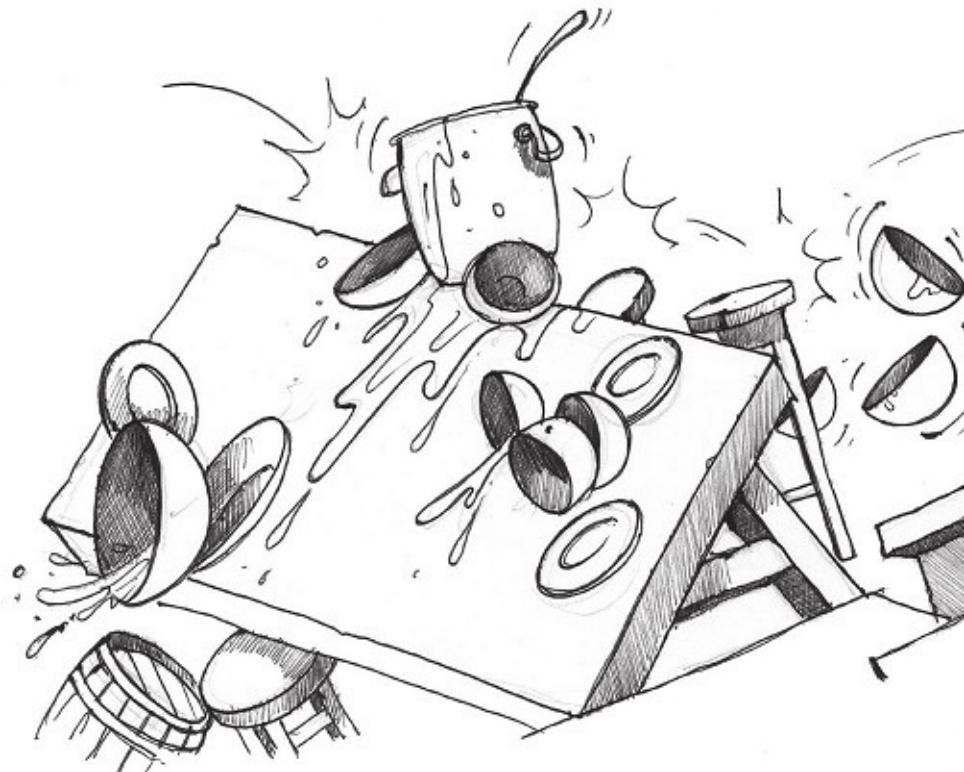
Papá Noel iba a responderle alguna cosa también a gritos, pero por encima de todo aquel caos captó entonces unos débiles golpecitos. Un sonido proveniente del tejado.

Un sonido que solo él, Papá Noel, era capaz de identificar, porque era un sonido que había oído muchas, muchísimas veces.

El sonido de las pezuñas de los renos al aterrizar sobre un tejado.

—Mis renos —dijo para sus adentros.

Amelia se preguntó qué habría hecho *Capitán Hollín* de encontrarse en una situación como aquella. Siempre había pensado que los gatos eran tan inteligentes como los humanos, sobre todo en lo referente a escapar de situaciones complicadas. Y como que llegó a la conclusión de que *Capitán Hollín* se habría encaramado de un brinco a las mesas, eso fue lo que hizo. Se encaramó a las mesas dispuestas en fila que le quedaban más cerca, corrió por encima de ellas y saltó de nuevo al suelo al llegar al final.



—No la veo, señor. Hay mucha gente. Y esto está oscuro como una chimenea —dijo Hobble.

Pero el señor Terror era capaz de ver en la oscuridad casi tan bien como con la luz del día.

—¡Allí! —exclamó—. Sobre las mesas. ¡Mira! Está corriendo. Está intentando llegar a la puerta del otro lado. Que alguien corra a protegerla.

—No se preocupe, señor Terror. La he cerrado antes con llave.



Y el señor Hobble le mostró una enorme llave de hierro.

—Bien hecho, Hobble. Muy bien hecho.

Amelia llegó a la puerta y descubrió que estaba cerrada con llave. Intentó entonces empujar para abrirla, empujándola con el hombro.

—Vamos —dijo entre dientes—. Vamos. Vamos.

Todo el mundo quería impedir que se fugara, sobre todo ahora que había aparecido el señor Terror. Los únicos que estaban de su lado eran Mary y Papá No...

Y fue en aquel instante que Amelia se dio cuenta de que Papá Noel huía en dirección contraria. Lo vio en el otro extremo del comedor, de espaldas a ella, se marchaba.

Típico.

Volvía a dejarla tirada.

Por supuesto. ¿Por qué esperar otra cosa?

Notó que la rabia se apoderaba de su corazón como una avalancha de lava al rojo vivo. Empujó de nuevo la puerta.

Descargó entonces su frustración aporreándola.

«¡Pum, pam, pum!».

Pero era imposible. De pronto, notó la mano huesuda y con olor a jamón del señor Terror agarrándola por el hombro.

—Salir de aquí es imposible —le dijo, con una sonrisa diabólica.

«¡Pum, pam, pum! ¡Pum, pam, pum! ¡Pum, pam, pum!».

Amelia se rindió.

Y el señor Terror, satisfecho, hizo un gesto de asentimiento.

—Y ahora, permanecerás encerrada una temporada larguísima.

La huida de Papá Noel

n el comedor había tanto ruido que a Papá Noel le fue imposible explicarle a Amelia lo que tenía pensado hacer. Así que al ver que el hospicio entero corría tras la niña —no, mejor dicho, cargaba contra ella—, decidió que la mejor manera de ayudarla sería esfumándose sin que nadie lo viera por el pasillo que había al fondo del comedor, que corría en paralelo al patio de los hombres e iba a parar al horno del pan, donde el fuego seguía encendido y los chicos vigilaban la chimenea.

—¿Qué sucede? —preguntó el chico más alto con cara de rata, el que tenía el atizador.

Papá Noel respondió sin pensárselo dos veces.

—¡Es Papá Noel! Está en el comedor y están intentando detenerlo. Rápido, muchachos, o Terror se pondrá hecho una fiera cuando se entere de que seguís los tres aquí sin hacer...

Los chicos se miraron, asintieron, y corrieron hacia el comedor.

Papá Noel rio entre dientes y la risa hizo saltar otro botón del pantalón. Se enfrentaba ahora a otro problema. El fuego ardía con todas sus fuerzas. ¿Sería posible ascender por el tiro de la chimenea sin salir escaldado?

Y mientras Papá Noel estudiaba las llamas, vio un hilillo de líquido brillante de color amarillo que empezaba a caer sobre ellas, y que seguía cayendo, apagándolas lentamente.

Cuando Papá Noel vio que los trozos de carbón burbujeaban y que el hilillo amarillo seguía cayendo, comprendió qué era aquello: pipí de reno, y seguramente de *Relámpago*, a juzgar por el color.

La chimenea era amplia y Papá Noel recordó que el tiro era también ancho, de modo que no necesitaría una gran cantidad de magia para trepar por ella. Se agachó, pisó los carbones calientes y mojados y cerró los ojos intentando no tocar las paredes húmedas de la chimenea. Dejó de pensar para ponerse a desear y a creer que estaba arriba en el tejado con sus renos y, de hecho, solo un segundo después, ya se encontraba allí. Y los renos también. Ocho renos. Y el trineo, rojo y resplandeciente.

—Hola, preciosidades —dijo, subiendo al trineo. Echó un vistazo al Barómetro de la Esperanza y vio que brillaba con intensidad—. Vamos, rápido, tenemos mucho trabajo que hacer.

Entre tanto, Amelia, retenida ahora por el señor Terror, vio que Mary corría por el comedor, entre las filas de mesas, en dirección a ella, al señor Hobble y al señor Terror. Llevaba un cazo en la mano y lo estaba haciendo girar en círculos cada vez más rápidos.



—¡Deténgala, Hobble! —ordenó el señor Ter ror.

Así que, obedientemente, el señor Hobble se cruzó en la trayectoria de Mary.

—¡Mujer armada con un cazo al ataque! —gritó Mary.

Echó hacia atrás el brazo con el que sujetaba el cazo para poder coger impulso, lo levantó a continuación y lo hizo rodar trazando un círculo perfecto. El cazo impactó directamente contra la cara del señor Hobble, que

cayó de espaldas al suelo. Y entonces, Mary se encontró delante del señor Terror con otro cazo en la mano.

—Deje ese cazo, señora Winters.

—Señorita. Señorita Winters. Nunca he llegado a encontrar al hombre adecuado para mí.

El señor Terror dirigió un gesto a un adolescente con cara de rata que acababa de aparecer por detrás de Mary y que había intentado arrancarle el cazo de la mano.

—¿Puedo decir que en estos momentos desearía no haberte echado nunca azúcar en el potaje, joven Peter?

—¿Se da usted cuenta de que está cometiendo un crimen muy grave, señorita Winters? —dijo el señor Terror—. ¿Que está cometiendo un acto de violencia armada con un cazo? ¡Eso, además de haber untado el suelo con mantequilla y haber cometido un intento de asesinato con un jamón!

—Supongo que sabe usted mucho sobre crímenes, señor Terror —replicó Mary, alejando el cazo del alcance de Peter y haciéndolo caer al suelo con ese gesto—. Todo este lugar es un crimen. Tener encerrada a la gente como la tiene usted está muy mal. No pienso seguir trabajando para usted.

—Me dedico a salvar a la gente que vive en las calles.

—Se dedica usted a disfrutar del poder que eso le otorga —dijo Mary.

—Y además es un monstruo —añadió Amelia, retorciéndose para intentar liberarse de los brazos del señor Terror.

—Disfruto del poder que me otorga limpiar la sociedad de toda su porquería, sí —gruñó el señor Terror—. Me gusta mantener el orden, enseñar modales y respeto... Así que ahora, Mary, será usted conducida a comisaría y tú, Amelia..., bueno, tú eres mía por ley. Me perteneces. Igual que me pertenecen todos los niños que viven aquí. Consagrará mi vida a hacer que la tuya sea la peor vida posible.

—¡Muérete! —dijo Amelia.

Jamás había odiado nada ni a nadie en la vida como en aquel momento odiaba al señor Terror. Levantó la pierna y le arreó una patada en el pie con todas sus fuerzas.

—¡Aaaaay! —gritó el señor Terror, clavando las uñas en el brazo de Amelia para llevársela a rastras de allí.

Pero entonces...

Se oyó un ruido en la puerta. No había sido Amelia, claro está. Seguía retenida por el señor Terror, que la arrastraba en dirección contraria. Pero el señor Terror también lo había oído.

—¿Qué demonios es eso?

«¡Bum!».

El ruido se repitió.

Y era evidente que lo que estaba aporreando la puerta no lo hacía desde dentro, sino desde el exterior.

Los renos al rescate

—¿Quién hay ahí? —preguntó el señor Terror.

 No hubo respuesta, de modo que el señor Terror tiró de Amelia para acercarse a la puerta.

Lo cual fue un error porque, justo en aquel momento, una cosa afilada y puntiaguda traspasó la madera y golpeó la cabeza del señor Terror con la fuerza suficiente como para provocarle un mareo, tirarlo al suelo y soltar tanto a Amelia como el bastón que sujetaba con la otra mano.

—¿Qué es eso? —se preguntó Mary.

—Un árbol —sugirió el señor Hobble—. ¡Un árbol que se mueve!

El señor Terror, entre tanto, intentaba levantarse del suelo.

—No es un árbol, idiota. ¡Son astas!

La puerta se abrió de golpe y apareció Papá Noel con su chaqueta roja y su cabello blanco, escoltado por sus renos y su trineo.

Todos los presentes en el comedor se quedaron boquiabiertos. El señor Terror se apalancó con su bastón y, con lentitud, consiguió por fin levantarse.

—Es Papá Noel —susurró uno de los niños, y su susurro se propagó como un resfriado.

—¡Amelia! —gritó Papá Noel—. ¡Es hora de volver a creer en la magia!

El Barómetro de la Esperanza brillaba con intensidad y la niña echó a correr hacia el trineo. Papá Noel dio un vistazo al reloj del trineo: era Mitad de la Noche, según horario élfico, y las tres de la madrugada, según horario humano.

Amelia tenía un centenar de preguntas, claro está, pero no era el momento de empezar a formularlas. Sabía que aquel trineo era la respuesta a todas las dudas sobre la magia que en su día se había planteado y, por lo tanto, siguió corriendo hacia él.

—¡DETENEDLA! —vociferó el señor Terror, cojeando tras la niña.

—Pulsa el botón que hay justo al lado del reloj —dijo Papá Noel, entrando en el comedor para poder salvar a Mary—. ¡Púlsalo ya!

Amelia no sabía a qué botón se refería Papá Noel, pero pulsó uno donde podía leerse «¡QUE LA MAGIA EMPRENDA EL VUELO!». Al instante, el trineo se levantó y empezó a columpiarse y balancearse en el aire. El señor Terror se sirvió de su bastón para intentar atizar el trineo y obligarlo a bajar.

—¡El otro botón! —gritó Papá Noel—. ¡El que dice «PARAR»!

Aquello era un caos. La gente que se había congregado en el comedor se arremolinaba entorno a Papá Noel que, sin que le diera tiempo a esquivarlo, vio volar un atizador al rojo vivo directo hacia su cabeza. Pero el atizador se detuvo de repente, quedándose paralizado en el aire apenas a un milímetro de su nariz. De hecho, el comedor entero se quedó paralizado.



Papá Noel se agachó para poder pasar por debajo del atizador y sorteó las estatuas vivientes del comedor hasta llegar al lugar donde se había quedado

Mary. En el momento en que el tiempo se había detenido, Mary estaba haciendo girar de nuevo su cazo para atacar otra vez al señor Hobble. Papá Noel la cogió en brazos.

Efectivamente, Papá Noel cogió a la cocinera de mejillas sonrosadas que había quedado paralizada por el tiempo y la cargó a sus espaldas como aquel que carga con una alfombra enrollada. Salió del comedor y la instaló en la parte posterior del trineo. Y en el instante en que la dejó en el trineo, Mary empezó a ponerse de nuevo en movimiento. Primero los pies, luego las piernas, que se sacudieron como un pez que se contonea en el suelo de una barca, y al final el cuerpo entero, incluyendo el brazo con el que sujetaba el cazo y que se puso a girar hasta arrearle un golpe a la cabeza a Papá Noel.

Entonces, Mary vio dónde estaba. Y a quién acababa de darle un buen golpe.

—¡Oh, qué he hecho! Lo siento muchísimo. Me parece que le estoy cogiendo el gusto a eso de aporrear a todo el mundo con el cazo —dijo. Y entonces miró a su alrededor—. ¡Oh, qué elegante es este trineo!

—Así es —dijo Papá Noel—. Pero ahora, salgamos rápidamente de aquí.

El regreso de Capitán Hollín

—*i* 

e verdad crees? —le preguntó Papá Noel a Amelia.

Por la urgencia que transmitía la mirada de Papá Noel, Amelia adivinó que era una pregunta muy importante.

—¿En qué? —quiso saber.

—En la imposibilidad.

Y justo en aquel momento, fuera del hospicio y fuera del tiempo, flotando en el aire a bordo de un resplandeciente trineo rojo y sentada al lado de Papá Noel, Amelia supo que solo existía una respuesta a aquella pregunta.

—Sí —dijo.

Y fue entonces cuando se fijó en la pequeña semiesfera de cristal que había en el salpicadero. Por un momento, se quedó hipnotizada mirando las luces verdes y violetas que se movían en su interior. Eran como un universo minúsculo que cobraba vida y cuya intensidad aumentó increíblemente en cuanto pronunció las palabras:

—Sí, creo en la imposibilidad.

La embargó de pronto un deseo urgente. El deseo de volver a ver a *Capitán Hollín*. Y justo en el instante en que empezó a desecharlo, detectó un movimiento en el saco que tenía a su lado.

Y oyó a continuación un débil «miau».

—Antes he ido a visitar al señor Dickens —le explicó Papá Noel a Amelia, que vio cómo su mejor amigo peludo emergía del saco infinito.

—¡*Capitán Hollín*!

Los ojos dorados del gato brillaron al ver a Amelia. Saltó sobre ella, apoyó sus patitas delanteras en su hombro y empezó a lamerle la cara como si fuera un helado.

—¡Creía haberte dicho que no hay que lamer la cara de la gente! —dijo Amelia, sin poder parar de reír y percibiendo en su pecho la cálida vibración del ronroneo del gato—. ¡Recuerda que no eres un perro!

Amelia cerró los ojos para besar la cabeza peluda de *Capitán Hollín* y aspirar el olor de su pelaje. Y comprendió que en este mundo todo es posible,

un sentimiento muy agradable de recuperar. Tal vez, el mejor sentimiento de todos.



Los dedos del señor Terror



Mary abrió los ojos como platos al ver que el trineo emprendía el vuelo y se elevaba por encima de Londres.

—¡Ay de mí, señor Noel! ¿Adónde vamos? —preguntó.

—Vamos a salvar la Navidad.

Y esa era, de hecho, la idea: conseguir que el tiempo continuara detenido y así poder repartir regalos a todos los niños del mundo.

Papá Noel guio los renos para que siguieran su ascenso. Amelia y *Capitán Hollín* asomaron la cabeza por un lado del trineo para observar como las personas congeladas en el tiempo y el hospicio iban haciéndose cada vez más pequeños. Pero entonces, la niña vio una cosa que le hizo dar un respingo.

Dos manos largas y huesudas aferradas al trineo. Se asomó un poquitín más y vio la cabeza del señor Terror. Pero como la totalidad de su cuerpo, excepto los dedos, quedaba fuera del trineo, seguía detenido en el tiempo. Aquel hombre había sido el causante del peor año de su vida. Su expresión era de rabia pero, por otro lado, tenía los ojos abiertos de par en par, lo que reflejaba que estaba muerto de miedo. (El señor Terror, como todos los acosadores, era en el fondo una persona llena de miedos). Y al ver Amelia que Mary y Papá Noel estaban enfrascados en una conversación que giraba en torno a los renos, decidió que tenía que hacer alguna cosa. De modo que cogió una a una la punta de aquellos dedos que seguían en movimiento, fue separándolos del trineo y dejó al señor Terror colgando, un kilómetro por encima del río Támesis.

Cuando Amelia miró hacia atrás, no pudo evitar partirse de risa al verlo suspendido en el aire.

Papá Noel oyó las risas y se quedó boquiabierto al ver al señor Terror flotando inmóvil en el aire.

—¡Madre mía! —exclamó.

Papá Noel miró a Amelia y ella se encogió de hombros con una sonrisa. Vio que el dedo de la niña estaba justo encima del botón que decía «PARA PONER EN MARCHA EL TIEMPO».

—De acuerdo, dale.

Amelia pulsó el botón y vio con regocijo cómo el señor Terror empezaba a caer, gritando y agitando los brazos, hasta sumergirse en las aguas del Támesis.



Capitán Hollín hizo unos cuantos «miaus» observando la escena desde su lado del trineo.

—Eso va por mi bisabuelo Tom —maulló—, cuya cola pisabas continuamente.

Amelia no tenía ni idea de qué estaba diciendo *Capitán Hollín*, pero acarició igualmente al gato y le dio un besito en la cabeza, que él respondió sacando su lengua áspera y dándole otro lametón en la cara.

Y mientras proseguían su camino con el fin de repartir juguetes a todos los niños del mundo, Papá Noel aprovechó para presentar a los renos.

—Y ese de la izquierda, el segundo empezando por delante, ese es *Cometa*, que tiene una pequeña mancha blanca en la frente... Y esa de ahí, la más oscura, se llama *Raposa*, y es un misterio incluso para mí... Y ese es *Saltarín*... que a veces es muy travieso... Y luego está *Brioso*, el que marca la velocidad de navegación... Y *Cupido* y *Bailarín*, que me parece que están enamorados... Y delante de todo tenemos a *Trueno*, que es muy sensato, un trabajador incansable y quien mejor marca el rumbo... Y *Relámpago*, que a veces es un poco maleducado por lo que a sus costumbres de hacer las necesidades se refiere, pero que también es el más fuerte y... bueno, la verdad es que no existe mejor reno que él para tener como amigo... *Relámpago* y yo nos conocemos desde hace muchísimo tiempo.

—Debe de ser muy agradable eso de tener un amigo en un lugar tan frío como este —dijo Mary.

—Bueno, la verdad es que a veces agradecería tener un poco más de compañía humana.

Las mejillas de Mary se ruborizaron un pelín más que de costumbre al oír aquello.

—¡Todos lo agradeceríamos!

—Así es —dijo Papá Noel, recostándose en el confortable asiento de cuero del trineo, al lado de Mary—. ¿Listas para conocer el resto del mundo?

—Por supuesto —dijo Mary—. Sobre todo para conocer Cornwall. Siempre pensé que me gustaría conocer Cornwall.

—¡Jo, jo, jo! —dijo Papá Noel—. Iremos incluso mucho más lejos que Cornwall.

Noticias de Papá Vodol



quería estar al corriente de las últimas noticias sobre Manduca y Modosito, así que Papá Topo se alejó cinco minutos del teléfono y del Taller de Juguetes para ir corriendo al Ayuntamiento. Antes de abrir la puerta de madera, de escasa altura pero robusta, oyó un fondo de música y alegría. Y cuando entró, tuvo la impresión de que todo Elfhelm se había congregado allí para bailar la cachizumba al son de los ritmos festivos de los Cascabeles del Trineo y disfrutar del aroma exquisito de la canela y las galletas de jengibre.

La canción que estaban interpretando en aquel momento era una versión acelerada de *Tu amor huele a galletas de jengibre* (*Sí, efectivamente*) y todo el mundo bailaba, sonreía, aplaudía y giraba hacia un lado y otro. Bueno, casi todo el mundo. Sosainas, con aspecto apesadumbrado, estaba sentado en un pequeño taburete de color rojo.

—¿Has mirado bien en todos los rincones del Taller de Juguetes? —le preguntó Sosainas a Papá Topo cuando este tomó asiento en otro taburete a su lado.

Papá Topo echó un vistazo a la mesa larga que quedaba a sus espaldas y que estaba llena a rebosar de comida típica de Navidad: galletas de jengibre, sopa de higos, pastelitos de mermelada, monedas de chocolate, tarta de arándanos... Le sabía mal que Modosito no estuviera presente para poder disfrutar de todo aquello.

—Sí, los elfos han buscado por todas partes. Es evidente que se han ido a pasar el día fuera.

—Pues no lo entiendo, la verdad. Modosito estaba emocionadísimo con la idea de visitar la Tienda de Juguetes. Y Manduca adora la Navidad.

Papá Topo se fijó que a Sosainas le temblaban las manos de preocupación.

—No-no están en casa —dijo Sosainas, gimoteando—. Tampoco están en el Campo de los Renos. Ni han ido de compras. Ni a patinar sobre hielo. No están aquí... ¿No crees que deberíamos llamar por teléfono a Papá Noel? —

preguntó, bajando la vista y jugando con nerviosismo con el puño de su túnica.

Papá Topo sabía que aquella pregunta acabaría saliendo a la luz. Al fin y al cabo, Papá Noel tenía su trineo y sus renos y desde arriba podía llevar a cabo una búsqueda aérea. Además, siendo las fechas que eran, Papá Noel tenía en su persona mucho más beljuro que toda la población de Elfhelm junta. Pero Papá Topo sabía también que en el instante en que comunicara la desaparición a Papá Noel, toda la Navidad correría peligro.



—Es que...

Papá Topo vislumbró la barba negra de Papá Vodol acercándose entre la muchedumbre como un nubarrón de tormenta. Iba directo hacia ellos. Su expresión no podía haber sido de más urgencia si hubiera llevado la palabra «URGENCIA» escrita en la frente.

—¿Qué sucede, Papá Vodol?

—Es Manduca —dijo, preocupado, lo cual ya de por sí resultaba preocupante, puesto que Papá Vodol llevaba cincuenta y un años sin

mostrarse nunca preocupado—. Me ha dejado una nota en el despacho. Dice que ha ido al Valle de los Troles.

Sosainas se quedó boquiabierto.

—¿Q-q-q-ué? ¿Por q-q-qué?

Papá Vodol se encogió de hombros.

—Creo que quiere escribir un artículo sobre los troles para el especial de Navidad. Es muy ambiciosa. Desea el puesto de Papá Culete, ahora que el pobre tiene tanto miedo que no quiere ni salir de casa. Me da la sensación de que tu esposa está un poco harta de tener que escribir siempre sobre renos.

Sosainas rompió a llorar y a temblar aún más.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Papá Vodol—. Si es verdad eso de que ha ido al Valle de los Troles, solo existe un ochenta y ocho por ciento de probabilidades de que muera de una forma realmente espantosa.

—Oh, no —gimoteó Sosainas. Y repitió estas mismas palabras otras veintisiete veces. Y después dijo—: ¿Crees que Modosito estará con ella? Ay de mí. ¡Esto es una pesadilla! ¿Qué podemos hacer?

—¿Modosito? —dijo Papá Vodol con expresión muy preocupada.

—Sí, no sabemos dónde está —respondió Sosainas.

Mientras Papá Topo intentaba pensar alguna cosa, tratando de obviar el sonido de los Cascabeles del Trineo que estaban interpretando en aquel momento su último éxito, una canción sobre el nuevo reno con la naricilla roja que estaba siendo entrenado en la Escuela de Trineo, a Papá Vodol se le ocurrió una idea.

—Papá Noel —dijo—. Él es el único que puede salvar a tu familia, Sosainas.

—¿Y qué pasará con la Navidad? —preguntó Papá Topo.

—¡La Navidad! —exclamó Papá Vodol—. ¿De verdad estás insinuando que la Navidad es más importante que la vida de tu tatara-tatara-tatara-taranieta y de su hijo?

—No. Por supuesto que no.

—Bien. Pues entonces, mejor que corras y llames urgentemente por teléfono al trineo.

Y entonces, Mamá Birra tiró de Papá Vodol para llevarlo a la pista de baile y Papá Topo se quedó allí plantado, con la mirada expectante de Sosainas clavada en él.

Amelia se enfada



melia estaba mirando maravillada el mundo mientras el aire agitaba su pelo y seguía acariciando con cariño a *Capitán Hollín*. Se había quedado sin palabras, no porque no estuviera pensando en nada, sino porque pensaba demasiado. Su cabeza cavilaba a la velocidad del viento, era un loco torbellino de emociones: alivio, felicidad, tristeza, gratitud, dolor, miedo, asombro, rabia. Pero la principal emoción era una especie de añoranza. Evidentemente, no sentía añoranza del hospicio, ni siquiera de su casa en el 99 de Haberdashery Road. Imaginaba que a aquellas alturas ya debía de estar viviendo allí otra gente y, aun en el caso de que estuviera deshabitada, una casa no era más que una casa. No, no sentía añoranza de un lugar, sino de una época. Echaba de menos cuando era más pequeña, cuando tenía siete, seis, cinco o cuatro años y no sabía tantas cosas sobre el mundo. Y, por encima de todo, echaba de menos a su madre.

Papá Noel señaló el Barómetro de la Esperanza.

—Tú eres en parte la razón por la que brilla tanto —le explicó Papá Noel a Amelia mientras sobrevolaban Prusia, más o menos donde estaría situada Alemania en un mapa actual—. Porque vuelves a creer en la magia. ¿Sabes una cosa? Tú fuiste la primera niña que visité, porque eras la que almacenabas más esperanza, creías en todas las posibilidades. Y eso es excepcional, incluso en un niño. Y ahora vuelves a creer. Mira, a veces, con que un único niño crea en la magia, siempre y cuando crea lo suficiente, basta para restaurar el orden del universo. La esperanza es el combustible del beljuro, que es el formato principal de la magia de los elfos.

—¿Y tú cómo hiciste para obtener tu magia? —preguntó Amelia.

Papá Noel se quedó mirando aquellos ojos llenos de curiosidad y resplandecientes como diminutos planetas.

—Estuve... estuve a punto de morir. Había renunciado a la esperanza. Los elfos tuvieron que hacerme un beljuro para devolverme a la vida. Y eso fue lo que me dio la magia, lo que me ayudó a ver dónde vivían los elfos, porque de

repente creí en la magia, como tú crees ahora... Tendría que haber muerto en la Gran Montaña, pero se me concedió otra oportunidad.

En el momento en que explicó aquello, Papá Noel supo que había cometido un error. En los ojos de la niña aparecieron dos lagrimones, e imaginó que conocer su historia le había provocado tristeza.



Pero, en realidad, Amelia estaba enfadada. Notó que la rabia ascendía en su interior como la lava en un volcán. Y de repente, explotó:

—¿Y POR QUÉ NO LE HICISTE UN BELJURO A MI MADRE? ¿POR QUÉ NO LA SALVASTE? ¡LOS REGALOS ME IMPORTAN UN COMINO! ¡YO SOLO QUERÍA UNA COSA! ¡Y ERA EN ESO EN LO QUE HABÍA DEPOSITADO TODAS MIS ESPERANZAS! ¡PERO NO LO HICISTE!

Mary intentó consolar a Amelia. Le puso una mano en el hombro.

—Mira, Amelia, todo lo que te ha pasado es espantoso, prácticamente una tragedia. Pero no es culpa del señor Noel.

Amelia se sosegó un poco. Sabía que Mary tenía razón, pero era incapaz de acallar aquella sensación interior.

—Lo siento mucho, Amelia —dijo Papá Noel—. Recibí tu carta, pero cuando me echaron el beljuro estaba al otro lado de la montaña, más allá de la aurora boreal. Ya no me encontraba en el mundo humano... Y además, la

Navidad pasada no pude venir a visitarte. Sufrimos el ataque de los troles y los niveles de magia estaban...

—Lo siento —dijo Amelia—. Es solo que... la echo de menos.

—Por supuesto que la echas de menos —dijo Mary, que se echó a llorar por la pobre niña.

Amelia empezó a tener la sensación de que le pesaba la cabeza más de la cuenta de tan cargada que la tenía de pensamientos tristes. Así que la descansó sobre el hombro de Mary.

—Es extraño, ¿verdad? —dijo—. Quieres a una persona, y esa persona te quiere, y de repente deja de estar aquí. ¿Dónde va a parar todo ese amor?

Papá Noel reflexionó sobre lo que acababa de decir Amelia. Pensó en su propia madre, que había muerto al caer en un pozo. Pensó en su padre, que murió unos años después, cuando él no era mucho mayor que Amelia ahora. Se giró hacia Amelia y no dijo nada. Le inspiraba muchísima lástima. Le habría gustado explicarle que la Navidad pasada había intentado ir a visitarla, pero que no había podido. Le habría gustado decirle que la magia no puede hacer todo lo que nos gustaría que hiciese, pero que sí puede hacer que la vida sea mucho más feliz. Pero entonces pensó que no era el momento. De modo que dijo otra cosa.

—El amor de una persona no desaparece jamás —explicó con cariño—, aunque esa persona desaparezca. Tenemos recuerdos, Amelia. El amor es una cosa que no muere nunca. Amamos a alguien y esa persona nos ama, y ese amor queda almacenado para siempre y nos protege. El amor es más grande que la vida y no termina cuando termina la vida. Se queda en nuestro interior. Y esa persona se queda también en nuestro interior. En nuestro corazón.

Amelia no dijo nada. Estaba segura de que si abría la boca para hablar, rompería a llorar. De modo que se quedó un rato callada. Y le fue bien. De repente, se fijó en el Barómetro de la Esperanza.

—¿Por qué se han apagado las luces? —preguntó.

Y así era. El Barómetro de la Esperanza había dejado de brillar, se había quedado reducido a una llamita de color violeta. Y el reloj se puso de nuevo en marcha. Papá Noel miró el salpicadero y sus mejillas sonrosadas se quedaron blancas como la nieve.

Cogió el teléfono.

—Hola, Papá Topo. No entiendo nada. Acabamos de salvar a Amelia, pero las luces vuelven a ser muy tenues.

Papá Topo suspiró. El típico suspiro que precede una mala noticia. Y así fue.

—Se trata de Manduca...

El Valle de los Troles

 anduca ascendió bajo la luz de la luna las abruptas montañas que daban acceso al Valle de los Troles. Había caminado con cautela y en silencio por la nieve, saltando por encima de esqueletos de cabra y rocas sueltas, y se había estremecido más de una vez al encontrarse con alguna que otra gigantesca huella de cuatro dedos.

Pero tenía un plan.

Un plan muy sencillo.

Y ese plan consistía en hablar con Urgula, la Líder Suprema de los Troles. Tragó saliva solo de pensarlo. Pero después de la entrevista, podría escribir el mejor artículo de toda la historia de *El Diario de la Nieve*. Y además, Papá Vodol le garantizó que los troles nunca habían tenido intención de matar a los elfos. Sin embargo, recordó el puño gigantesco que había irrumpido en su habitación y agarrado a Sosainas. Sí, Sosainas seguía vivo pero, pensándolo bien, estaba casi segura de que sin jabón habría acabado pasando alguna desgracia.



Urgula era la trol que ejercía el poder sobre todos los minitroles y megatroles, la líder, puesto que era la más grande. Así funcionaban las cosas entre los troles. Cuánto más grande eras, más poder tenías y más cabras asadas podías comerte. Manduca sabía que vivía en una cueva de la montaña más grande, en el extremo oeste del valle. O, al menos, eso era lo que constaba escrito en *La Trolopedia completa*, que Manduca había leído cuarenta y nueve veces cuando estudiaba periodismo.

Entonces, después de mucho caminar, vislumbró el resplandor de una luz anaranjada.

Una hoguera, en medio del valle. Si quería aproximarse a la cueva de Urgula, tendría que dar un rodeo. Vio que alrededor de la hoguera había troles de todos los tamaños: minitroles y megatroles. Los movimientos de sus grandes sombras se proyectaban sobre las colinas nevadas.

Se percató de que estaban bebiendo cerveza de trol a morro, con unas botellas gigantescas (más grandes que ella), y comiendo cabra montesa asada. Vestían prendas toscas hechas con piel de cabra y hablaban muy fuerte, prácticamente a gritos, no porque fuera Navidad, sino porque siempre lo hacían. Y en aquellos momentos estaban cantando un viejo clásico de los troles, *Mis mejores amigos son los pedruscos*.



Como que los troles eran más bien tontos, Manduca no tuvo ningún problema para acercarse un poco más y esconderse detrás de un arbusto y así poder escuchar lo que estaban diciendo una vez acabaron de cantar.

—¿Tú recordar la Navidad pasada? —preguntó uno.

El que había hablado era el más pequeño. Tenía un solo ojo. Era un minitrol que Manduca recordaba muy bien de cuando sufrieron el ataque.

—Sí, Ciclopón. ¡Cuando todos destrozar Elfhelm! Pero ¿tú recordar por qué lo hicimos?

—Porque Urgula decírnoslo.

—Sí. Pero ¿por qué?

—No sé.

—¿Por qué fuimos allí?

—Por esperar.

—¿El qué?

—Algo.

«Esperar», se dijo Manduca. Y de pronto le embargó un mal presentimiento. Ese tipo de presentimiento que debe de tener el ratón que se acerca al queso y entonces se da cuenta de que el queso está atrapado en una trampa. ¿A quién estarían esperando?

Manduca se tapó la boca para no gritar. Había cometido un error terrible al ir hasta allí. Pero ¿en qué estaría pensando cuando tomó la decisión? Protegida detrás de aquel arbusto, escuchando a aquellos troles, que hablaban con voces más ásperas que todas las cavernas que había a su alrededor, empezó a sentirse tremadamente preocupada. Y más preocupada se sintió solo un segundo después, porque entonces fue cuando oyó una voz totalmente distinta. Una vocecita aguda que conocía mejor que ninguna otra en el mundo.

—¡Mamá!

Era Modosito.

En el puño de una trol

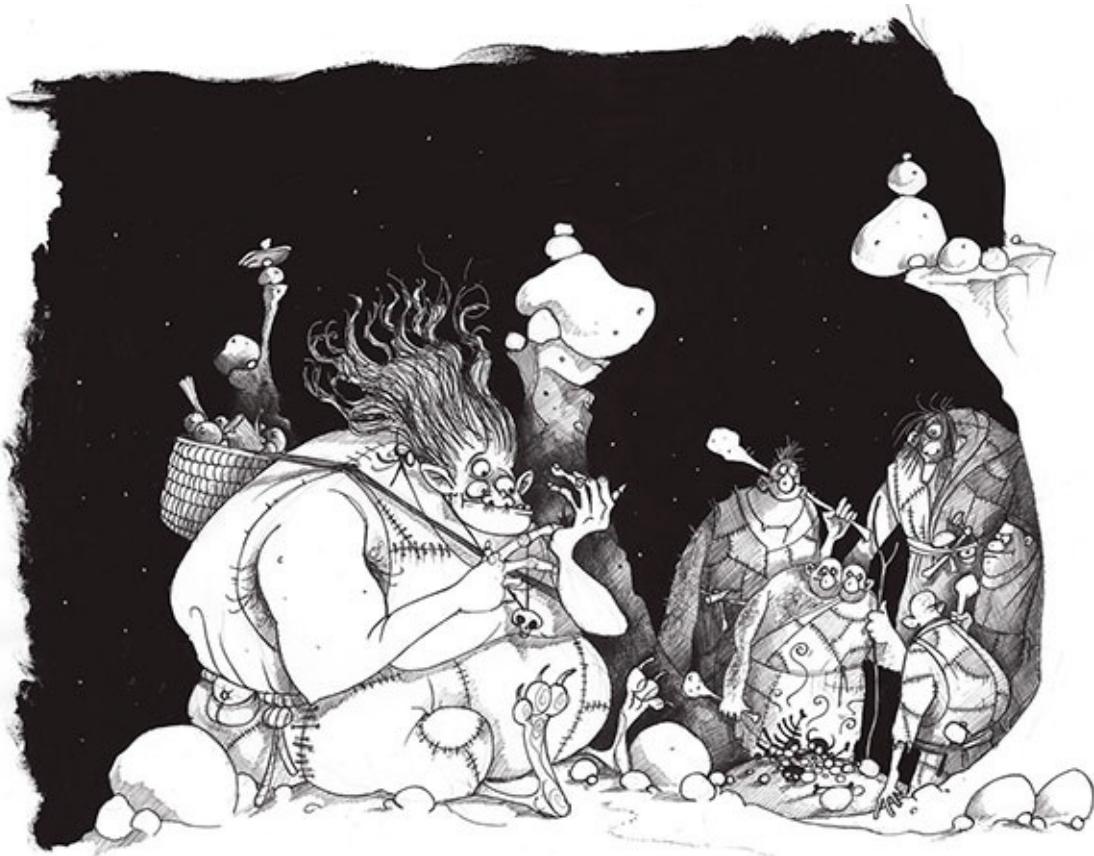
 anduca se giró y vio a Modosito, a lo lejos, en el valle, resaltaba sobre la nieve con su túnica de colores intensos. Jamás en la vida le había parecido tan pequeño. Tenía la cabeza ladeada y los brazos extendidos, como si estuviera esperando un abrazo.

—¡Mamá, te he seguido! ¡He ido siguiendo tus huellas y he llegado solo hasta aquí!

Manduca no perdió ni un segundo. Echó a correr hacia su hijo y lo cogió en brazos, pero justo en ese momento, notó que alguien la cogía en brazos a ella..., que los cogía en brazos a los dos. Estaban volando.

Tres segundos más tarde, Manduca tenía enfrente la cara más enorme que había visto en su vida. Era de una megatrol con pelos que le asomaban por los orificios de la nariz, piel verrugosa y tres ojos. El ojo del medio estaba situado en la frente, pero no exactamente en el centro, sino más bien a la izquierda, como si un niño hubiera montado a la trol a partir de unas piezas de juguete y no las hubiese encajado correctamente.

—Lo siento, mamá —gimoteó Modosito, desde la oscuridad del puño del trol.



Manduca le acarició el pelo.

—Es culpa mía, mazapancito. No tendría que haber venido. Pero no sufras, que todo saldrá bien. ¿Todo saldrá bien?

Manduca reconoció para sus adentros que jamás había oído una frase tan ridícula. Estaban a cien metros del suelo, aplastados por el puño de una trol y muy posiblemente a punto de morir.

Pero Manduca intentó mantenerse positiva y saludó educadamente a la trol.

—No pretendemos hacer ningún daño. Mi hijo y yo estábamos dando un paseo navideño a última hora de la noche y nos hemos perdido y entonces... La trol la miraba fijamente. Se llamaba Samantha. Tenía una verruga morada en la nariz que brillaba como una bola de Navidad. Y acababan de aparecer más troles detrás de ella. Cinco en total. O seis, si contabas las dos cabezas del trol de dos cabezas. Una de esas cabezas, la que solo tenía un ojo, tomó entonces la palabra.

—Eso ser lo que esperábamos —dijo.

Era Ciclopón.



Manduca decidió sincerarse.

—De acuerdo, escucha, soy periodista... Trabajo para *El diario de la Nieve*. De hecho, soy la Corresponsal de la Sección de Renos. Y simplemente estaba realizando una investigación. Bueno, en realidad no es una investigación... Simplemente tenía planes para llevarla a cabo... Pero el tema es que no me siento feliz siendo la Corresponsal de la Sección de Renos, así que decidí aceptar escribir un artículo sobre los troles que me pidieron que hiciera. Sobre lo que sucedió la Navidad del año pasado. Y lo que he descubierto es que no fue culpa vuestra, que en realidad sois una especie bastante pacífica. Es solo que el Duende Volador Cuenta...

Y justo en aquel momento vio uno de esos duendes revoloteando por encima de su cabeza. Un Duende Volador Cuentacuentos de cuatro alas que

descendió para murmurarle alguna cosa al oído a la trol. Fuera lo que fuese, no debía de ser bueno.

—Tú venir aquí para matarnos —dijo Samantha, aumentando la presión que ejercía con el puño.

—No. ¡En absoluto! —gritó Manduca—. Míranos. ¿Cómo pretendes que mi hijo y yo seamos capaces de matar a un trol? Piénsalo un poco.

—No gustar pensar —dijo Ciclopón, rascándose la cabeza—. Pensar da dolor de cerebro.

—¡Mamá! ¡Tengo miedo! —lloriqueó Modosito.

Manduca intentó consolar a su hijo, pero era complicado hacerlo desde el interior del puño tenso, seco y con peste a cabra de una trol.

Manduca buscó en los bolsillos la pastilla de jabón de emergencia que había traído consigo. ¡Ahí estaba! La encontró, pero dentro del puño de Samantha había muy poco espacio para moverse.

Consiguió sacar el jabón del bolsillo y lo frotó con todas sus fuerzas sobre la piel de la trol y, al instante, le empezaron a salir ampollas, a burbujejar y a echar vapor.

¡UAAAAAYYYIIIIIAAAAYYYY!

El sonido que emitía un trol dolorido era horripilante, el más potente que Manduca y Modosito habían oído en toda su vida y resonó como un trueno por todo el valle. Samantha empezó a agitar el puño en el aire, y Manduca y Modosito se pusieron a chillar. Manduca, presa del pánico, cerró con tanta fuerza el puño de la mano con la que mantenía sujeto el jabón que la pastilla se deslizó entre sus dedos, luego entre dos de los dedos de la trol y acabó cayendo al vacío. Manduca la vio estrellarse con un pequeño ruido sordo en el remoto suelo cubierto de nieve.

—¡Cacafungo pestilente! —soltó enfadada Manduca.

Pero volando por los aires había alguna cosa más que la minúscula pastilla de jabón de Manduca. Era difícil adivinar de qué se trataba porque, a pesar de que la primera luz de la mañana empezaba a aparecer, aún estaba oscuro.

Manduca hizo un esfuerzo por distinguir aquello que volaba hacia ella y su hijo. Eran criaturas que tiraban de alguna cosa. Una imagen que reconocería donde quiera que fuera: Papá Noel y su trineo.

Manduca sujetó con todas sus fuerzas a Modosito y ambos asomaron la cabeza por los huecos que se abrían entre los dedos de la trol. El trineo se estaba acercando a ellos y enseguida se dieron cuenta de que Papá Noel iba acompañado por dos seres más: humanos, una mujer y una niña. Aunque eso carecía ahora de importancia. Lo importante era que Papá Noel estaba allí.

—¡Mamá, estamos a salvo! ¡Mira! ¡Ha llegado Papá Noel! —chilló Modosito.

—Espero que tengas razón —dijo Manduca, abrazando a su hijo.

Papá Noel aminoró la velocidad del trineo y empezó a dar vueltas alrededor de la cabeza de la trol.

—Suéltalos —le suplicó a la trol—. Son elfos pacíficos. No quieren haceros ningún daño. Suéltalos y hablemos.

Habían llegado más troles procedentes del valle. Criaturas jorobadas y retorcidas cubiertas con una piel grisácea llena de protuberancias, de un solo ojo, con dos ojos y también con tres ojos. Algunas con dos cabezas. Unos troles mucho más pequeños que los otros, aunque todos, bajo la luz incipiente de la mañana, terriblemente horripilantes.

Y entonces, de una cueva de la ladera de la más alta de todas las montañas de los troles, con unas pisadas que provocaban pequeños terremotos, surgieron Urgula y su marido, Joe. Urgula era tan alta que tapaba incluso la luz de la luna. Su cabello recordaba a las ramas de un árbol agitadas por el viento. Y cuando abrió la boca, dejó al descubierto sus tres dientes, cada uno de ellos del tamaño y la forma de una puerta podrida y gris.

Manduca vio que otro Duende Volador Cuentacuentos le susurraba a Urgula alguna cosa al oído.

Papá Noel hizo aterrizar el trineo a una distancia de seguridad de donde estaban los troles.

—Atención los del frente —les dijo a *Relámpago* y a *Trueno*—. Lo que voy a deciros es muy importante: llevad enseguida a Mary y a Amelia a Elfhelm... Id por la ruta del silencio: norte-nordeste.

—¿Y usted, señor Noel? —preguntó Mary, mirando a Papá Noel con preocupación.

Papá Noel se apeó del trineo.

—¿Yo? Yo voy a fumar la pipa de la paz con los troles —aseguró, y volviéndose a Urgula, añadió—: Quédate commigo en vez de con ellos.

Se plantó delante de la gigantesca Urgula. Tenía la piel tan áspera y con tantos cráteres como las laderas nevadas y llenas de rocas que conformaban las dos laderas del valle. Urgula eructó. Y el aliento apestaba a carne de cabra podrida.

—¿Por qué vas a comerte a esos dos? —preguntó Papá Noel—. Los elfos son pequeños y están llenos de huesos. Mira yo que barrigota tengo. Creo que yo te sentaría mucho mejor.

—Soltar elfos, Samantha —ordenó Urgula, con una voz profunda y atronadora que sonaba como si la montaña acabara de hablar (si acaso las montañas hablaran).

Un Duende Volador Cuentacuentos le dijo otra vez alguna cosa al oído.

Y en aquel mismo momento, Manduca y Modosito notaron que la presión de la mano de Samantha aflojaba y empezaron a volar por los aires. Cogidos de la mano, siguieron volando hasta salir del valle y sobrevolar las Colinas Boscosas, donde vivían los duendes. Aterrizaron sobre la nieve mullida de una ladera, no muy lejos de la casita de la Duendecilla de la Verdad. Y una vez aterrizados, empezaron a rodar montaña abajo, cobrando cada vez más velocidad, hasta que se transformaron en dos grandes bolas de nieve con cara.

—¡Mamá, creo que voy a vomitar! —gritó Modosito, temblando.

Y tenía razón. (No entraremos en detalles, pero el vómito de los elfos tiene un hermoso color morado).

Y así, hechos una bola de nieve, llegaron a la casita de la Duendecilla de la Verdad, que abrió enseguida la puerta para recibirlos.

—Hola de nuevo —dijo Manduca, jadeando y sacudiéndose la nieve de encima—. Ahora sí que necesitamos tu ayuda... Papá Noel está en peligro.

Una cena de Navidad

 sí era, Papá Noel estaba tumbado sobre una gran piedra situada justo en el centro de la cueva de Urgula, y esta había ordenado a Ciclopón, que vigilara que no se moviera. Y para que Papá Noel no se moviese, a Ciclopón no se le había ocurrido otra cosa que presionarle la barriga con la mano. Una mano que pesaba como una roca.

La cueva de Urgula era inmensa, y el techo, altísimo, lo bastante para que la trol y su marido, Joe, pudieran estar de pie y observar a Papá Noel mientras un minitrol (pequeño, puesto que solo triplicaba en tamaño a Papá Noel) lo espolvoreaba con hierbas y sal de roca.

—Nosotros celebrar cena de Navidad —dijo Urgula—. Celebrar cena de Papá Noel. Tú ser pequeño, pero seguro que sabroso. Navidad agradable. Buena Navidad. Ciclopón, tú encender fuego.

—Escucha, Urgula —dijo Papá Noel.

Intentó sentarse, pero competir con la fuerza de Ciclopón era imposible. Y la magia, en ese momento, no funcionaba en absoluto.



Papá Noel imaginó que en el ambiente ya no debía de quedar ni pizca de magia. Ahora solo funcionaban las leyes de la naturaleza y, por lo tanto, no podía hacer nada para quitarse de encima aquella mano de gigante. De pronto, empezó a notar que la piedra sobre la que estaba tumbado subía de temperatura. Y cuando vio que las sombras de las paredes de la cueva de los troles parpadeaban y brillaban con un intenso color anaranjado, comprendió que aquello no era una piedra normal y corriente, ¡sino que era una cocina! ¡Los troles estaban a punto de asar vivo a Papá Noel!

—¿Qué ha pasado? La verdad es que no entiendo nada. Firmasteis un tratado de paz, los troles y los elfos tenían que vivir en paz. Y lo firmó todo el mundo, incluso las huldras, los duendes, los gnomos y el Conejo de Pascua, y eso que vive a cientos de kilómetros de aquí. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué atacasteis a los elfos la Navidad pasada? ¿Y por qué estáis haciendo ahora esto, precisamente hoy? Es Navidad, es tiempo de paz, de entendimiento y de buena voluntad.

Papá Noel recordó entonces cuando era pequeño y fue encarcelado en la prisión de Elfhelm. Para salvar la vida, había tenido que matar a un minitrol llamado Sebastian.

—¿Es por lo de Sebastian?

Pero no era por lo de Sebastian.

—A nadie le importa Sebastian —dijo Horacio, que era hermano de Sebastian, asomando la nariz desde detrás de Urgula—. Sebastian era un pesado.

—¿Es por la hachiflora? Porque me gustaría comunicaros que, como líder del Consejo Élfico, he ordenado que nadie cultive hachiflora nunca más...

La hachiflora era una planta peligrosa que podía llegar a hacer explotar la cabeza de los troles si la comían. En aquel momento, a punto de ser asado, Papá Noel deseó no haber prohibido su cultivo.

—¿Entonces por qué es? ¿Por qué nos atacasteis el año pasado?

—Queremos que vosotros dejar tranquilos a los troles —dijo Joe con voz adormilada, como si estuviera recordando un sueño—. No querer elfos por aquí. Y no querer tampoco ver a otros de tu tipo.

—¿De mi tipo?

—Del tipo humano. Y si tú ir a territorio humano, humanos venir aquí.

—Los humanos no son tan malos como pensáis. Y no saben nada sobre los troles.

Papá Noel se preguntó qué hora sería y pensó en todos los niños que pronto se despertarían y, por segundo año consecutivo, no encontrarían

regalos en los calcetines.

«Tengo que salir de aquí», se dijo, mientras el calor empezaba a chamuscar su traje rojo.

—Extranjeros no gustan —dijo Urgula.

Fue entonces cuando Papá Noel vio centenares de Duendes Voladores Cuentacuentos revoloteando por el interior de la cueva con sus brillantes vestidos. Sus alas transparentes habían adquirido el tono anaranjado del fuego y estaban susurrando sin cesar al oído de los troles.

—No os fieis de él —dijo uno.

—No es un buen humano —dijo otro.

Y al oír y ver aquello, Papá Noel empezó a comprender qué pasaba.

—¿Y con los duendes qué pasa? —preguntó—. A los duendes sí que los queréis por aquí.

—No, tampoco querer duendes —refunfuñó Urgula.

—¡Pues mirad! ¡Están por todas partes!

Los troles miraron a su alrededor y vieron que Papá Noel estaba en lo cierto: había Duendes Voladores Cuentacuentos por todos lados. Hasta aquel momento, ni siquiera se habían percatado de su presencia, porque los duendes eran criaturas delicadas y susurrantes que siempre trataban de pasar desapercibidas.

—Sí, estar —dijo Urgula, boquiabierta.

—Y os están susurrando cosas al oído... Os están haciendo creer cosas que no son ciertas... Os están hipnotizando.

Los troles se enfadaron al oír aquello. Una de las cabezas del trol de dos cabezas se enfadó tantísimo que dijo:

—Troles no ser tontos. ¿Estar tú diciendo que nosotros, grandes troles inteligentes, no tener cerebro?

Papá Noel empezaba a quemarse de verdad, y tenía la sensación de que la espalda se le había puesto ya tan colorada como la chaqueta. Incluso Ciclopón, que seguía sujetándolo con la mano, estaba acalorándose. Papá Noel se fijó en una gota de sudor que resbalaba por su verrugosa frente, se convertía en piedrecilla y acababa rebotando sobre su barriga.

—Lo único que intento explicaros es lo que está pasando en realidad. Los Duendes Voladores Cuentacuentos os están inculcando este miedo que tenéis a los extranjeros... Os están lavando el cerebro. Eso es lo que está pasando.

—Y lo que pasar ahora es que nosotros acabar contigo —dijo Urgula—. Nosotros estar esperándote... No esperar elfa y su niño.

—Pero ¿cómo sabíais que iba a venir? —preguntó Papá Noel, que tenía la cara ardiente como una brasa.

Urgula se quedó sin saber qué responder.

—Nosotros... nosotros saberlo y ya está. Más fuego. Ahora cocinarlo.

Pero entonces se oyó algo. Un sonido. Un sonido distinto al resollar del aliento de los troles y al crepitar del fuego.

Procedente de algún rincón de la cueva. Pasos, tal vez. Y Urgula también lo había oído.

—Haber un ruido.

Ciclopón lo oyó también y se introdujo sus dedos largos y mugrientos en la cuenca del ojo para sacarse su único ojo. Extendió el brazo y lo sujetó de tal manera que pudiera observar todos los rincones.

—Ser niña humana —informó.

—Oh, no, Amelia —murmuró Papá Noel.

Pobre niña. ¡Qué tontería acababa de hacer!



La cueva se agrieta

ras devolver el ojo a su cuenca, Ciclopón, con la otra mano, agarró a Papá Noel por el cuello. El calor se había vuelto insopportable.

Momentos después, llegó un minitrol peludo arrastrando a Amelia, que se resistía con todas sus fuerzas y chillaba a todo pulmón. Ciclopón se giró para ver qué pasaba y con el movimiento disminuyó la presión sobre el cuello caliente y sudoroso de Papá Noel.

El minitrol peludo estaba encantadísimo con su presa.

—Tener pudín de Navidad para postres.

—Quería salvarte, igual que tú me habías salvado a mí —dijo apresuradamente la niña—. Te lo debía.

—No me debías nada, Amelia.

Amelia movió la cabeza en señal de negación, y le dolió, puesto que el minitrol seguía sujetándola por el pelo. El minitrol se llamaba Teodoro y tenía un único diente, marrón y torcido. Pero a la niña no le asustaba en absoluto. Había pasado tanto miedo en su vida que ya no se atemorizaba con nada.

—No. Nada fue culpa tuya. Yo estaba enfadada igualmente, porque en la vida pasan cosas tristes, que pasan y ya está. Pero también ocurren otras felices, y mágicas. Hiciste cosas buenas, maravillosas. Y aquella Navidad, abriendo los regalos, me sentí muy feliz, tremadamente e inmensamente feliz. No por los regalos, sino por la magia que los había dejado allí. Sé que la magia existe, y tú has hecho del mundo un lugar mejor. Independientemente de lo que nos suceda ahora, nada de lo que me ha pasado fue culpa tuya. Eres un buen hombre, Papá Noel.

—Esto ser aburrido —dijo Joe, que como todos los troles era alérgico a los sentimentalismos. Se metió el dedo en la oreja, lo sacó y observó el cerumen—. Matémoslos, Urgula. Uno tú, uno yo. Vamos.

Y mientras Papá Noel reflexionaba sobre las palabras de Amelia, vio algo curioso en el exterior, como un resplandor, tan multicolor como la decoración del árbol de Navidad del príncipe Alberto. Verde, rosa, violeta y azul. Y al ver aquel resplandor, empezó a percibir en su interior un calor que conocía

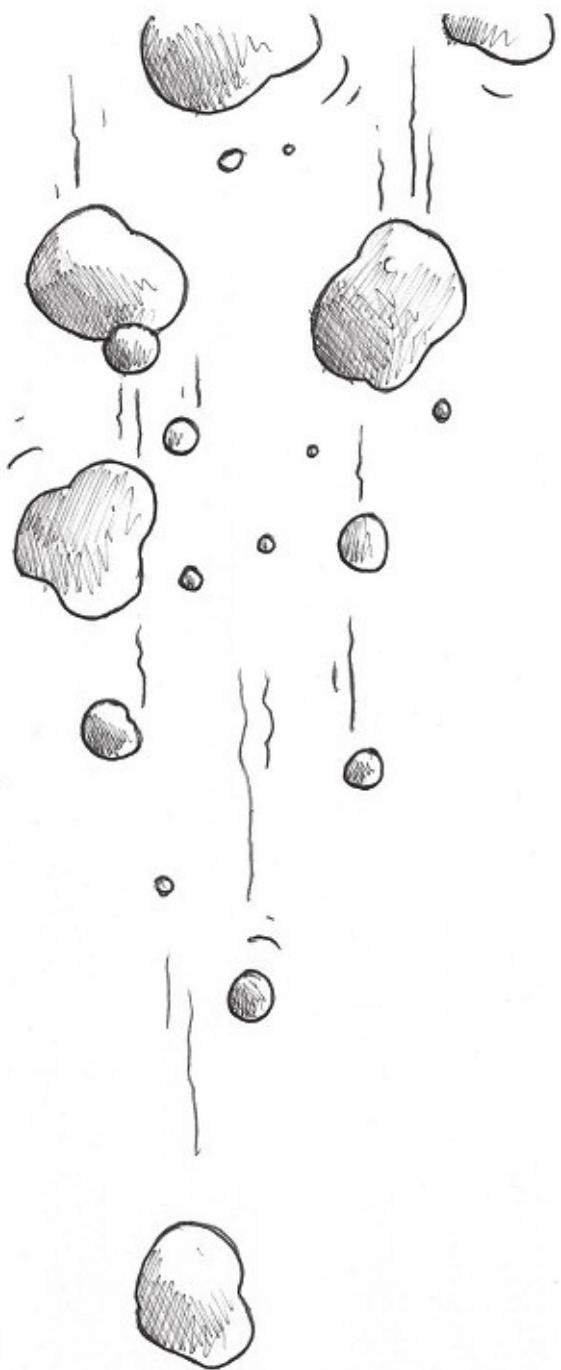
muy bien, como si estuvieran dándole jarabe. Un calor que no tenía nada que ver con el fuego que le abrasaba la espalda: era la sensación del beljuro y de la magia. Amelia le había demostrado lo bueno, lo valiente y lo fuerte que podía llegar a ser un niño humano. Y eso le hizo pensar en todos aquellos niños especiales que aún necesitaban recibir sus regalos. La bondad de Amelia había llenado el universo de esperanza, la había empujado a poner su vida en peligro con tal de intentar salvarlo. La bondad creaba magia.

¿Cuánta magia? Pues ahora veremos.

Papá Noel miró fijamente la mano izquierda verrugosa del minitrol, que sujetaba a Amelia por el pelo, y deseó que no le hiciera ningún daño a la niña. Sin previo aviso, la mano soltó a Amelia y el puño del minitrol salió proyectado hacia arriba con fuerza, estampándose con la inercia contra el techo de la cueva. De pronto, en el lugar donde se había producido el impacto, se abrió una grieta y rápidamente empezaron a aparecer otras.

—¿Qué hacer tú, Teodoro? —dijo Urgula, muy enojada.

Y como que estaba enfadada, dio un puñetazo a la pared de la cueva y salieron más grietas. (Lostroles son famosos por no saber controlar sus ataques de mal genio).



—Cueva romperse —dijo Joe.

—Sí, eso parecer.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Amelia—, antes de que...

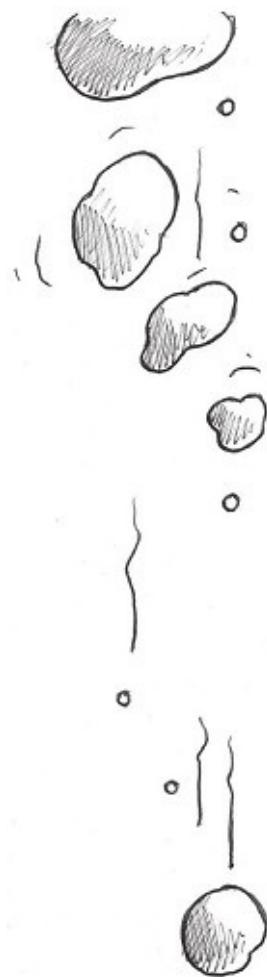
Y, efectivamente, antes de que pudiera terminar la frase, el techo de la cueva empezó a desmoronarse y se desprendió una piedra justo por encima de la cabeza de la niña. Se apartó de la trayectoria justo a tiempo y el sonido de la roca al caer contra el suelo retumbó como un trueno.

Y entonces se oyó una voz, que no era ni de un trol, ni de Amelia, ni de Papá Noel. Una voz procedente de algún rincón de la cueva.

—¿Papá Noel? Soy yo.

Oh, no. Era Mary.

Papá Noel la localizó. Llevaba un pedrusco en la mano, que lanzó en aquel momento contra la cabeza de Ciclopón. El pedrusco dio en el blanco y de la herida de Ciclopón empezó a brotar sangre verde grisácea de trol, que chisporroteó al derramarse sobre la roca caliente que hacía las veces de cocina. Ciclopón soltó del cuello a Papá Noel y empezó a patalear de rabia. Los golpes contra el suelo provocaron más grietas en las paredes de la cueva.



Mientras Papá Noel se alejaba corriendo de la piedra abrasadora de la cocina —«¡Jo, jo, jo!»—, se oyó de pronto un ruido sordo. Una de las piedras del techo acababa de golpear a Mary en la cabeza y la había dejado tendida en el suelo.

El dolor cayó sobre Papá Noel con la misma fuerza que las piedras.

—¿Mary? ¿Mary? ¿Me oyes, Mary?

Los troles intentaban sujetar el techo de la cueva con las manos.

—Puedes salvarla —dijo Amelia, notando que su interior se inundaba de esperanza. La niña sabía que su esperanza podía ayudar a Papá Noel, que el universo era capaz de contener montones de magia gracias precisamente a eso. Gracias al sencillo hecho de tener esperanza—. Puedes hacerlo. Tienes que hacerlo.

Beljuro



esesperado, Papá Noel miró a su alrededor. Ya no había tiempo.
No había tiempo.
No había tiempo.

Y entonces, mientras la cueva seguía derrumbándose, vio la cara de Amelia y por su expresión comprendió que había recuperado toda la esperanza. Entre las grietas se estaba filtrando una luz. Y la cueva empezó a iluminarse con un cálido resplandor verde que acabó alumbrando todo el interior. Los troles, los Duendes Voladores Cuentacuentos, las paredes de piedra..., todo estaba bañado por aquella luz mágica. Y la luz les estaba mostrando la salida.

Y aquel verde, bellísimo y mágico, brillaba también en los ojos de Amelia: el color de la esperanza, el color de la Navidad. Papá Noel tenía clarísimo que era ella, que era Amelia quien le había traído la magia. Amelia y Mary. Al acudir a su rescate y al ayudar a salvar la Navidad. Lo único que necesitaba la magia para funcionar era esperanza. Ni trineos, ni relojes, ni botones sofisticados, lo único importante era la magia para funcionar, el sencillo acto de pensar en los demás. De modo que Papá Noel cerró los ojos y formuló un deseo con todas sus fuerzas, con más fuerza que nunca: deseó que el tiempo se detuviera.

Cuando abrió de nuevo los ojos, vio a Amelia completamente quieta. Y no solo ella. Todo estaba quieto, y había incluso piedras y rocas suspendidas en el aire.

Consiguió detener el tiempo.

Y en aquel momento sin tiempo, Papá Noel se arrodilló y miró a Mary, miró su rostro moribundo, y tuvo esperanza. Apreció toda la bondad de sus ojos y le dio un besito en la frente. Y entonces dijo: «Te quiero, Mary». Era la primera vez en su vida que decía algo así, y al expresarlo comprendió que era verdad, que la quería. Estaban fuera del tiempo y, por lo tanto, carecía de importancia que se hubieran conocido aquella misma noche. Papá Noel tenía la sensación de conocer todo el pasado de Mary y todo el futuro que

compartirían. Deseaba seguir a su lado eternamente. Visualizó entonces el día de su boda. Y aquello no era una esperanza normal y corriente, sino una esperanza llena de magia, un beljuro. El beljuro, ese hechizo irreflexivo de esperanza, localizaba la bondad antes de que muriese y la convertía en vida. Y entonces Mary movió los ojos, solo un poquitín, como si fueran sombras detrás de la cortina de los párpados.

—¿Mary? ¿Mary?

Y entonces abrió del todo los ojos, unos ojos brillantes, y Mary volvió a la vida.

—Mary —dijo Papá Noel, sin ni siquiera pensarlo—, te quiero.

—Yo también te quiero —dijo Mary.

Hablabía directamente desde la verdad, la esperanza, el amor y la magia que almacenaba en su interior. Papá Noel no podría haber pedido mejor regalo que oír aquellas palabras.

Pero entonces, cuando Mary vio las rocas suspendidas en el aire, su expresión se llenó de miedo.

—¿Por qué Amelia sigue ahí inmóvil como si fuera una estatua?

—Porque nosotros estamos fuera del tiempo. Para sacarla de ahí debemos reiniciar el tiempo... Y seguir las luces. Las luces nos guiarán y nos salvarán. Adelante, ve tú primera.

Mary dijo que no con la cabeza.

—Yo me quedo contigo. ¿Te crees tú que he estado esperando tantísimo tiempo a encontrar el amor de mi vida para ahora abandonarlo en una cueva de troles?

Papá Noel miró hacia los troles. En su mayoría estaban concentrados en intentar sostener el techo de la cueva para que no se cayera por completo. Pero Ciclopón estaba tumbado en el suelo, allí donde lo había dejado prácticamente inconsciente Mary, con el brazo extendido hacia ellos y la mano sujetando su ojo para poder verlos mejor.

Antes de reiniciar el tiempo, Papá Noel se encaramó a una piedra para poder retirar el ojo de la mano de Ciclopón. Se lo dejó junto a los pies.

—Hay que jugar limpio y tampoco estaría bien quitárselo.

A continuación, Papá Noel volvió a poner el tiempo en marcha y le gritó enseguida a Amelia:

—¡Corre! ¡Por aquí! ¡Sigue las luces!

Papá Noel se disponía a abandonar la cueva, cuando notó una punzada de culpabilidad en el estómago. Era Navidad y estaba permitiendo que decenas de criaturas murieran bajo la nieve. La sensación en el estómago era intensa, y

eso que tenía un estómago bastante grande. Era Navidad, al fin y al cabo. Navidad. El momento en el que había que mostrar buena disposición con todo el mundo, incluso con los troles. De modo que se paró en seco, se giró y les dijo:

—Si os quedáis aquí dentro, no sobreviviréis. La montaña está a punto de derrumbarse. Tenéis que seguir las luces. Si seguís las luces, conseguiréis salir de aquí. ¡Rápido! Ah, y por cierto, Ciclopón, ¡tienes el ojo a tus pies!

Los troles no entendían nada. Habían intentado matar a Papá Noel y ahora Papá Noel pretendía salvarlos.

Papá Noel, Mary y Amelia corrieron todo lo rápido que pudieron, esquivando piedras y rocas y avanzando entre una nube de escombros más espesa que la niebla de Londres, hasta que por fin llegaron al aire libre del valle. Y justo cuando la cueva empezaba a derrumbarse definitivamente, emergieron de su interior troles de todos los tamaños, a rastras o a cuatro patas, tosiendo desesperados por culpa de la polvareda. Y se quedaron allí plantados, todos los troles, como si fueran una pequeña cordillera montañosa, delante de Papá Noel y sus acompañantes.

—Tú salvarnos —dijo Urgula, sumida en un ataque de tos y expulsando auténticas nubes de polvo hacia la noche.



Joe, a su lado, asintió con humildad.

—Gracias. Tú cambiar mi idea de los humanos —añadió.

—¿No matarlo? —preguntó Ciclopón.

—¡Matarlo! —dijo la cabeza derecha (la cabeza más verrugosa) del trol de dos cabezas.

—¡Dejarlo en paz! —replicó la cabeza izquierda (la cabeza barbuda y más bondadosa) del trol de dos cabezas.

Y mientras el trol de dos cabezas se peleaba consigo mismo, Urgula se quedó pensando. Y finalmente dijo:

—Yo estar confusa. Porque Papá Noel ser bueno y amable. Lo sé. Pero esto no ser lo que nos han dicho.

—Pues es verdad —dijo una voz.
Todo el mundo se giró y vio una pequeña duendecilla sin alas, cruzada de brazos y mirando a Urgula con unos ojos rebosantes de verdad.

Huellas en la nieve

—¡D

uendecilla de la Verdad! —exclamó Papá Noel.

Amelia se quedó mirando a la pequeña criatura que iluminaba la luz de la luna. Y fijó la mirada a continuación en las otras dos criaturas, algo menos pequeñas y con orejas puntiagudas, una madre elfa y su hijo, que la acompañaban. La duendecilla sería más o menos de la mitad del tamaño de los elfos, iba vestida con una túnica amarilla y tenía una expresión traviesa. Amelia pensó que jamás había visto una cosa más mona que aquella. Pero se preguntó si los troles los matarían a todos. De repente, el Hospicio Terror ya no le parecía un lugar tan horroroso.

—La Duendecilla de la Verdad tiene razón —les explicó Amelia a los troles—. Papá Noel es el hombre más bueno del mundo.

La Duendecilla de la Verdad, después de recibir un leve codazo por parte de Manduca, continuó diciendo que lo tenía que decir.

—Es verdad. Papá Noel es bueno, y hace cosas muy buenas porque intenta que el mundo humano sea un poco menos penoso, lo cual no supone ningún peligro para ninguno de nosotros. Los humanos andan tan preocupados pensando solo en sí mismos que nunca se tomarán la molestia de venir a molestarnos. Los Duendecillos Voladores Cuentacuentos no hacen más que contaros mentiras. No tengo ni idea de por qué lo hacen, pero el caso es que todos los duendes andan por ahí hablando del tema. Os hacen quedar por más tontos de lo que ya sois, lo que es una tontería, si queréis mi más sincera opinión.

—¡Mentirosa! —dijo Ciclopón, pataleando y haciendo temblar todo el valle, hasta tal punto que la nieve que cubría las escarpadas montañas empezó a desprenderse.

—Ella no mentir —dijo Joe, rascándose con apatía el trasero—. Ella ser una Duendecilla de la Verdad.

Urgula señaló a Mary y Amelia con un dedo verrugoso del tamaño de un sofá.

—Pero ellas ser humanas.

Amelia respiró hondo y dio un paso al frente en la nieve.

—Nos ha salvado. Papá Noel nos salvó de una situación muy peligrosa. Por eso estamos aquí. Y Papá Noel también acaba de salvaros a todos vosotros. Pienso que tendríais que intentar ser un poco más agradecidos, en vez de comportaros como unos acosadores.

Modosito aplaudió el discurso. Le encantaba Amelia.

Urgula se inclinó hacia delante y le envió una oleada de aliento fétido a la niña, que hizo un esfuerzo enorme para no vomitar allí mismo. El aliento de trol era incluso peor que el del señor Terror. Olía a col mezclada con caca de cabra y zapatos sudados.

—Niña humana ser muy valiente —dijo Urgula.

—Gracias. Y ahora, ¿podemos irnos ya? Es que resulta que Papá Noel tiene aún muchos regalos que repartir.

Justo en aquel instante, apareció un Duende Volador Cuentacuentos y le dijo alguna cosa al oído a Urgula. Urgula ahuyentó al duende con un manotazo.

—¡Largaos, duendes! ¡Nada de pasear por nuestras orejas nunca más!

Y el duende marchó volando a toda velocidad, dando volteretas en el aire, hasta que desapareció en la oscuridad, por encima de las Colinas Boscosas.

Mientras todo esto pasaba, Manduca dio también un paso al frente. Tosió para aclararse un poco la garganta antes de hablar y levantó la cabeza hacia Urgula, el trol más grande del mundo. Su cara grisácea quedaba a medio kilómetro de distancia de ella. Manduca sacó su libretita.

—Discúlpame, Líder Suprema de los Troles. Me llamo Manduca y trabajo como periodista para *El Diario de la Nieve*, una publicación similar a *El Dominical Ug*. Y me gustaría formularte una pregunta.

Urgula miró a la elfa, como tú mirarías algo que se te ha quedado pegado al zapato. La verdad era que los periódicos le daban completamente igual, incluso el periódico de los troles, *El Dominical Ug*, que solo había leído en una ocasión. (Que quede constancia, para ser sinceros, que *El Dominical Ug* era el mismo cada semana, una tablilla de piedra de gran tamaño donde podía leerse: «LOS TROLES SON LOS MEJORES»).

—¿Qué pregunta ser?

—Mi pregunta es... a ver, mi pregunta es... ¿por qué el año pasado no atacasteis el edificio de *El Diario de la Nieve*? Los troles destruisteis todo Elfhelm, pero dejasteis intacto *El Diario de la Nieve*.



Urgula se quedó pensando. Muchísimo rato. Y empezó a poner cara de que le dolía algo, y probablemente fuese así, puesto que pensar provocaba a los troles unos dolores de cabeza espantosos.

—Nosotros no atacar *El Diario de la Nieve* porque el Maestro de las Palabras ser un buen hombre.

—¿Quién es el Maestro de las Palabras? —preguntó Manduca.

Urgula meneó la cabeza.

—El Maestro de las Palabras de *El Diario de la Nieve*. Así es como le llaman.

—¿Le llaman? ¿Quién lo llama así?

Manduca se dio cuenta de que todos los Duendes Voladores Cuentacuentos se estaban alejando de los troles y emprendiendo el vuelo hacia las Colinas Boscosas del territorio de los duendes. Urgula también lo había visto y extendió la mano para capturar con facilidad a uno de ellos. Era un duendecillo vestido de plata. Manduca lo reconoció al instante: lo había visto aquella misma mañana en la oficina de Papá Vodol. Había visto a aquel Duende Volador Cuentacuentos revoloteando al otro lado de la ventana. Y entonces, de repente, rememoró una escena. Un recuerdo de la Nochebuena del año pasado: las huellas de Papá Vodol en la nieve, procedentes de las Colinas Boscosas y no de *El Diario de la Nieve*. Papá Vodol siempre había odiado la Navidad y estaba celoso de Papá Noel desde que le había usurpado el puesto de líder del Consejo Élfico.

—No me hagas daño, por favor —le suplicó a chillidos el duende a la trol, que multiplicaba por mil su tamaño.

Era como si la trol tuviera en la mano un fragmento de espumillón plateado.

—¿Por qué vosotros decirnos cosas a los oídos? Di la verdad antes de que yo comerte.

—Por las palabras. El Maestro de las Palabras quería que lo hicíramos. Y a cambio nos regalaba nuevas palabras. Palabras largas, palabras que no sabíamos.

—Estoy cansada del tema —dijo la Duendecilla de la Verdad, dando media vuelta y echando a andar hacia su casa—. Pero parece que dice la verdad.

Manduca recordó entonces al Duende Volador Cuentacuentos que había capturado siendo una niña y la palabra larga, «misceláneo», que le había regalado para pedirle perdón por lo que le había hecho.

—¿El Maestro de las Palabras? —De pronto, todo empezaba a tener sentido para Manduca—. Papá Vodol. Papá Vodol ama las palabras.

Papá Noel se quedó mirando a Manduca.

—¿Ha sido Papá Vodol quien te ha hecho venir aquí?

Manduca asintió.

—Sí.

Bajo la luz de la luna, Urgula parecía de pronto una criatura triste. Un lagrimón de trol resbaló por su mejilla y, convertido en piedra, impactó contra el suelo justo al lado de Amelia. Urgula soltó al duende.

—Nosotros equivocarnos. Nosotros sentirlo mucho. Nosotros castigar al Maestro de las Palabras.

Papá Noel hizo rápidamente un gesto negativo con la cabeza.

—No, no. No os preocupéis por el Maestro de las Palabras, quiero decir, por Papá Vodol. El Consejo Élfico se ocupará del tema. Lo único que os pedimos es que nos dejéis en paz y que en el futuro no hagáis más caso a las historias que intenten contaros los Duendes Voladores Cuentacuentos. Y ahora, tenemos mucho trabajo que hacer antes de que amanezca, así que...

Urgula asintió. Aunque Ciclopón parecía un poco decepcionado. Papá Noel y los demás echaron a correr enseguida por el terreno pedregoso para regresar al trineo. Amelia fue la primera en subir, y *Capitán Hollín* salió rápidamente del saco infinito donde había permanecido escondido.

—Acabo de conocer a unos troles de verdad —le explicó Amelia a *Capitán Hollín*—. Y también he visto duendes. Ah, y mira, te presento a unos elfos. Esta es Manduca y este es...

Manduca alborotó el pelo de su hijo en cuanto tomaron asiento en el trineo.

—Se llama Modosito.

Capitán Hollín lo saludó con un «miau» y restregó la cabeza contra Modosito. El gato era casi tan grande como el pequeño elfo. Del tamaño de

un caballo, en comparación, pensó Amelia.

—Eres raro —maulló *Capitán Hollín*, dirigiéndose a Modosito—. Pero me gustas.

—Hola —dijo Modosito, dirigiéndose a Amelia y sonriéndole—. ¿Cuántos años tienes?

—¿Cuántos te parece que tengo? —replicó Amelia.

Modosito miró a Amelia de arriba abajo. Era muy alta.

—¿Cuatrocientos ocho?

Amelia se echó a reír. Y Mary también.

—¡No pienso ni preguntarle cuántos años se piensa que tengo yo!

Entonces, Amelia le explicó a Manduca que ella también quería ser escritora, como Charles Dickens. Y Manduca se puso un poco colorada y tapó las orejas puntiagudas de su hijo porque Dickens se parecía a «diantre», que era casi una palabrota para un elfo.

Mary y Papá Noel se sentaron en la parte delantera del trineo y vieron entonces que el reloj estaba en el punto que señalaba la Última Oportunidad Antes de que se Haga de Día.

Relámpago y *Trueno* volvieron la cabeza hacia Papá Noel, a la espera de recibir órdenes.

—¡A volar, renos míos!

Y eso hicieron.

En casa

Finalmente, Papá Noel cogió el teléfono y habló con Papá Topo, que había estado esperando pacientemente recibir noticias en los cuarteles generales del Taller de Juguetes. Amelia escuchó la conversación y sonrió, sin poder todavía creerse que estaba oyendo a Papá Noel hablar con un elfo a través de una cosa llamada «teléfono» mientras volaban entre las nubes nocturnas a bordo de un trineo.

—Están sanos y salvos, Papá Topo... Sí... ¡Sí, de verdad! Díselo enseguida a Sosainas... Todo ha sido obra de Papá Vodol, así que ya abordaremos el tema mañana en la reunión del Consejo Élfico, porque en estos momentos queda todavía mucho trabajo pendiente de hacer.

Y así fue como Papá Noel llevó a Mary, Amelia, Manduca y Modosito a dar la vuelta al mundo repartiendo regalos. El Barómetro de la Esperanza y la aurora boreal brillaban con todas sus fuerzas. Amelia jamás había conocido nada tan mágico como volar a través de aquel espectáculo de luces impulsado únicamente por la esperanza.

—Y así es...

Pero en aquel momento, Amelia cayó en la cuenta de que no existían palabras para describir lo asombroso que era todo. El escenario no podía expresarse con palabras.

Papá Noel se giró hacia ella y le sonrió.

—Y así es la esperanza. Tú has ayudado a hacerlo realidad, a que todo esto suceda, simplemente creyendo en la magia.

Y viajaron por todo el mundo: norte, sur, este y oeste. La gracia del mundo, comprendió entonces Amelia, es que en realidad era enorme. Y que había muchísimos niños. Y también muchísimos gatos durmiendo en los tejados que dejaron fascinado a *Capitán Hollín*. (El mayor reto de la noche fue conseguir que *Capitán Hollín* no saliera del trineo).

Y cuando no estaba ocupada tratando de impedir que *Capitán Hollín* hiciera travesuras, Amelia ayudó a sacar juguetes del saco infinito —todos perfectamente empaquetados— y, con Modosito, jugaron a adivinar qué eran:

una pelota, una peonza, un peluche, un libro, monedas de chocolate, una esfera terrestre, una naranja...

Mientras Papá Noel sobrevolaba París, Amelia, Manduca y Modosito se quedaron dormidos en el asiento trasero, pero si hubieran estado despiertos habrían visto cómo Mary le cogía la mano a Papá Noel y se la apretaba con fuerza.

—Eres un hombre maravilloso —dijo Mary—. ¿No te sientes nunca un poco solo, tan alejado del resto de los humanos?

—A veces, sí —respondió Papá Noel, mientras sobrevolaban el espléndido Palacio de Versalles—. Será agradable tener un poco de compañía humana.

—¿Así que te va bien si nos quedamos? Ya sé que llevará algún tiempo acostumbrarse... Con todas esas criaturas élficas, con sus orejas puntiagudas y esos ojos enormes. —Se giró y miró a Manduca y Modosito, que dormían con la boca completamente abierta—. Y quizá sea demasiado pedir, pero creo que preferiríamos estar de entrada en compañía de un humano. Si es que tú eres humano, claro.



Papá Noel se puso colorado de felicidad.

—Soy humano con beljuro incorporado. Como tú.

—¿Quieres decir que ahora puedo hacer magia?

—También podías hacer magia antes, querida mía. Percibí la magia en ti en cuanto vi esas chispitas en tus ojos.

Mary no estaba acostumbrada a palabras tan románticas, así que le pellizcó el brazo a Papá Noel.

—¡Eres como un encantador de serpientes! —dijo, pero entonces tuvo que aferrarse con rapidez a ese brazo porque Papá Noel estuvo a punto de caerse del trineo.

—Pues por supuesto que podéis quedarnos conmigo —dijo Papá Noel—. De hecho, mi casa es la única en todo Elfhelm en la que podréis cruzar la puerta sin tener que agacharos.

—¡Encantador! —exclamó riendo Mary cuando *Relámpago* y *Trueno* hicieron un picado para guiar a los demás renos y el trineo hacia las habitaciones de todos los niños de París.

—Y bien, Amelia —dijo Papá Noel, después de unos cuantos miles de paradas más—, ¿te apetecería conducir el trineo? Viendo que ya has salvado dos veces la Navidad...

—Esta Navidad no he sido solo yo. Creo que Manduca y Mary han tenido también su papel.

Manduca levantó un puño hacia arriba.

—¡Bravo por las chicas que han salvado la Navidad!

—¿Chicas? —dijo Mary—. ¡Si tengo cincuenta y ocho años!

Amelia pasó al asiento delantero del trineo y Papá Noel le explicó los detalles del salpicadero. El reloj, el Barómetro de la Esperanza, el botón que detenía el tiempo y el que lo ponía de nuevo en marcha. La niña constató que eran las Casi de Día y diez minutos.

—Es horario élfico —le explicó Papá Noel—. Ellos no tienen números.

—Le pasó entonces a la niña un ejemplar de uno de los libros que había escrito, *Montar en trineo para tontos*—. Ya ves, Amelia, que el señor Dickens no es el único escritor que conoces.

Papá Noel detectó enseguida que Amelia estaba dotada para la conducción, puesto que los renos respondían muy bien a todos sus tirones de riendas. Bueno, sí, el trineo estuvo a punto de zambullirse en el Lago Ness, en Escocia, pero fue porque Amelia se llevó un susto al ver un monstruo enorme asomando la cabeza y el cuello para verlos pasar.

—En cuanto uno sabe que todo es posible, se ven cosas de todo tipo —le explicó Papá Noel.

Cuando llegaron a Finlandia, a la pequeña ciudad de Kristiinankaupunki, Amelia descubrió que podía aterrizar prácticamente en todas partes. Así que detuvo el trineo en lo alto de un pequeño tejado con una chimenea diminuta. Papá Noel inspiró hondo, disfrutando del aire fresco. Miró a su alrededor.

—¿Ves esos bosques de allí? —preguntó, señalando hacia unos árboles oscuros que acariciaban el cielo de un modo similar a como la escoba acaricia el conducto de la chimenea.

—Sí —respondió Amelia.

—Pues allí vivía un niño llamado Nikolas. En una pequeña casita con su padre, que era leñador. No tenía otra compañía que un muñeco de boniato y un ratón, su mascota. Era una cosilla flacucha y harapienta. Y durante un tiempo, cuando su tía fue a su casa para cuidar de él, lo hizo dormir fuera, aunque nevaba. Pero, en cierto sentido, lo tenía todo, porque creía en la magia, creía de verdad que todo es posible.

—Ese niño me habría gustado —dijo Amelia.

—Y a mí también —dijo Mary, apretándole la mano a Papá Noel.

Y después de repartir regalos a los diecisiete niños de Kristiinankaupunki, Amelia condujo el trineo hacia el norte, en dirección a Elfhelm. No tenía ni idea de cómo sería su vida a partir de entonces, ni de cómo una niña humana iba a encajar allí, pero se imaginaba que siempre sería mucho mejor que el hospicio. Y cuando aterrizó y oyó los vítores de los elfos en el Campo de los Renos, empezó a esbozar una sonrisa que fue haciéndose cada vez más grande.

—¿Y aquí por qué no hiela? —preguntó.

Papá Noel movió la cabeza.

—Es el clima élfico. Es solo todo lo frío que tú quieras que sea.

Papá Noel vio a la Duendecilla de la Verdad con su nuevo novio, el Duendecillo de la Mentira. Era un pequeño duende, vestido de verde, con cabello oscuro y ojos también oscuros, y muy guapo. Probablemente, el duende más guapo del mundo. *Maarta*, el pequeño ratón de la Duendecilla de la Verdad, asomó la cabeza por el bolsillo del vestido amarillo de su dueña, pero en cuanto vio al gato negro con una mancha blanca en la cola, volvió a esconderse rápidamente.

Modosito empezó a dar brincos de emoción, consciente de que iba a ver muy pronto a su padre. Y efectivamente, allí estaba: Sosainas corría entre el gentío en dirección al trineo, ansioso por ver con sus propios ojos a Modosito y a Manduca.

—Lo siento mucho —dijo Manduca.

—Yo también lo siento, papá —añadió Modosito.

—¡Estáis vivos! ¡Estáis vivos! ¡Y eso es lo único que importa!

Sosainas estaba tan emocionado que los abrazó y levantó a su esposa y a su hijo en volandas pero, como que no era precisamente un elfo muy fortachón, cayó de espaldas en la nieve, y Manduca y Modosito encima de él.

—¡Jo, jo, jo! —rio Papá Noel—. ¡Os deseo a todos muy feliz Navidad!

—¡FELIZ NAVIDAD! —gritó Modosito, por el simple hecho de que le encantaba pronunciar aquellas palabras.

Papá Noel vio que Papá Vodol se había quedado rezagado, detrás de toda la gente. Pensó que ya se ocuparía de él al día siguiente, cuando se reuniera el Consejo Élfico. De momento, era Navidad y estaba ansioso por enseñarles a Mary y Amelia su nuevo hogar. Pero justo cuando echó a andar por la nieve, oyó una especie de rugido. Los elfos, muertos de miedo, se miraron entre ellos.

—¡Oh, no! —dijo Sosainas, asustado—. ¡Son los troles!

—No —replicó Papá Noel, dándose enseguida cuenta de que en realidad era el rugido de su estómago—. Es que tengo un poco de hambre.

Y a partir de aquel momento solo se oyeron carcajadas élficas.

—Por suerte, hemos preparado una cena de Navidad realmente estupenda —dijo Coco, el elfo cocinero.

—¡Jo, jo, jo! —replicó Papá Noel, haciéndose a un lado para que todo el mundo pudiera aparecerse del trineo.

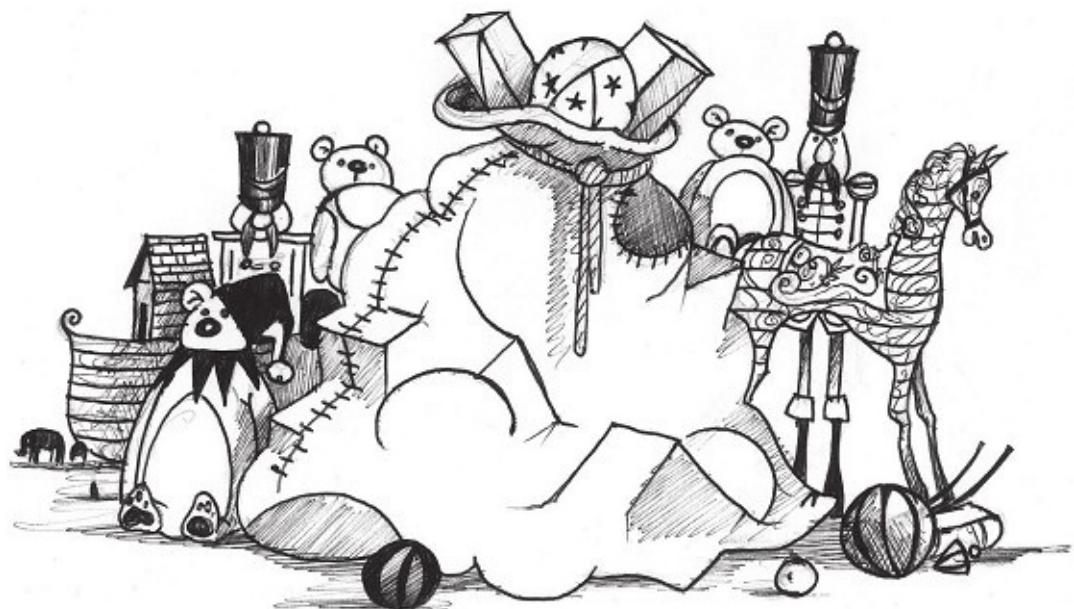
—Pues ya estamos aquí —dijo Mary, riendo al ver los pequeños edificios de los elfos iluminados por los tonos rosados del amanecer—. En nuestro nuevo hogar.

—Un hogar —dijo Amelia en voz baja, casi para sus adentros.

Le resultaba ridículo pensar que podría convertir aquel lugar en su hogar y vivir en compañía de los elfos y Papá Noel. Pero recordó entonces lo que le dijo en una ocasión su madre, que la vida era como una chimenea: a veces había que luchar en la oscuridad para poder alcanzar la luz. Y cuando miró a su alrededor y apreció todas aquellas casitas cubiertas por la nieve, pensó que por fin lo había conseguido. Que aquello era la luz.

Cogió con delicadeza a *Capitán Hollín* y bajó del trineo para sumergirse en todas las posibilidades mágicas que le deparaba el futuro.





Agradecimientos

Yo no tengo ni elfos ni ningún taller, pero sí mucha gente a la que quiero dar las gracias porque me ayudó a hacer de este libro lo que por fin ha llegado a ser.

Me gustaría dar las GRACIAS con letras mayúsculas a toda la buena gente que voy a mencionar a continuación:

A Chris Mould, por sus ilustraciones, maravillosas y mágicas.

A Francis Bickmore, mi brillante editor, por saber qué fragmentos había que excluir y cuáles había que ampliar, y por permitirme escribir el tipo de libros que deseо escribir.

A Rafi Romaya, por sus habilidades como diseñadora.

Jamie Byng, Jenny Todd, Jenny Fry, Neal Price, Jaz Lacey-Campbell, Vicki Rutherford, Andrea Joyce, Caroline Clarke, Lina Langlee, Alan Trotter, Jo Dingley y los «Elfos de Producción» y todo el equipo de Canongate por su impresionante apoyo.

A Carey Mulligan y Stephen Fry por prestar la magia de su voz para los audiolibros de Navidad.

A Andrea Semple, el ser humano al que tanto quiero y con quien convivo, por su perspicacia, por su lectura ninja y por sus dotes para la edición, y por tantísimas otras cosas que no cabrían ni quisiera aquí.

A mis hijos, Pearl y Lucas, por ser la razón por la que escribo estos libros.

A mi familia y a mis amigos.

A los encantadores lectores que he conocido o con quienes he estado en contacto a lo largo de todos estos años.

A toda la gente que apoyó mi último libro de Navidad, como Simon Mayo, Jeanette Winterson, Francesca Simon, Jenny Colgan, Frank Cottrell Boyce, Amanda Craig, Tom Fletcher y Tony Bradman.

Ah, y por supuesto, gracias a Papá Noel por ser Papá Noel.

¡Gracias a todos!



MATT HAIG (Sheffield, Inglaterra, 1975), es un escritor y periodista inglés. Estudió lengua y literatura inglesa e historia en la Universidad de Hull y ha trabajado para medios como The Guardian, el Sunday Times o The Face. Su obra literaria se enmarca en la ficción y no ficción para niños y adultos, enfocándose principalmente en el género de ficción especulativa.

A la edad de 24, sufrió una crisis nerviosa y tras luchar contra la depresión durante años, se volcó en la escritura. Leer y escribir libros le salvó la vida, pues «en un mundo que intenta cada vez más aislarlos del entorno y de nuestro verdadero yo, los libros son nuestro camino hacia la libertad, hacia los otros». Esto lo trata en su libro Razones para seguir viviendo (2015) donde, basado en su propia experiencia, revela cómo se recuperó y aprendió a vivir con la depresión, intentando aprovechar al máximo el tiempo que uno tiene en la tierra.

De sus novelas se destacan Los Radley (2010), Los humanos (2013), El chico que salvó la Navidad (2015) y Cómo detener el tiempo (2017), con narraciones que a menudo mezclan los mundos de la realidad doméstica y la fantasía absoluta, con un giro peculiar y ocasionalmente oscuro.

En el ámbito personal, ha vivido en Nottinghamshire, Ibiza, Londres, Nueva York y actualmente en Brighton, donde reside con su esposa e hijos.